LEILA YOON



Atrapada con el CEO por Navidad

Atrapada con el CEO por Navidad



LEILA YOON

Regálame un CEO por Navidad #2

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2025 Leila Yoon.

ÍNDICE

ENTRE GALLETAS Y JEFES EMPOTRABLES

BRUCE, EL ÁRBOL Y OTROS PROBLEMAS CON PIERNAS BONITAS

ATERRIZAJE FORZOSO

SEÑOR Y SEÑORA PRESCOTT, POR OBLIGACIÓN

BIENVENIDOS A LA SECTA NAVIDEÑA

SEÑALES DESDE EL TEJADO

UN RESPIRO EN MITAD DEL INVIERNO

NO RONRONEO, PERO CALIENTO

BABA, VERGÜENZA Y ALGO QUE NO DEBERÍA SENTIR

NO ME DEJES EMBORRACHARME

MAÑANA TODO SERÁ DISTINTO

COSAS QUE (PROBABLEMENTE) HICE BORRACHA

CÓMO NO TIRARTE A TU SECRETARIA EN UNA POSADA RURAL

UN AMOR QUE SEA HOGAR

LA ÚLTIMA LLAMADA

HERIDAS Y OTRAS VERDADES

DEJAR DE ESCAPAR

EL MOMENTO DE DEJARME LLEVAR

UN PARÉNTESIS CON SABOR A PIEL

COMPETENCIA SEXUAL SOBRE HIELO

DEUDAS, GEMIDOS Y PROMESAS SIN TREGUA

LA GRAN CEREMONIA DEL MUÉRDAGO

EL PRINCIPIO DEL FINAL

VOLVER A LA REALIDAD

UN PRESCOTT ENAMORADO

AMOR

UN NOSOTROS EN ESPERA

VOLVER A MAPPLE HOLLOW

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

SINOPSIS MILLONARIO INSACIABLE

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

MIS NOVELAS

1

Kayla

ENTRE GALLETAS Y JEFES EMPOTRABLES



Decorar galletas de jengibre con mi mejor amiga Valeria se había convertido en una de mis tradiciones navideñas favoritas. Aquel era el tercer año que lo hacíamos, aunque parecía que lleváramos toda una vida.

Estábamos en mi pequeño piso de alquiler en el East Village, ese donde las paredes eran finas, la calefacción sonaba como si fuera a despegar y la puerta de la lavadora había que cerrarla con el codo.

De fondo, un disco navideño en versión jazz dejaba caer villancicos suaves que resultaban más sexis de lo que deberían.

Teníamos la cocina hecha un desastre. Y Bigotes, mi gato gordo y gruñón al que quería como un hijo, nos miraba desde la encimera con cara de «otro año más soportando vuestras mierdas.»

—¿Seguro que no te importa pasarte por mi piso a ver si Bigotes sigue vivo mientras estoy fuera? —pregunté, limpiándome el

glaseado del codo.

Al día siguiente me marchaba cuatro días por un viaje de negocios. Habían invitado a Ethan Prescott, mi jefe, y uno de los dos CEO de Prescott Brothers Real Estate, empresa que dirigía junto a su hermano Blake, a dar una ponencia en una conferencia en Chicago.

Y, como su secretaria personal, me tocaba acompañarlo.

Aunque eso supusiera subirme a un avión, cosa que detestaba con todo mi ser, y hacer malabares para que nadie notara lo mucho que me ponía al borde del colapso al despegar.

Suerte que, con el tiempo, había desarrollado una técnica infalible: una pastilla media hora antes de embarcar, antifaz para taparme los ojos y auriculares con jazz suave para fingir que estaba en un spa, no en un tubo de metal suspendido en el aire a mil por hora.

Una coreografía de supervivencia que me había salvado la dignidad más de una vez.

Y que, por supuesto, pensaba repetir en este viaje.

—No, claro que no —dijo Valeria, mientras intentaba que una galleta con forma de reno no pareciera un murciélago obeso—. Aunque igual cuando vuelvas me he encariñado y te lo devuelvo con custodia compartida.

—No lo descarto. Aunque sea un gato feo y malhumorado, es fácil cogerle cariño.

—Igualito que tu jefe.

Le lancé una mirada de ojos entrecerrados. Ahí estaba, una vez más. Una indirecta como una casa sobre Ethan, como si lo nuestro fuera algo más que una relación profesional.

Aunque insinuar que era feo, era faltarle a la verdad, porque Ethan Prescott no era perfecto. Pero joder, lo parecía. Alto, moreno,

con un rostro cincelado y con ese porte de CEO que impone hasta cuando se calla.

Ojos grises. Fríos, pero hipnóticos.

Ese tipo de atractivo que no pedía permiso para entrar en una habitación.

Y menos aún para colarse en tus pensamientos a deshora.

—Está bien saber que eso opinas sobre tu cuñado, teniendo en cuenta que tu prometido le gana con creces a malhumorado —le pinché. Porque sí, Ethan era el hermano de Blake, su prometido, con el que iba a casarse en pocos días.

—Blake no es malhumorado. Es… selectivo con su simpatía.

—Blake es un Grinch con traje caro. No sé cómo lo aguantas.

—Con sexo. Bastante. Y del bueno.

—Ugh. Qué asco me das.

—Y qué envidia me tienes.

Bigotes soltó un maullido desde la encimera, como si pidiera por favor que alguien nos llevara ya al psiquiatra. Valeria se giró hacia él.

—¿Lo ves, Bigotes? Tu madre está negando su destino sexual con el hermano de mi prometido. Esto es como una telenovela, pero con galletas de jengibre.

Puse los ojos en blanco.

—¿Puedes dejarlo ya? No hay nada entre Ethan y yo. Él es mi jefe y yo su secretaria. Punto.

—¿Punto? —repitió Valeria, arqueando una ceja mientras cogía una galleta con forma de estrella—. No sé tú, pero yo pongo punto y seguido cada vez que alguien me mira como él te mira a ti.

—¿Y cómo me mira, según tú?

—Como si estuviera decidiendo si te empotra contra la fotocopiadora o encima de su escritorio.

—Valeria…

—Kayla...

Nos quedamos en silencio, solo con el crujido de la galleta entre sus dientes y el maullido distante de Bigotes, que probablemente pedía asilo político en otra cocina.

—Oye, lo entiendo. Entiendo que tú estés viviendo tu propia película navideña de Netflix. Esa en la que terminas con el CEO de la empresa en la que trabajas, enamorada, a punto de casarte y feliz. Y en tu burbuja de felicidad, que yo termine con el hermano de tu prometido parece una secuela a la altura. Pero no va a pasar.

Era una realidad. Dos años atrás ella había acabado enamorándose de Blake tras fingir un romance. Lo suyo fue inspirador. Maravilloso. Pero la historia no se iba a repetir conmigo.

—¿Pero por qué no? Sé que te gusta Ethan.

—No lo sabes, porque yo nunca te lo he dicho.

—¿Crees que necesito que me lo digas? Es una obviedad.

Dejé caer una galleta sobre la bandeja, empezando a mosquearme. Porque aquella no era una conversación que quisiera tener.

Ya era lo suficientemente complicado alejar esos pensamientos de mí misma como para verme forzada a verbalizarlos en voz alta.

—Está bien, sí, lo confieso. Ethan me atrae. ¿Cómo no va a hacerlo? Es guapo, inteligente, divertido… y un jefe de esos que hacen que todo el mundo le escuche cuando entra en una sala. Pero ahí queda la cosa. Es mi jefe, yo su secretaria. Los romances de

oficina son un cliché precioso, sí. Hasta que te rompen el corazón y tienes que compartir ascensor con tu error en traje italiano.

Justo en ese momento, Bigotes saltó desde la encimera al suelo con un golpe seco, como si la conversación le pareciera tan absurda que no podía seguir escuchando.

Se paseó por delante de nosotras con su clásico paso de desprecio y, como broche final, me dio un coletazo en la pierna mientras pasaba, digno de un «espabila, estúpida.»

Valeria lo siguió con la mirada, conteniendo la risa.

—Tu gato tiene más personalidad que el 90% de los tíos con los que he salido.

—Y más criterio. ¿Quién necesita hombres teniendo a Bigotes?

—Estoy segura de que Bigotes no puede darte lo que solo puede darte un hombre. Por lo cual, volviendo a Ethan, yo solo digo que si durante el viaje de negocios terminas en su habitación de hotel con una cama king size, kilos de tensión sexual no resuelta y un minibar lleno de alcohol y malas decisiones, te dejes llevar.

Me reí.

—Eres imposible.

—En fin —dijo, terminando de decorar un muñeco de jengibre al que le acababa de poner una bufanda rosa—, supongo que si no ocurre durante el viaje, puede ocurrir durante la boda. Un romance entre el padrino y la dama de honor es otro cliché precioso.

Rodé los ojos, soltando un suspiro.

—Entre Ethan y yo no va a pasar nada. Ni en el viaje. Ni en la boda. Ni en esta vida. Asúmelo.

Valeria se casaría el día de Navidad, faltaban menos de dos semanas para la boda, y al contrario que yo, que estaría histérica en

su lugar, perdiendo pelo y la dignidad, ella parecía tranquila y segura.

Quizás porque se notaba que estaba con el hombre correcto.

O porque estaba follando a diario y eso te baja los niveles de ansiedad una barbaridad.

Sea como sea, verla tan feliz me removía algo raro.

No era envidia ni celos.

Era esa sensación estúpida de que yo nunca viviría eso.

Porque a veces, más de las que me gustaría admitir, se apoderaba de mí el miedo de estar destinada a la soledad.

No tenía familia.

Nadie más allá de Valeria y la gente del trabajo.

Y por mucho que fingiera que eso me daba igual, había noches en las que el silencio de mi piso me gritaba demasiado alto.

No es que no hubiera intentado conocer hombres, pero siempre que lo había hecho, la decepción había sido inmediata.

Los buenos se aburrían de mí.

Los intensos me asfixiaban.

Y los cabrones… bueno, a esos los atraía como si llevara un imán pegado.

Y ese, en el fondo, era otro de los motivos que mantenían a raya cualquier pensamiento sobre Ethan.

Porque no podía permitirme el lujo de perder mi trabajo.

El único lugar en el que me sentía segura.

Útil.

Valiosa.

Como si encajara en algo por fin.

Y si abrir las piernas para un polvo inolvidable significaba arriesgarlo todo… entonces mejor cruzarlas.

Aunque me costara la cordura.

2

Ethan

BRUCE, EL ÁRBOL Y OTROS PROBLEMAS CON PIERNAS BONITAS



—En serio, Blake, no puedo creer que me hayas obligado a adoptar un árbol llamado Bruce en el mercadillo navideño —dije, mirando el abeto que ocupaba media zona del salón de mi ático como si hubiera venido a quedarse.

Habíamos quedado para tomar unas copas por Union Square, y al pasar por el mercadillo navideño, mi hermano Blake se detuvo en seco delante de una caseta de madera con luces parpadeantes y villancicos de fondo.

Yo iba a seguir andando. Pero él no.

—¡Es Bruce! —dijo, como si acabara de encontrarse a un viejo amigo.

Señaló un árbol enorme, frondoso, con una etiqueta escrita a mano que ponía:

«Bruce. Fraser Fir. Nacido en Catskills.»

—¿Bruce? —dije yo, sin entender nada.

—Es el Bruce de Valeria. El que adoptó hace dos años, cuando empezó lo nuestro. La empresa los alquila para Navidad y luego los reubica.

—¿Y cómo demonios sabes que es el mismo árbol?

—¿Cómo no voy a saberlo? Ese culo lo cargué yo por Manhattan y lo subí cuatro pisos sin ascensor. Es Bruce. No hay duda.

—Blake…

—Ethan —me imitó, sonriendo como un idiota—. Es el destino. Y tú no tienes árbol, ¿verdad?

—Pero quería uno pequeño, discreto, sin nombre ni personalidad.

—Pues ahora tienes a Bruce. Y Bruce te tiene a ti. Es una relación mutua. Y a Valeria le hará ilusión que alguien de la familia lo acoja.

—¿Entonces por qué no te lo llevas a tu casa? Más ilusión le hará tenerlo allí.

—Porque no cabe. Literalmente. Nuestro árbol ya ocupa media sala. Y, sinceramente, si tengo que elegir entre Bruce y tener espacio para follar, creo que sabes cuál va a ganar.

—No hace falta que compartas tanto.

Y así, sin quererlo ni beberlo, había acabado firmando un papel de adopción de un árbol de Navidad, para después cargarlo por medio Manhattan como si fuera el padre legal de un abeto con nombre propio.

Y ahora aquí estaba, en mi salón, con Blake haciéndose selfies con él como quien se reencuentra con su mejor amigo del alma.

—¿Te importa si durante tu ausencia traigo a Valeria para que lo salude?

—¿Al árbol?

—Sí. Tienen una conexión muy especial. Le dio pena cuando tuvo que devolverlo para que lo replantaran. Le hará muy feliz volver a verlo.

—Eh… sois un poco raritos, ¿no? Pero sí, podéis venir. Saludad al árbol, hacedle Reiki, lo que os dé la gana. Y ya que estás, me riegas las plantas de la terraza. Pero ni se te ocurra follar en mi cama.

Blake me miró con fingida indignación.

—¿Quién te crees que soy?

—Blake Prescott, conocido por follar en sitios indebidos. ¿O te crees que no sé que aquella vez que el ascensor se averió casualmente con Valeria y tú dentro no fue aposta para poder tirártela allí?

Se echó a reír, sin ni siquiera intentar negarlo.

—Eso no está demostrado.

—Ni falta que hace. El pintalabios de Valeria en tu cuello y la ropa arrugada fue prueba suficiente.

—Detalles sin importancia.

—Detalles que tuve que ver con mis propios ojos. Y encima disimuláis fatal. La próxima vez al menos súbete bien la cremallera antes de salir del ascensor.

—Estás muy tiquismiquis últimamente. ¿Es que no follas o qué?

Le lancé una mirada afilada y me dejé caer en el sofá con la copa en la mano.

—Pues no, no follo.

Blake alzó las cejas, sorprendido de verdad.

—¿En serio?

—Tío, no sé cuándo quieres que lo haga. Estoy a tope con el proyecto de Park Avenue, preparando conferencias, entrevistas en los medios, y ayudándote a organizar la boda como buen hermano y padrino. Lo único que me follo últimamente es mi agenda.

—Qué triste eres.

—Y tú un malagradecido.

Blake se rio, encantado de sí mismo, y se sirvió una copa como si mi celibato fuera su entretenimiento personal de esa noche.

—Bueno, puedes aprovechar para divertirte un poco en Chicago.

—Uy, sí, como si no hubiera más testosterona en esas conferencias que en un vestuario de rugby. Estoy deseando pasar tres días rodeado de señores con trajes arrugados, aliento a networking y complejos de superioridad.

—¿Y Kayla?

—¿Qué pasa con Kayla?

—Solo digo que si hay una mujer en ese viaje con la que podrías olvidarte del estrés… es ella.

—Blake…

—No me mires así. No estoy sugiriendo nada serio. Solo un poco de… liberación navideña. Algo de fricción. Una forma elegante de quitarte el mal humor de encima.

—No me acuesto con empleadas. No soy como tú.

—Pues tú te lo pierdes. No hay nada más morboso que el sexo en la oficina. Sexo en el despacho, en la sala de reuniones, en la azotea…

—Aún no sé cómo no te han amonestado los de Recursos Humanos.

—Quizá porque soy el jefe.

—Y porque Lucy te cubre el culo más veces de las que debería.

Lucy era la secretaria de Blake, y lo veía como un hijo al que había que proteger aunque ese hijo fuera un millonario con exceso de ego, historial sexual dudoso y cero sentido del límite profesional.

—Lucy me adora —dijo él, orgulloso—. Y adora a Valeria. Es fan de nuestra historia de amor.

—Lucy merece un ascenso y una paga extra por soportarte.

—Lo mismo digo de Kayla. Aunque estoy seguro de que ella aceptaría que le pagaras en especies.

Le lancé una mirada.

—¿Tú escuchas lo que dices? Kayla es mi secretaria. Lleva siete años conmigo. No sé qué haría sin ella. No puedo permitirme perderla solo por no saber controlar dónde meto la polla.

Aún podía recordar la primera vez que la vi, cuando la chica de Recursos Humanos la hizo pasar a mi despacho y me la presentó.

Rubia. Ojos azules. Piernas largas. Preciosa.

En ese momento, pensé: «Mierda, si no tengo cuidado esto va a ser un problema.»

Por eso había tenido tanto cuidado.

Y por eso nunca me había permitido cruzar ninguna línea.

—En fin, tío, tú sabrás lo que haces —dijo Blake, encogiéndose de hombros—. Yo solo puedo decirte que no hay nada mejor que tirarte a una mujer que te guste de verdad.

Me quedé en silencio.

Porque Kayla me gustaba.

Mucho más de lo que debería.

Y ese era el puto problema.

Porque si me dejaba llevar… podía perderla.

Y eso era algo que no podía permitirme.

3

Kayla

ATERRIZAJE FORZOSO



Tenía los ojos cerrados, y un plácido sueño me envolvía.

Todo iba según lo previsto. Ethan y yo nos habíamos encontrado en el aeropuerto con tiempo suficiente para tomar un café y repasar la agenda.

Yo había seguido mi protocolo habitual para volar sin perder la dignidad: pastilla 45 minutos antes, antifaz, playlist de jazz suave y los auriculares bien puestos para que nadie intentara hablarme.

Y ahora estábamos en el aire. Literalmente.

Me encontraba en un asiento VIP de primera clase, junto a Ethan, en duermevela, mientras el avión atravesaba las nubes rumbo a nuestro destino.

Apenas se oía nada más que el zumbido constante de los motores y alguna conversación lejana a media voz. Todo era calma. Tranquilidad. Esa falsa sensación de seguridad que a mí no me engañaba.

Volar me aterraba desde hacía más de quince años.

Era un miedo con una base racional, por un hecho que marcó mi vida y la cambió para siempre.

Pero sabía que, estadísticamente, los aviones eran seguros.

Que había más probabilidades de morir por un selfie estúpido que por una turbulencia.

Me lo repetía siempre.

Lo sabía. Lo entendía. Lo racionalizaba. Y aun así, cada vez que me subía a uno, mi cuerpo entraba en modo alerta.

Lo había tratado con psicólogos, leído libros de autoayuda, probado técnicas de respiración, meditación guiada, música para el sistema nervioso… pero nada funcionaba.

La única fórmula que me servía era tragarme el miedo con una pastilla, ponerme el antifaz, y fingir que dormía. Era mi versión adulta del «si no lo veo, no existe».

Lo malo de eso era que, por mucho que intentara fingir, había ocasiones en las que la realidad se abría paso a codazos.

Como ocurrió en ese momento.

Una sacudida en el avión me tensó al instante. Fue seca, brusca, demasiado violenta como para ignorarla.

Sentí el chasquido de mis dientes al apretar la mandíbula. El cuerpo se me puso rígido.

Y el corazón empezó a latirme en la garganta.

Otra sacudida.

Y después, el sonido del cinturón de seguridad ajustándose a mi lado.

Abrí los ojos, me bajé el antifaz y miré a Ethan, que parecía la mar de tranquilo a mi lado mientras se acomodaba en el asiento

como si estuviéramos en una cafetería, no siendo zarandeados como si el avión estuviera participando en una prueba de resistencia para electrodomésticos.

Desvié la mirada hacia el exterior, donde lo que parecía una tormenta de nieve envolvía el avión como si quisiera tragárselo entero. Todo era blanco. Opaco. Infinito.

Ni rastro del suelo.

Ni luces.

Ni horizonte.

Solo esa sensación de estar suspendidos en la nada, zarandeados por una fuerza que no podía ver, pero que podía sentir en cada célula de mi cuerpo.

Respiré hondo.

Una. Dos veces.

Y aun así, el corazón seguía golpeando como si quisiera salir corriendo por su cuenta.

Entonces, sonó la voz del piloto por megafonía.

—Damas y caballeros, les habla el comandante. En estos momentos estamos atravesando una zona de turbulencias moderadas. Les pedimos que permanezcan sentados con el cinturón abrochado hasta nuevo aviso. La situación está bajo control y esperamos que mejore en breve. Gracias por su comprensión.

La situación está bajo control.

Claro. Y yo soy Miss Universo.

Me hundí un poco más en el asiento, intentando que mi cara no revelara el temblor que me subía por la espalda.

—Kayla, ¿estás bien? —preguntó la voz calmada de Ethan, muy cerca. Demasiado cerca.

Presa del pánico, negué con un movimiento de cabeza.

—Dime que este trasto no va a caerse.

Ethan me miró. No sé qué vio en mí, supongo que pánico puro, porque no se burló ni se rio.

—No va a caerse —dijo firme—. Lo prometo.

Y entonces, como si el universo tuviera un sentido del humor cruel, el avión dio un bandazo violento hacia abajo.

Un golpe seco.

Un descenso brusco.

Un grito colectivo.

Las luces parpadearon. Las mascarillas de oxígeno cayeron de golpe del compartimento superior con un chasquido brutal.

Y yo grité.

Sin pensar.

Sin poder evitarlo.

Grité como si todo lo que llevaba años guardándome me saliera de golpe en ese sonido.

El corazón me golpeaba tan fuerte que creí que iba a desmayarme.

—Kayla —dijo Ethan, con voz baja, como si no quisiera que el resto escuchara—. Mírame. Estás bien. Estamos bien. Respira conmigo.

Pero no podía. El miedo. El recuerdo que llevaba años tragándome se apoderó de mí.

Me giré hacia él y lo abracé con fuerza. Con los ojos cerrados. Con los músculos tensos. Con todo el miedo atravesándome por dentro como una lanza.

Me pegué a su pecho como si ese contacto pudiera detener el temblor que me recorría entera.

No dije nada.

Solo me agarré.

Como si me fuera la vida en ello.

Y él... no se apartó. Me rodeó con los brazos, fuerte.

Justo entonces, la voz del piloto volvió a sonar por los altavoces.

—Damas y caballeros, les habla el comandante. En vista de las condiciones meteorológicas adversas, nos vemos obligados a realizar un aterrizaje forzoso controlado en el aeropuerto regional de Mapple County. La maniobra está siendo gestionada por protocolo y no hay motivo de alarma. Les pedimos que permanezcan en sus asientos, con el cinturón abrochado y los respaldos en posición vertical. Aterrizaremos en aproximadamente quince minutos. Gracias por su colaboración.

Sentí que el corazón se me salía del pecho.

—¿Ha dicho aterrizaje forzoso?

Mi voz sonó más aguda de lo que pretendía.

—Kayla, tienes que tranquilizarte, todo está bien.

—¿Bien? ¿Bien? ¿Has escuchado lo que ha dicho? ¡Va a hacer un aterrizaje forzoso! ¿Sabes lo que significa eso?

—Significa que el piloto está tomando una decisión segura. Controlada. Que vamos a aterrizar bien.

—Eso no lo sabes.

—Tienes razón. No lo sé —dijo, sin pestañear—. Pero sí sé que te tengo. Y que voy a seguir teniéndote hasta que estemos sanos y salvos.

No dije nada.

Solo asentí.

Con los ojos brillando, la garganta cerrada y el cuerpo completamente rígido.

4

Ethan

SEÑOR Y SEÑORA PRESCOTT, POR OBLIGACIÓN



Estábamos literalmente en el culo del mundo.

Un centenar de pasajeros abandonados a su suerte en un pequeño aeropuerto regional en mitad de la nada, rodeados de nieve, frío y una decoración navideña que parecía salida de un catálogo de otra época.

Mapple County.

Ni siquiera sabía ubicarlo en el mapa.

La gente se amontonaba frente a los mostradores. Los móviles no funcionaban. Las maletas aparecían a destiempo. Y el personal del aeropuerto tenía la sonrisa justa para no perder su trabajo.

Mientras yo esperaba en la fila de uno de los mostradores, Kayla paseaba por el aeropuerto en busca de conexión a internet.

Ahora parecía más tranquila.

El pánico de antes se le había ido de la cara. Pero yo la había visto bajarse del avión blanca como la nieve que nos rodeaba.

Y no había que ser un genio para notar que, durante el aterrizaje, Kayla Morris había estado al borde de un ataque de pánico.

Tras un rato con el brazo levantado y el ceño fruncido, regresó a mi lado con un movimiento negativo de cabeza.

—Lo siento, pero este lugar está atrapado en el tiempo. No hay señal, el Wi-Fi del aeropuerto está colapsado y mi móvil acaba de rendirse.

Justo entonces, la pareja que iba delante de nosotros terminó su gestión. Se alejaron con expresión de agotamiento y una hoja impresa que sostenían como si llevaran una sentencia.

Nos tocaba a nosotros.

Avanzamos hacia el mostrador, donde un hombre con bigote fino, jersey de copos de nieve y una sonrisa ligeramente inquietante nos esperaba con las manos cruzadas sobre la barriga.

Tenía pinta de disfrutar demasiado con su trabajo.

—Bienvenidos al Aeropuerto Regional de Mapple County —dijo con entusiasmo forzado mientras revisaba nuestros documentos de identidad—. Lamentamos profundamente los inconvenientes ocasionados por el desvío. Pero ¡buenas noticias! La aerolínea ya ha gestionado alojamiento para todos los pasajeros afectados.

Fruncí el ceño.

—¿Alojamiento? Nosotros lo que queremos es llegar a Chicago. Soy el ponente principal en una conferencia internacional de desarrollo urbano mañana. No puedo permitirme el lujo de quedarme atrapado aquí.

El hombre siguió sonriendo como si nada.

—Lo entiendo, señor Prescott. Créame que lo entiendo. Pero, lamentablemente, todos los vuelos están cancelados hasta nuevo aviso. La tormenta ha afectado a varios estados. Las carreteras también están cortadas. Nadie entra ni sale de aquí, al menos en las próximas 48 horas.

—Genial —murmuró Kayla a mi lado.

—Pero no deben angustiarse —añadió el hombre, subiendo todavía más el volumen de su entusiasmo inquietante—. Han tenido la suerte de aterrizar en Mapple County. Nuestro pueblo, Mapple Hollows, es un lugar muy especial. —Abrió los brazos como si estuviera presentando un espectáculo—. La comunidad es acogedora, tenemos un festival navideño que es nuestro orgullo, una feria de dulces artesanales, el desfile de trineos, una coral infantil que canta todas las tardes en la plaza y, por supuesto, la gran ceremonia del muérdago. Una tradición que une corazones desde 1953.

Parpadeé.

Kayla también.

—Señor, entiendo que eso le parezca estimulante a usted —dije, conteniendo el tono—, pero como le he dicho, me esperan en Chicago. Soy ponente en una conferencia internacional. Esto no es un viaje de placer.

El hombre asintió con la misma sonrisa inmóvil.

Esa que claramente le habían enseñado en un cursillo de «Atención al cliente bajo tormentas de nieve y crisis existenciales».

—Y lo lamento mucho, señor Prescott. De verdad. Pero lo único que puedo ofrecerles es la última habitación disponible en toda la zona. Y está en la Posada Merry Pines.

—¿Perdón? ¿La última habitación? Somos dos personas —dije, sin disimular ya la irritación.

—Sí… respecto a eso —dijo el hombre, inclinándose un poco hacia el mostrador como si fuera a contarnos un secreto—. Verán, el señor y la señora Merry son un poco… especiales, por así decirlo. Muy tradicionales. Muy devotos. Él es pastor en la iglesia del pueblo desde hace cuarenta años. Y tienen una política muy clara para alojar a huéspedes: solo aceptan parejas casadas.

Kayla soltó una carcajada seca.

—¿Está bromeando?

—Ojalá —respondió él, aún con esa sonrisa amable que me daban ganas de borrar a golpes—. Pero no.

—Pero nosotros no estamos casados —repliqué, marcando cada palabra—. Trabajamos juntos.

El hombre asintió con comprensión impostada.

—Lo entiendo, claro. Pero podrían… fingirlo, ¿verdad? Solo durante unos días. No tienen que llevar anillos ni mostrar papeles. Solo mantener la apariencia. A los Merry les gusta proteger «la santidad del hogar», ya sabe cómo es la gente de pueblo…

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Kayla, cruzándose de brazos.

—Entonces, me temo que no podrán acceder a la habitación. Y como he dicho antes, es la última disponible.

—¿No hay alternativa? —pregunté, cada vez con menos paciencia.

—Bueno… según he oído, van a preparar el polideportivo del pueblo para los pasajeros que no consigan alojamiento. Con colchonetas, mantas térmicas y termos de chocolate caliente. Siempre pueden ir allí, claro. No es una cama con dosel, pero tiene techo.

Kayla parpadeó.

—¿Está sugiriéndonos que si no fingimos ser marido y mujer vamos a dormir en una colchoneta con cien desconocidos y olor a gimnasio?

—No lo sugiero. Solo informo —dijo él, sonriendo como si acabara de ofrecernos una experiencia de retiro espiritual.

Y fue en ese momento, cuando Kayla me miró con los ojos entrecerrados, que supe que iba a tomar una decisión. Una de esas que pueden cambiarte la vida en un parpadeo.

—Está bien —dijo ella, girándose hacia el recepcionista—. Estamos casados. Felices. Enamorados. ¿Dónde firmamos?

El hombre sonrió como si acabara de presenciar el milagro navideño número 342 del pueblo.

—¡Maravilloso! Matrimonio Prescott —dijo, tecleando con entusiasmo—. Pueden esperar fuera. En cuanto sea posible, uno de nuestros voluntarios del comité navideño los llevará hasta la posada. Es un trayecto corto. Solo unos diez minutos… si la nieve no lo complica, claro.

Kayla se cruzó de brazos. Yo solo asentí con la mandíbula apretada.

—Y si necesitan algo más, estamos aquí para ayudar. Tenemos mantas, chocolate caliente y... espíritu navideño de sobra.

Nos entregó una bolsa de papel con un reno dibujado a mano. Dentro había una postal con un muñeco de nieve y dos galletas que parecían llevar horneadas desde la Guerra Fría.

Kayla ni las miró.

Yo tampoco.

Salimos del aeropuerto bajo una nevada fina, pero persistente. La clase de nieve que te va calando hasta los huesos.

Nos quedamos en silencio.

La tormenta seguía cayendo.

Y nosotros… atrapados en una mentira matrimonial, sin plan B y con una cama compartida esperándonos en Merry Pines.

Genial.

5

Kayla

BIENVENIDOS A LA SECTA NAVIDEÑA



Cuando el hombre del mostrador nos dijo que uno de los voluntarios pasaría a buscarnos para llevarnos a la posada, no imaginé que se trataría de un trineo tirado por renos falsos y un hombre con barba blanca que parecía el mismísimo Santa Claus.

El trineo en sí era un quad camuflado bajo una estructura de madera pintada de rojo, con dos renos de fibra de vidrio atornillados al morro y luces LED parpadeando como si tuvieran epilepsia.

La música salía de un altavoz colgado con bridas de plástico.

Sonaba *All I Want for Christmas Is You*.

—¡Ho! ¡Ho! ¡Ho! Bienvenidos a Mapple Hollows, tortolitos —tronó una voz desde el asiento del conductor—. Yo soy Klaus, el encargado de llevaros sanos y salvos hasta la Posada Merry Pines.

Klaus.

Claro.

¿Y qué otra cosa iba a llamarse?

Llevaba un gorro de lana rojo con una campanita en la punta, chaqueta de borreguito y una bufanda verde que le tapaba media cara.

Pero sus ojos brillaban con un entusiasmo sospechoso.

Demasiado entusiasmo para alguien que conducía un trineo motorizado a dos grados bajo cero.

Subimos al trineo con la resignación de quien sabe que ha perdido el control de su vida y ya solo le queda dejarse arrastrar por los acontecimientos.

Literalmente.

Porque en cuanto nos sentamos, Klaus pisó el acelerador como si estuviéramos en la Fórmula 1 navideña.

El quad avanzó por un camino nevado que serpenteaba entre árboles cubiertos de luces, y yo me aferré a la barra lateral como si fuera a despegar en cualquier momento.

Ethan, por su parte, parecía perfectamente cómodo. Incluso se permitió mirar el paisaje con esa cara suya de «yo estoy por encima de esta mierda» que sacaba en las reuniones con inversores pesados.

Y así avanzamos, como dos figurantes en un desfile navideño psicodélico, mientras Klaus saludaba a cada árbol que se encontraba por el camino.

La nevada seguía cayendo, suave, casi mágica, como si alguien allá arriba estuviera agitando una caja de polvos de talco con ritmo lento y cursi.

Las luces se reflejaban en la nieve. Y por un momento, lo juro, me sentí dentro de una de esas pelis navideñas cutres que pones en

la tele cuando no tienes planes y cenas helado directamente del bote.

Entonces, de golpe, el camino se abrió y nos encontramos descendiendo hacia el pueblo.

Mapple Hollows.

¡Joder!

No estaba preparada.

El pueblo parecía sacado de una bola de nieve.

Casitas de madera con techos a dos aguas, todas cubiertas por una capa perfecta de nieve blanca. Ventanas con luces cálidas parpadeando. Faroles decorados con ramas de pino, lazos rojos y campanas. Una plaza central con un árbol de Navidad gigante en medio, rodeado por puestos de madera con tejados nevados que vendían desde chocolate caliente hasta gorros de lana hechos a mano.

Una coral infantil cantaba villancicos frente a la iglesia. Un grupo de niños jugaba con trineos. Y había… ¿un burro?

Sí. Un burro.

Con gorro de Papá Noel.

—¿Qué demonios es este sitio? —susurré, sin poder apartar la mirada.

—Una secta con mucho presupuesto —respondió Ethan, casi tan alucinado como yo

Como si nos hubiera escuchado, o tuviera un radar para detectar sarcasmo, Klaus giró un poco la cabeza y gritó por encima del motor:

—¿Parece sacado de un cuento, verdad? En Mapple Hollows nos tomamos muy en serio la Navidad. Se dice que este pueblo fue

fundado durante una tormenta de nieve en Nochebuena, hace más de ciento cincuenta años. Desde entonces, cada diciembre, celebramos la magia que salvó a los fundadores.

—¿La magia? —pregunté, más por educación que por interés.

—La historia dice que un leñador y una costurera, atrapados en la montaña, encontraron este valle por accidente y aquí crearon su hogar. Solo con amor, fe y galletas de canela.

—¿Galletas de canela? —repitió Ethan, arqueando una ceja.

—¡Son tradicionales en nuestro pueblo! Aún usamos la receta original, la que encontraron en una vieja caja de madera bajo el suelo de la primera cabaña del valle. Y cada año, en la ceremonia del muérdago, se ofrecen a los participantes.

Otra vez la mención a esa ceremonia del muérdago. Empezaba a tener curiosidad por saber de qué iba aquello.

Me giré hacia Ethan.

—¿Tú también lo estás sintiendo?

—¿El lavado de cerebro?

—Sí.

El trineo frenó justo frente a la entrada de una posada con fachada de madera blanca, contraventanas verdes y un cartel que decía *Merry Pines Inn* en letras doradas con purpurina. Había una guirnalda enorme colgada sobre la puerta, luces cálidas bordeando todo el tejado y un par de renos de mimbre iluminados flanqueando la entrada.

Parecía una mezcla entre Pinterest y una postal navideña enviada por alguien con mucho tiempo libre.

Klaus se bajó con energía.

—¡Y hemos llegado! —dijo, girándose hacia nosotros como si fuera un guía turístico—. Bienvenidos a vuestro dulce refugio matrimonial.

Me tragué el comentario sarcástico.

A esas alturas, ya daba igual.

Agarré mi maleta y subí los dos escalones del porche. Ethan iba detrás.

Klaus abrió la puerta con una llave que sacó de su bufanda y gritó como si estuviera en su casa de toda la vida:

—¡Cariño! Ya he llegado con los últimos huéspedes.

Parpadeé.

—¿Cariño?

Ethan ladeó la cabeza, igual de desconcertado.

Desde dentro, una voz femenina respondió con tono dulce y alegre:

—¡Estoy en la cocina! Ahora salgo, cielo.

—¿Es que usted es el dueño de esta posada? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Klaus se giró hacia nosotros con una sonrisa que ya daba miedo de lo amplia que era.

—¡Ah! ¿Olvidé mencionarlo? Soy Klaus Merry, posadero de *Merry Pines Inn*... y pastor de la iglesia del pueblo desde hace cuarenta años.

Antes de que pudiéramos decir nada, una mujer salió de la cocina como si estuviera entrando en escena en una obra de teatro navideña.

Y juro que parecía la señora Claus en versión terrenal.

Pelo blanco recogido en un moño, mejillas sonrosadas, gafas redondas en la punta de la nariz y un delantal con estampado de bastones de caramelo.

—¡Oh, cielos, miradlos! —dijo, llevándose las manos al pecho—. ¡Qué pareja más adorable! Bienvenidos, queridos. Bienvenidos a nuestro pequeño rincón de amor y paz.

Ethan se limitó a esbozar una sonrisa tensa. Yo también. De esas que duelen en los mofletes.

—Estoy segura de que vais a sentiros como en casa —añadió, mientras se acercaba a coger nuestras manos con sus dedos suaves, tibios y peligrosamente pegajosos. Olía a azúcar y a horno encendido desde hace horas.

—Soy Agnes Merry. Posadera. Repostera. Y fan absoluta del amor verdadero.

Le dio un apretón a Ethan que hizo que él se irguiera un poco, incómodo.

—Y este de aquí —dijo, señalando a Klaus con una mirada cómplice— es mi marido desde hace cuarenta y tres Navidades. Cada año, más dulce que la anterior.

Ethan murmuró algo que sonó a «qué suerte» pero con la emoción de una piedra.

Agnes dio una palmada suave y nos hizo un gesto para que la siguiéramos.

—Venid, venid, vamos al mostrador y os dejo la llave. Que sí, que sois mis últimos tortolitos, pero eso no significa que no merezcáis una bienvenida en condiciones.

Nos acompañó hasta un pequeño escritorio de madera junto a la escalera. Encima, un archivador de cartón forrado con papel de

regalo, un tarro lleno de bastones de caramelo y un cuaderno de reservas con un reno pintado a mano en la portada.

—Esto no es un hotel de ciudad, ya lo veréis. Es una posada familiar, acogedora, chiquitita —dijo mientras pasaba páginas del cuaderno—. Solo tenemos cinco habitaciones, y todas ocupadas por huéspedes atrapados por la tormenta, como vosotros. Y habéis tenido suerte. Os ha tocado el Ático Estrellas. Segunda planta, al final del pasillo. Cama grande, mantita extra a los pies, y una caja con juegos de mesa por si queréis… distraeros. Aunque supongo que tendréis mejor forma de pasar el tiempo. —Hizo una pausa sospechosa

Balbuceamos un «gracias» casi al unísono, como dos adolescentes pillados mintiendo a sus padres.

Cogí mi maleta de mano y eché a andar hacia las escaleras. Ethan me siguió en silencio, arrastrando la suya con ese ruido de ruedas que parecía amplificarse con cada escalón.

Subimos hasta la segunda planta, sin decir ni una palabra.

Pasillo estrecho. Alfombra verde con copos de nieve. Cuadros de paisajes nevados. Una figurita de ángel en cada repisa. El nivel de decoración era tan excesivo que empezaba a pensar que alguien allí tenía un fetiche serio con la Navidad.

Al final, una puerta blanca con una estrella dorada pegada en el centro.

Ethan metió la llave, giró y abrió.

Y entonces nos quedamos los dos quietos.

Porque la habitación... era una locura.

Techo abuhardillado. Paredes de madera. Cama king size en el centro, con dosel blanco y luces parpadeantes enredadas entre las

telas. Una chimenea encendida. Dos tazas de cerámica con nuestros nombres escritos en rotulador dorado sobre la mesita.

Kayla & Ethan. Con corazoncitos.

Y encima de la cama… un corazón de pétalos rojos.

—No puede ser —susurré.

Ethan dejó caer la maleta con un golpe seco y se pasó la mano por la cara.

—Empiezo a tener miedo. Miedo nivel acabamos saliendo en *Crímenes que conmocionaron América* con voz en off y música tensa ¿Cómo cojones han sabido nuestros nombres si acabamos de llegar?

Me acerqué a las tazas. La caligrafía era preciosa, de esas que ves en Pinterest y piensas: «qué monada».

—Se lo habrán dicho en el aeropuerto —dije, usando la lógica.

—No lo sé —respondió Ethan, cruzándose de brazos—. No es que sea un tipo paranoico, pero en este pueblo todo el mundo es raro. ¿Te fijaste en la mirada inquietante del hombre del mostrador en el aeropuerto? ¿Ese que sonreía como si supiera que íbamos a morir esta noche?

—Sí —admití, encogiéndome un poco—. Y no sé tú, pero me dio *vibes* de taxidermista aficionado.

—Exacto. ¿Y Klaus Merry? ¿En serio? Ese hombre conduce un trineo falso, habla con árboles y se hace llamar *pastor*. Mañana tenemos que salir de aquí como sea. Lo suficientemente malo será tener que excusarme de la conferencia.

Le miré con cara de circunstancias.

—Pues temo darte malas noticias, pero dudo que eso sea posible.

—¿Qué?

—Mientras estaba buscando señal en el aeropuerto, oí hablar a dos trabajadores. Por lo visto, cada veinte años más o menos, en Mapple Hollows cae una nevada tan bestia que los aísla del mundo durante días. Sin vuelos. Sin carreteras. Sin cobertura.

Ethan parpadeó. Dos veces.

—¿Estás diciendo que hemos aterrizado en un pueblo que se convierte en una especie de prisión navideña por tradición?

Asentí despacio.

—Lo llaman «la gran nevada del solsticio». Muy poético todo. Pero básicamente es aislamiento nivel Alaska postapocalíptica.

Ethan se dejó caer hacia atrás en la cama, con los brazos abiertos y la mirada fija en el techo.

—Perfecto. Estamos atrapados en un pueblo con una pareja que da más miedo que ternura, vecinos que decoran hasta los enchufes, y una tormenta legendaria que aparece una vez cada veinte años. ¿Qué más?

Me acerqué a la ventana, corrí un poco la cortina.

Nieve.

Nieve cubriéndolo todo. Calles, tejados, árboles, bancos, farolas. Todo blanco. Todo inmóvil. Todo demasiado silencioso.

Lo escuché bufar detrás de mí. Me giré. Estaba revisando su móvil.

—Está muerto. Completamente muerto —dijo, apagando la pantalla como si le diera asco—. Voy abajo a ver si Klaus o su esposa siniestra tienen un teléfono fijo, una emisora de radio, lo que sea. Necesito hablar con Blake, y con Chicago para excusarme por mañana.

Asentí.

—Suerte con eso. Si Agnes te ofrece galletas, corre.

Él no sonrió. Solo me lanzó una mirada cansada y se marchó. Y me quedé sola.

Me senté en el marco de la ventana, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared.

Miré hacia fuera.

Si lo pensaba bien, era bonito.

Inquietante, sí.

Pero bonito.

Suspiré.

Y por primera vez en todo el día… no hice nada. Solo me quedé ahí. Mirando. En silencio.

Esperando que Ethan volviera, preguntándome cómo, de pronto, él y yo habíamos terminado en un pueblo perdido en el culo del mundo, fingiendo estar casados y obligados a compartir cama.

Era surrealista.

Un segundo estábamos en el aeropuerto, con la agenda apretada y el piloto sonando profesional. Y al siguiente… atrapados en Mapple Hollows, rodeados de galletas, nieve y desconocidos demasiado amables.

Con Ethan.

Mi jefe.

El hombre al que llevaba años evitando mirar más de la cuenta.

Y ahora que estábamos solos, atrapados, sin salida… la verdadera pregunta era: ¿cuánto iba a tardar en cruzarse esa línea que llevaba años evitando?

6

Ethan

SEÑALES DESDE EL TEJADO



Bajé a recepción y me encontré a Klaus y Agnes hablando sonrientes en el mostrador.

—Señor Prescott —dijo Klaus con esa voz suya de Santa Claus jubilado—. ¿Qué le ha parecido la habitación? Preciosa, ¿verdad? El Ático Estrellas es nuestra joya. Solo la damos a matrimonios especiales.

—Claro —respondí, intentando que no se me notara lo mucho que me estaba costando no salir corriendo—. Tiene… mucho encanto.

Agnes se llevó las manos al pecho.

—¿Habéis visto las tazas? Las pinté yo misma esta mañana. En cuanto recibimos la lista de los pasajeros del vuelo que iban a hospedarse aquí.

Aquello debió tranquilizarme, pero no lo hizo ni un poquito.

Eran demasiado amables. Y ese tipo de amabilidad no era normal. Era de la que esconde algo detrás.

Como los asesinos en serie que te ofrecen pastel antes de matarte.

—Esto... sí, gracias. Ha sido un bonito detalle —carraspeé—. Entonces… ¿de verdad creen poco probable que mañana podamos volar hacia Chicago?

La mujer se rio como si acabara de contarle el mejor chiste del mundo.

—Ay, querido. Los imposibles no existen, pero digamos que lo veo… poco probable. Por así decirlo. Hasta que no pase el temporal, nadie puede salir ni entrar del pueblo en otra cosa que no sea trineo. Bueno, Klaus tiene su quad, pero no es precisamente el medio ideal para recorrer kilómetros.

—¿Y no hay un pronóstico o algo que indique cuánto durará?

Fue Klaus quién me respondió:

—La Gran Nevada del Solsticio nunca avisa de cuándo llega… ni de cuándo decide marcharse.

La Gran Nevada del solsticio, justo lo que Kayla había mencionado. Suspiré, desordenándome el pelo con cansancio.

—La verdad es que he bajado porque necesito hacer una llamada y mi móvil no tiene señal.

—Oh, cierto —dijo Agnes—. La tormenta de nieve nos ha dejado incomunicados, la línea del teléfono fijo está cortada, aunque puedes probar en el tejado. Desde allí a veces se pilla algo de cobertura.

—¿El tejado?

—Sí, cielo. Klaus sube constantemente cuando se cae la antena del granero o cuando hay que quitar nieve de las luces.

—¿Y es seguro subir al tejado?

—Oh, claro —intervino Klaus, inflando el pecho—. Yo lo hago todo el tiempo. Hay una escalerita en la parte de atrás, junto al cobertizo. Desde ahí se accede al tejado sin problema.

—Claro —murmuré—. Subir a los tejados. Como Santa Claus. Es lo suyo.

Agnes sonrió, orgullosa.

—Tiene buen equilibrio y piernas fuertes. No ha perdido práctica.

Me imaginé a Klaus con un saco de regalos y un trineo aparcado en el porche. Y no supe si reírme o llamar a los servicios sociales.

—Gracias por la info.

Me di la vuelta y salí, con una idea clara en la cabeza: si me mataba intentando llamar desde el tejado, sería menos ridículo que la situación que me esperaba con Kayla.

Porque sí, la idea de fingir ser su marido y dormir en la misma habitación… me tenía fatal.

No lo habíamos hablado, pero suponía que compartiríamos cama. Tampoco es que hubiera otras opciones. El sofá de la habitación era minúsculo.

Tragué saliva intentando ignorar esos pensamientos y me dirigí a la zona del cobertizo, temblando de frío. Copos de nieve caían lentos, espesos, como si el cielo estuviera empeñado en sepultar el pueblo bajo una manta blanca antes de que pudiéramos escapar.

Encontré la escalerita justo donde Agnes había dicho. Vieja, pero estable. El tipo de estructura en la que confías con los dedos

cruzados y el culo apretado.

Subí despacio, peldaño a peldaño, con el móvil en el bolsillo y la cabeza llena de ideas estúpidas. Imaginándome a Kayla ya en la cama. Imaginando que me quitaba la camiseta. Imaginando que ella no se apartaba.

Maldita sea.

Al llegar al tejado, el frío me golpeó de lleno en la cara. Pero al menos desde allí arriba había visibilidad.

Y lo más importante: una raya de cobertura.

Levanté la mano en alto.

Dos.

Me moví un poco.

Tres.

Marqué a Blake con los dedos helados y esperé.

Una voz con eco y mala calidad respondió al tercer pitido.

—Dime.

—Esto es un desastre, Blake. Un puto desastre —solté, dejándome llevar por los nervios del momento.

—¿Qué? ¿Ha pasado algo? —Su voz se oía lejana y entrecortada.

—Estoy atrapado, joder. Una tormenta de nieve nos pilló mientras volábamos y el piloto tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en un aeropuerto regional. Y ahora Kayla y yo estamos atrapados en un pueblo diminuto sin opciones de transporte, sin Uber, sin tren… y con una posada que parece sacada de *Psicosis*.

—¿Estás de coña?

—Ojalá. No sé si llegaremos a tiempo a la conferencia.

Un breve silencio tenso.

—Ethan, no me jodas.

—Te juro que si pudiera teletransportarme, lo haría, pero no es una opción realista.

—¿Y cuánto tiempo se supone que va a durar el temporal?

—He preguntado, pero aquí nadie sabe. Según parece, una vez cada veinte años, este pueblo se queda completamente aislado. Nieva tanto que cortan carreteras, cancelan vuelos, y la única forma de salir de aquí es en trineo. Literalmente. Trineo.

—Estás de coña. Pero llegaréis para la boda, ¿no?

—Eso espero, pero no sé… esto es como haber caído en el pueblecito ese de *El Grinch* —seguí, recordando Villa Quién de la famosa película protagonizada por Jim Carrey—. La gente es rara. De hecho, ¿sabes que la pareja que lleva esta posada solo admite a parejas casadas? El tipo es pastor, o algo así. Kayla y yo hemos tenido que mentir y decir que estábamos casados para que nos dieran una habitación.

—¿Perdona? —la voz de Blake sonó entrecortada.

—Y aún hay más. Parecen Santa Claus y su mujer. De hecho, él se llama Klaus y conduce un quad transformado en trineo con renos falsos.

Blake soltó una carcajada ahogada.

—Tío, estás de broma.

—Ojalá lo estuviera.

El silencio que siguió fue raro. Luego, la voz de Blake empezó a sonar entrecortada, lejana.

—Eh… Eth… ¿me oyes?... estás… esto se… cor…

—¿Blake? —pregunté, elevando la voz, moviéndome unos pasos para intentar recuperar señal.

Nada. Solo el silbido del viento y el pitido seco del teléfono al desconectarse.

Miré la pantalla. Cero cobertura. Ni una mísera raya.

Suspiré, metiendo el móvil en el bolsillo mientras la nieve se acumulaba en mis hombros.

—Estupendo —murmuré—. Atrapado en un pueblo navideño con Santa, su señora… y mi secretaria convertida en esposa de pega. Lo que me faltaba.

Bajé del tejado con cuidado, con los dedos entumecidos y el aliento formándose en pequeñas nubes delante de mí. Cada peldaño crujía bajo el peso del hielo, y por un momento pensé que acabaría cayendo de cabeza. Pero no.

Cuando por fin llegué abajo, mis botas hundieron la nieve con un *crunch* seco.

Corrí hasta la entrada de la posada, temblando, y abrí la puerta. El calor me envolvió al instante, con ese aroma a canela y madera que parecía impregnar cada rincón del lugar.

Subí las escaleras hasta el ático y llamé suavemente a la puerta.

Kayla abrió casi al momento. Llevaba el pelo suelto, un jersey ancho de lana y los pies descalzos sobre la alfombra. Durante un segundo, me quedé sin palabras.

—Dios, estás empapado —dijo ella, frunciendo el ceño mientras me apartaba del marco—. Ven aquí.

Cogió una toalla del baño y empezó a quitarme la nieve de los hombros y el pelo con movimientos rápidos pero suaves.

—No hacía falta —murmuré, un poco incómodo por lo cerca que estaba.

—Claro que sí. Pareces un muñeco de nieve —replicó, sin mirarme.

Su tono era seco, pero había algo cálido en su gesto. Algo que no quise analizar demasiado.

Cuando terminó, dejó la toalla a un lado y suspiró.

—¿Y bien? ¿Has podido llamar?

—Bueno… algo así. Por lo visto, de vez en cuando, en el tejado puede encontrarse señal.

—¡¿En el tejado?! —exclamó, abriendo los ojos como platos—. ¡Dime que no has subido al tejado!

—Vale, no te lo digo —respondí, encogiéndome de hombros.

—Ethan, ¡podrías haberte matado! —se llevó una mano al pecho, con un tono entre incredulidad y enfado.

—Tranquila, Santa Claus me dio permiso.

—No tiene gracia.

—Un poco sí —sonreí, intentando aliviar la tensión—. Además, ha merecido la pena. Conseguí hablar con Blake unos segundos antes de que la señal muriera del todo.

—¿Y?

—Pude contarle lo que nos había pasado, pero nada más. Espero que llame a los de la conferencia y les informe de lo sucedido, porque a estas alturas es obvio que no llegaremos ni de coña.

Kayla se pasó una mano por el rostro, dejando escapar un suspiro largo.

—Genial… justo lo que necesitábamos.

—Eh, míralo por el lado bueno —intenté bromear—: estamos vivos, tenemos techo y vivimos en la casa de Santa Claus. No vamos a quedarnos sin regalos en caso de tener que pasar las navidades aquí.

—Muy gracioso, Ethan —replicó ella, arqueando una ceja—. Lástima que tu sentido del humor no sirva para derretir la nieve ni para sacarnos de este pueblo.

—Dame tiempo, igual descubro algún superpoder escondido —dije, encogiéndome de hombros.

Kayla negó despacio, conteniendo una sonrisa.

—Lo único que vas a descubrir es una pulmonía si sigues con la camisa mojada. Anda, cámbiate antes de que empieces a tiritar.

—¿Te preocupas por mí? —bromeé, mientras me quitaba el abrigo.

—Me preocupo por no tener que explicar en recepción que mi «marido» ha muerto congelado —contestó con sarcasmo, dándose la vuelta.

Y, por algún motivo, esa frase me hizo sonreír.

—Aprovecharé para darme una ducha —dije, cogiendo algo de ropa seca de la maleta.

Kayla asintió sin girarse, concentrada en ajustar el termostato de la habitación. Me encerré en el baño y, en cuanto abrí el grifo, el vapor empezó a llenar el aire. Me quité la ropa empapada y me metí bajo el agua caliente de la ducha.

Durante unos minutos, no hice más que quedarme allí, quieto, dejando que el calor me devolviera la sensibilidad a los dedos. El sonido de la tormenta quedaba amortiguado por las paredes, y por primera vez en todo el día, respiré sin prisa.

Apoyé la cabeza en los azulejos y exhalé despacio.

Al otro lado de la puerta, Kayla debía de estar preparando la cama, ordenando las cosas, o quizá mirando por la ventana, intentando encontrarle sentido a aquel lugar tan surrealista.

Pensar en ella allí, en esa habitación de ensueño, con el viento azotando las ventanas y la nieve cayendo sin parar, me provocó una sensación extraña. No era solo cansancio ni frío. Era algo más. Algo que no quería analizar demasiado.

Cerré los ojos, dejé que el agua me cayera por la cara y me permití no pensar en nada más.

7

Kayla

UN RESPIRO EN MITAD DEL INVIERNO



No quería pensar en Ethan en la ducha, con el agua empapando su cuerpo.

Pero, claro, mi cerebro tenía otros planes.

El sonido del agua corriendo detrás de la puerta del baño era imposible de ignorar. Intenté concentrarme en cualquier otra cosa: en el termostato, en las cortinas de flores, en el ruido del viento y la nieve contra las ventanas… pero nada funcionaba.

Me mordí el labio, dando vueltas por la habitación, descalza sobre la alfombra, intentando mantener la compostura.

Había pasado por situaciones incómodas con él antes, reuniones tensas, viajes de trabajo eternos, malentendidos absurdos, pero ninguna se acercaba a esto.

Estábamos atrapados en un pueblo perdido, compartiendo una habitación con una sola cama y fingiendo ser un matrimonio feliz.

Genial.

Justo lo que soñaba para mi carrera profesional.

Me senté al borde de la cama y suspiré, mirando el vapor que empezaba a filtrarse por la rendija de la puerta. El aire se llenó de olor a jabón y madera húmeda.

Cerré los ojos un segundo. Error. Lo visualicé. El agua cayendo por su espalda, el gesto serio, la mandíbula tensa.

Abrí los ojos de golpe.

No. Ni hablar.

—Concéntrate, Kayla —murmuré para mí misma—. Solo es tu jefe. Tu insoportable, arrogante y empapado jefe.

Me puse en pie, crucé los brazos y miré la cama.

La única cama.

Y entonces lo supe: esa noche iba a ser larguísima.

Unos diez minutos más tarde, Ethan salió del baño, con el pelo húmedo y la ropa limpia y seca.

Yo estaba en la cama, con una copia de *Cuento de Navidad* de Charles Dickens que había encontrado en una estantería junto a otros libros antiguos, todos con las cubiertas gastadas y ese aroma a papel viejo que me encantaba.

Levanté la vista cuando lo oí cerrar la puerta.

—¿Qué tal la ducha? —pregunté, intentando sonar casual mientras pasaba de página.

—Milagrosa —respondió, secándose el cuello con una toalla—. No recordaba lo bien que se sentía tener los dedos sin riesgo de amputación por congelación.

—Fascinante —murmuré, volviendo la vista al libro, aunque era incapaz de concentrarme en la historia.

De reojo, lo vi dejar la toalla doblada sobre la silla y acercarse a la ventana. La nieve seguía cayendo sin descanso, cubriendo el mundo de blanco.

Por un momento, no dijo nada. Solo se quedó ahí, observando.

—No sé tú —comentó finalmente—, pero empiezo a pensar que vamos a quedarnos aquí más tiempo de lo esperado.

—Bueno, podrías aprovechar estos días para darte ese merecido descanso que siempre dices querer hacer pero nunca te permites —respondí, sin levantar la vista del libro.

Él soltó una risa baja.

—A esto no se le puede llamar descanso. Cuando yo pienso en descanso, pienso en una tumbona en una isla paradisíaca, con un cóctel en la mano y el móvil con memes y TikTok en la otra.

—Vaya, todo un cliché de ejecutivo agotado —dije, sonriendo sin mirarlo.

—Y orgulloso de serlo —replicó, acomodándose en el sillón frente a la chimenea—. Pero esto… —hizo un gesto señalando la ventana cubierta de nieve—, esto es más bien una penitencia.

Levanté la vista del libro y lo observé un segundo. Tenía el pelo aún húmedo, cayéndole en mechones rebeldes sobre la frente, y la luz anaranjada del fuego resaltaba el contraste entre el cansancio de sus ojos y esa media sonrisa que nunca sabía si era ironía o defensa.

—Quizá sea justo lo que necesitabas —dije al fin.

—¿Una penitencia?

—Un alto en el camino —respondí—. Incluso en una isla paradisíaca, con internet, te pasarías más horas trabajando que

descansando. Aquí en medio de la nada y sin conexión, no tienes alternativa.

Asintió, pensativo, dándome la razón en silencio. El crepitar del fuego llenó el espacio entre nosotros durante unos segundos, cálido y tranquilo.

Señaló el libro que tenía entre las manos.

—¿Qué lees?

—A Dickens. Cuento de Navidad. Como no hay mucho que hacer, pensé que estaría bien retomar viejas costumbres. —Sonreí, pasando el dedo por el borde amarillento de las páginas—. De pequeña me encantaba leer, pero al entrar a trabajar en Prescott Brothers Real Estate dejé de hacerlo.

Él arqueó una ceja.

—¿Por falta de tiempo o por exceso de correos electrónicos?

—Por ambas cosas —admití, sonriendo con un toque de resignación—. Deberías probarlo. Dejar atrás esa adrenalina rápida que te ofrecen las redes sociales y los informes de última hora, y sumergirte en algo que no necesite Wi-Fi para atraparte.

Ethan se levantó del sillón con un suspiro y caminó hacia la pequeña estantería junto a la ventana. Pasó los dedos por los lomos polvorientos de los libros, ladeando la cabeza mientras leía los títulos en voz baja.

—Veamos… Orgullo y prejuicio, Mujercitas, Grandes esperanzas… —hizo una pausa y sonrió—. Todo muy en la línea de «atascado en una posada con mi secretaria».

—Exageras —dije, sin apartar la vista de mi libro.

—No lo suficiente —replicó, sacando uno al azar y soplando el polvo de la cubierta—. Grandes esperanzas, suena apropiado.

Se acercó a la cama y, sin pedir permiso, se tumbó a mi lado, apoyando la espalda en el cabecero. El colchón se hundió ligeramente bajo su peso.

—Vaya, al menos la cama es cómoda —comentó, acomodándose.

—Eso parece.

—¿No te importa compartirla, verdad? —preguntó con ese tono despreocupado que usaba cuando sabía perfectamente que la pregunta no era tan inocente.

Le lancé una mirada por encima del libro.

—Mientras no ronques, no habrá problema.

—No ronco.

—Todos los que roncan dicen lo mismo.

—Entonces tendrás que comprobarlo por ti misma.

Rodé los ojos y volví a mirar las páginas, intentando ignorar la sonrisa que notaba, sin necesidad de verla, dibujándose en sus labios.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, leyendo en silencio.

El fuego crepitaba, la tormenta seguía golpeando los cristales, y por un momento, el mundo entero pareció reducirse a esa habitación cálida y al sonido de las páginas pasando.

Perdí la noción del tiempo hasta que llamaron a la puerta con unos golpecitos suaves.

—¿Sí? —pregunté, levantando la vista.

La voz amable de Agnes se oyó al otro lado.

—Queridos, la cena está lista. La serviremos en el comedor en unos minutos. Seguro que os vendrá bien algo caliente después de un día tan largo.

—Gracias, ahora bajamos —respondí.

Cuando el sonido de sus pasos se alejó por el pasillo, Ethan cerró su libro y se estiró, desperezándose con un suspiro satisfecho.

—No sé tú, pero me muero de hambre —dijo, poniéndose de pie —. Solo esperemos que la comida no venga acompañada de un ritual satánico o un brindis con leche de reno.

—Muy alentador —repliqué, levantándome también.

Una vez en el comedor, el olor delicioso de la comida recién hecha nos envolvió al instante.

Era una mezcla perfecta de pan caliente, guiso casero y especias navideñas, tan intensa que casi hacía olvidar el frío del exterior.

El comedor estaba iluminado por docenas de velas repartidas por las mesas, y en el centro, un gran árbol de Navidad decorado con cintas doradas y pequeñas galletas colgantes completaba la escena.

Para mi sorpresa, no estábamos solos. Varias mesas ya estaban ocupadas por otros huéspedes, y algunos rostros me resultaron familiares. Reconocí a una pareja que había ido en nuestro mismo vuelo, al tipo de la chaqueta roja que se quejaba del café del aeropuerto y a la mujer que había intentado llamar a su madre antes de despegar.

—Mira —susurró—, los supervivientes del vuelo 304.

—No empieces —murmuré entre dientes, aunque tuve que contener una risa.

—A lo mejor esto es como en *Lost* —añadió en voz baja, inclinándose hacia mí—, solo que en lugar de caer en una isla

desierta, hemos acabado en la versión navideña del más allá.

No pude evitar reír.

Nos sentamos en una mesa junto al fuego, y apenas unos segundos después, Agnes apareció con una sonrisa radiante y una bandeja enorme entre las manos.

—Aquí tenéis, queridos —dijo con entusiasmo—. Estofado casero con verduras del invernadero, pan recién hecho y un poco de vino caliente para entrar en calor.

El aroma era irresistible. Ethan y yo nos miramos antes de probar el primer bocado, como si temiéramos descubrir algo raro… pero no. Todo estaba delicioso.

El guiso tenía ese sabor profundo y reconfortante de la comida hecha con tiempo, el pan estaba tierno y cálido, y el vino tenía el punto justo de canela y clavo.

—Vale, tengo que reconocerlo —dijo Ethan tras el primer sorbo —. Si esto es el más allá, no me importa quedarme un rato.

A nuestro alrededor, los demás pasajeros charlaban animadamente, compartiendo anécdotas del vuelo y del aterrizaje forzoso. Por un momento, el ambiente se llenó de una calidez extraña, casi familiar.

Y allí, rodeados de desconocidos y nieve, con el fuego crepitando y la comida humeante frente a nosotros, casi parecía… Navidad.

Durante el postre, Agnes se acercó con un folleto en la mano que dejó sobre nuestra mesa.

—Ya que vais a pasar unos días en Mapple Hollow —dijo con su eterna sonrisa—, he pensado que os gustaría tener esto. Es el programa de actividades del festival navideño. Mañana por la mañana empezaremos con el taller de casitas de jengibre en el

centro cívico y el concurso de muñecos de nieve en el parque del molino. Por la tarde se prevé que el coro infantil nos deleite con un recital de villancicos en la iglesia, y por la noche tendremos la gran fogata en la plaza, donde servirán vino caliente y pastel de manzana para todos.

Ethan arqueó una ceja, mirándola como si acabara de anunciar la agenda de un campamento de verano.

—Suena… intenso.

—Oh, es mágico, querido —aseguró Agnes—. Nada une tanto a la comunidad como el espíritu navideño. Y por supuesto, no os olvidéis de apuntaros a la gran ceremonia del muérdago. Es la tradición más esperada de todo Mapple Hollow.

Agnes nos dedicó una última sonrisa antes de girarse hacia la siguiente mesa, donde saludó a otra pareja con idéntico entusiasmo. Su voz se perdió entre elogios al vino caliente y comentarios sobre lo «mágica» que era la nieve.

Ethan la siguió con la mirada unos segundos, y luego soltó un suspiro.

—A este paso vamos a tener que plantearnos empadronarnos aquí —murmuró.

—Tranquilo, seguro que en el formulario del ayuntamiento hay una casilla para «residente accidental» —respondí, conteniendo la risa.

—Perfecto. Y debajo otra que ponga «atrapado contra su voluntad».

Sonreí.

El fuego chisporroteaba en la chimenea, y por un instante, entre el murmullo de las conversaciones y el brillo dorado de las luces, la idea de quedarnos allí no parecía tan terrible.

8

Ethan

NO RONRONEO, PERO CALIENTO



Después de una más que deliciosa cena, regresamos a la habitación.

El crepitar del fuego nos recibió, llenando el silencio con ese sonido tranquilo que solo tienen las noches frías.

Me quedé de pie un instante, mirando alrededor.

La luz anaranjada del fuego bañaba la habitación, proyectando sombras suaves en las paredes y dando a todo un aire tranquilo, casi irreal.

—Bueno… —dije al fin, soltando un suspiro—. Supongo que ha sido un día largo.

Kayla asintió, cansada pero serena.

—Definitivamente ha sido demasiado por hoy —dijo con una sonrisa cansada—. Creo que necesito apagar el cerebro un rato. —Cogió su neceser del tocador y señaló el baño—. Voy a cambiarme.

—Claro —respondí, asintiendo.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el silencio volvió a llenar la habitación. Me quedé un instante de pie, sin saber muy bien qué hacer conmigo mismo, hasta que decidí cambiarme también. Me quité la chaqueta y la camisa, me puse el pantalón de pijama y una camiseta limpia, y luego me senté al borde de la cama, escuchando el sonido amortiguado del agua y el roce de la tela al otro lado de la puerta.

El fuego crepitaba con suavidad. La nieve golpeaba los cristales con un ritmo lento, hipnótico. Por un momento, me descubrí observando cómo los copos se deslizaban por la ventana, cayendo sin descanso sobre un pueblo que parecía dormido.

La puerta del baño se abrió, y Kayla salió con un pijama sencillo, gris claro, el pelo suelto y ligeramente húmedo.

—Listo el baño —dijo, sin mirarme, mientras se acercaba a su lado de la cama.

—Perfecto —murmuré, levantándome.

Entré en el baño, me lavé los dientes y me mojé la cara con agua fría. Cuando salí, el aire de la habitación estaba cálido y tranquilo. La lámpara auxiliar estaba encendida, proyectando una luz dorada sobre las mantas.

Kayla seguía despierta, recostada contra las almohadas, leyendo *Cuento de Navidad* con el ceño levemente fruncido de concentración.

—¿Sigues con Dickens? —pregunté, mientras me metía en la cama.

—Ajá —respondió, sin levantar la vista del libro—. No puedo dormir todavía.

Fuera, la nieve seguía cayendo con la calma obstinada de quien no tiene prisa. Dentro, el silencio se volvió cómodo, casi íntimo.

Decidí seguir su ejemplo y abrí el ejemplar de *Grandes esperanzas* que había dejado sobre la mesita. Leí un par de páginas, pero pronto las letras empezaron a mezclarse, difuminándose entre la luz cálida de la lámpara y el suave crujido del fuego.

Normalmente me costaba dormirme, mi mente siempre encontraba algo en lo que pensar, algo que planificar o revisar, pero aquella noche fue diferente. No sabía si era el cansancio, el calor del fuego, la falta de cobertura o la simple idea de estar completamente desconectado.

Por primera vez en mucho tiempo, mi cerebro se sintió en silencio.

Y, sin darme cuenta, los párpados me pesaron, el libro se me resbaló de las manos, y el sueño me venció.

***

Me despertó el sonido de un movimiento, seguido de unos gemidos bajos e indescifrables. Abrí los ojos, aturdido, con la mente todavía envuelta en esa niebla espesa entre el sueño y la vigilia. Me llevó unos segundos recordar dónde estaba.

La habitación de la posada estaba en penumbra, iluminada solo por el resplandor rojizo del fuego que aún resistía en la chimenea. La nieve seguía cayendo fuera, silenciosa, cubriendo el cristal de la ventana con una capa blanca.

Parpadeé, intentando enfocar. El sonido volvió, suave, entrecortado.

Giré la cabeza, y entonces vi a Kayla.

Se removía entre las sábanas, con el ceño fruncido, respirando con dificultad. Parecía atrapada en una pesadilla.

—No... no... —murmuró entre dientes, con la voz quebrada. Su respiración se volvió irregular, y el movimiento de sus manos tensas sobre la manta me hizo incorporarme.

—Kayla —susurré, intentando no asustarla.

Pero ella seguía atrapada.

—El avión... —gimió, apretando los puños—. No... no puede ser... está cayendo...

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas, silenciosas, mientras el temblor de su cuerpo aumentaba. Algo en mi pecho se contrajo. No era solo el sobresalto de verla así; era la impotencia de no poder sacarla de ese lugar donde aún parecía estar cayendo.

Me incliné hacia ella y le toqué el hombro con cuidado.

—Eh... tranquila. Kayla, despierta, estás bien —murmuré, con voz baja y firme.

Al principio no reaccionó. Luego, poco a poco, su respiración empezó a acompasarse, y sus párpados temblaron antes de abrirse.

Los ojos húmedos, confusos, se encontraron con los míos.

—¿Ethan...? —susurró, todavía desorientada.

Asentí despacio.

—Tranquila. Todo está bien. No estás en un avión. Solo fue una pesadilla.

Encendí la lámpara auxiliar, y una luz cálida llenó la habitación, disipando las sombras. Kayla parpadeó varias veces, desorientada por el cambio, antes de incorporarse un poco.

Se pasó una mano por la cara, limpiándose las lágrimas con gesto torpe.

—Lo siento… —murmuró, con la voz ronca—. No quería despertarte.

—No pasa nada —dije despacio, aún intentando suavizarle el temblor en la voz—. Parecía que lo estabas pasando mal.

Ella asintió, bajando la mirada hacia las sábanas arrugadas entre sus dedos.

El fuego seguía ardiendo en la chimenea, proyectando sombras suaves sobre su rostro.

—¿Soñabas con las turbulencias de esta mañana? —pregunté al cabo de un momento.

Tardó en responder.

—Sí… —susurró, sin levantar la vista—. Algo así.

No sonaba convincente. Había algo en su tono, en la forma en que apretaba las manos sobre las mantas, que me hizo pensar que no me estaba contando todo. Pero no insistí.

Solo asentí, apoyándome contra el cabecero.

—Intenta volver a dormir —le dije suavemente—. Ya ha pasado todo.

Ella asintió otra vez, sin mirarme, y se giró de lado, dándome la espalda.

La luz de la lámpara bañó su silueta unos segundos antes de que la apagara.

La habitación quedó en penumbra, iluminada solo por el resplandor suave del fuego.

Ella seguía de espaldas.

Yo me acomodé, cerré los ojos e intenté que el cuerpo se relajara. Pero tenía la mente acelerada. Por el día. Por el sitio. Por

ella.

El silencio se alargó.

Y entonces, cuando pensé que ya se habría dormido, lo noté.

La forma en la que respiraba. Lenta, pero no uniforme. Contenida. Como si intentara no hacer ruido.

No estaba dormida.

—¿Kayla? —pregunté en voz baja, sin moverme.

Nada.

Solo otro segundo largo de silencio antes de oír su suspiro.

—No puedes dormir —dije, sin necesidad de que respondiera.

—Lo intento —murmuró—. Pero después de una pesadilla… siempre me cuesta volver a dormirme.

Me incorporé un poco, recostado sobre el codo.

—¿Te pasa a menudo?

—Depende —respondió en voz baja—. Cuando estoy en casa, no tanto. Tengo mi rutina, mis cosas… y a Bigotes.

—¿Bigotes?

Ella se giró un poco, lo justo para que pudiera ver su perfil en la penumbra.

—Mi gato. El gruñón. El que parece que ha salido de una peli de mafiosos. Feo, gordo, con mala leche. Pero me deja abrazarlo cuando tengo pesadillas. Solo entonces. Es como si supiera que lo necesito.

No pude evitar sonreír.

—Siento que no tengas a Bigotes hoy.

Ella suspiró, con una media sonrisa triste.

—Ya… yo también. Aunque seguramente estaría en la esquina de la cama mirándote como si quisieras robarle el territorio.

—Probablemente intentaría matarme mientras duermo —bromeé.

—O te mearía encima si lo molestas.

Solté una risa floja. Ella también.

Y entonces la miré, más serio.

—Aunque… si lo necesitas —dije, bajando un poco la voz—, yo podría ser tu Bigotes por un día.

Ella giró despacio la cabeza hasta encontrar mis ojos. Había algo vulnerable en los suyos, pero también… ternura. Pura. Real.

—¿Seguro? No ronroneas ni tienes barriga mullida.

—Pero caliento —dije, encogiéndome de hombros.

Una risa bajita escapó de sus labios.

Se giró del todo y, sin decir nada más, se acercó y apoyó la cabeza en mi pecho. Su cuerpo encajó contra el mío como si lo hiciera cada noche.

Le rodeé la cintura con el brazo. La acerqué más.

Y durante un buen rato no dijimos nada.

Solo nos quedamos así.

Respirando juntos.

Yo, haciendo de gato.

Y ella… dejándome.

Hasta que noté cómo se rendía.

Cómo el cuerpo se le aflojaba poco a poco, como si se derritiera contra el mío.

Se había dormido.

Y me quedé quieto. Escuchándola. Sintiendo su calor contra el pecho.

Y preguntándome, qué había detrás de todo eso.

Detrás del miedo al avión. De las pesadillas. De las lágrimas. Porque lo que le pasó esta mañana no fue solo nervios. Fue otra cosa.

Algo que no me había contado. Y que, por algún motivo, no quería contar

Suspiré. No iba a presionarla. Pero joder, me carcomía la curiosidad. La preocupación.

Aunque no era solo su miedo el que me afectaba en ese momento. No estaba preparado para lo que me provocó tenerla así.

Tan cerca.

Tan cálida.

Tan… tranquila.

La habitación estaba en silencio, salvo por el fuego y la nieve golpeando la ventana con suavidad. Y yo, con Kayla dormida en mis brazos, empecé a pensar en esa mañana. En cómo se aferró a mí en el avión. En el temblor de su cuerpo. En su voz rota pidiéndome que le dijera que todo iba a salir bien.

Y ahora esto.

Su cuerpo relajado, confiando en el mío como si fuera refugio.

Su mejilla apoyada justo sobre mi corazón.

Y su mano… demasiado cerca.

Muy cerca.

Tan cerca que la sentí rozar la parte baja de mi abdomen, justo donde la manta empezaba a tensarse peligrosamente.

Tragué saliva.

Y me obligué a no pensar en ello.

En el calor de su palma. En la forma en que mi entrepierna reaccionaba por instinto, empalmándose.

Pero lo peor no era eso.

Lo peor era que no solo me ponía duro por tenerla tan cerca.

Lo peor era que algo mucho más profundo y más jodido se estaba removiendo dentro de mí.

Ese lugar donde no debería sentir nada. Donde llevaba años sin dejar entrar a nadie.

Y ahora estaba ella. Dormida. Confiando en mí.

Y yo, deseando que esa noche no se acabara nunca.

Ni la nieve. Ni la mentira. Ni este puto momento perfecto que sabía que no iba a poder olvidar.

Aunque debería.

Aunque quisiera.

Aunque lo intentara.

9

Kayla

BABA, VERGÜENZA Y ALGO QUE NO DEBERÍA SENTIR



Abrí los ojos despacio, con esa sensación de no saber dónde estaba durante los primeros segundos.

Tardé un poco en recordar que no estaba en mi cama, ni en Nueva York, ni sola.

Estaba en Merry Pines, en el Ático Estrellas, pegada, literalmente, a Ethan Prescott.

Recordé la pesadilla de la noche anterior. Hacía meses que no me pasaba algo así. Meses desde la última vez que me desperté llorando. Temblando. Aterrada

Y esta vez no había sido diferente. Excepto por una cosa. Ethan estaba ahí para consolarme.

Todavía podía notar su brazo alrededor de mi cintura, la forma en que me sujetó sin decir nada, como si supiera exactamente cuánto lo necesitaba.

Giré un poco la cabeza. Seguía dormido. Tranquilo. Con el pelo revuelto, la boca ligeramente entreabierta y esa expresión de CEO en descanso que no terminaba de desaparecer nunca.

Y entonces lo vi.

Oh, Dios mío.

Una mancha en su camiseta.

Justo donde había apoyado la cara.

¿Era...?

Me incorporé con cuidado. Acerqué la cara.

Sí. Baba. Había babeado encima de él.

Joder. JODER.

Quise morirme. O teletransportarme. O que un trineo se estrellara contra la ventana y me atropellara.

Empecé a soplarle la camiseta. Desesperada. Como si eso fuera a evaporar la humedad. Luego lo intenté con la mano, abanico improvisado versión cutre.

Y entonces… una risa ronca me heló la sangre.

—¿Es esa algún tipo de maniobra de reanimación alternativa? —dijo Ethan, con la voz cargada de sueño y sarcasmo.

Congelada. Así me quedé.

—No.

—¿Entonces por qué me estás soplando el pezón?

—¡No estaba soplándote el pezón! —susurré en un grito—. Estaba... intentando secar...

—¿Tu baba?

Lo miré con los ojos muy abiertos. Él sonreía, medio dormido, como si acabara de ganar la lotería.

—Ha sido un accidente —dije, cruzándome de brazos—. No suelo babear.

—Me siento especial.

Avergonzada, me levanté de la cama de un salto, como si las sábanas fueran lava.

—Voy a ducharme —anuncié, agarrando el neceser con la dignidad justa para no tirarlo por el camino.

Cerré la puerta del baño antes de que pudiera decir algo. Apoyé la espalda en la madera y respiré hondo.

Porque lo peor no era haber babeado. Lo peor era lo mucho que me gustaba despertar abrazada a él.

***

El desayuno en Merry Pines no tenía nada que envidiar a la cena del día anterior.

Café recién hecho, tortitas con sirope, tostadas con mantequilla de manzana, huevos revueltos, bacon crujiente y una cesta con bollos de canela que olían a orgasmo.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Llevaba el atuendo más abrigado de la maleta, aunque no fuera gran cosa: vaqueros ajustados, jersey de lana azul y unos botines de pelo que me había llevado porque sabía que en Chicago iba a nevar sí o sí.

A pesar de todo, como la idea era pasarnos 4 días encerrados en un hotel de conferencias, no me había molestado en llevar nada

realmente útil para sobrevivir a una tormenta de nieve en el culo del mundo.

Lo mismo le ocurrió a Ethan, cuyo surtido de ropa se basaba en trajes caros que dudaba mucho que lo salvaran de una hipotermia si salíamos más de diez minutos a la calle.

Camisas planchadas, pantalones de lana y un abrigo tan estiloso como inútil. Muy CEO de Manhattan, cero preparado para Mapple Hollows.

Mientras nos servíamos unas cuantas tortitas en el plato, Agnes apareció con su sonrisa de siempre.

—Buenos días, corazones —dijo, con ese tono de voz tan dulce que daba diabetes—. ¿Tenéis planes para esta mañana?

Nos miramos.

La verdad: no.

—Todavía no lo hemos decidido —respondí, dándole un sorbo al café—. Probablemente quedarnos aquí, junto al radiador.

—¿Y no os animáis a pasaros por el taller de casitas de jengibre? Empieza en una hora, en el centro cívico. ¡Va a ser precioso! Tenemos glaseado de colores, caramelos, y hasta premios para las más creativas.

—Suena genial —dijo Ethan, sonriendo como si no estuviera a punto de decir que no con todas las letras—, pero… no llevamos ropa adecuada. Si salimos ahí fuera nos convierten en estatuas de hielo.

—Sí, no vinimos preparados para... esto —añadí, señalando la ventisca suave que seguía cayendo tras la ventana.

Agnes chasqueó la lengua, como si eso tuviera fácil arreglo.

—Pues entonces tenéis que ir a Outfitter's Cabin. Está en la calle principal, justo al lado de la panadería. Preguntad por Molly, os caerá genial. Tiene de todo: abrigos, botas, bufandas, gorros, guantes, calzoncillos térmicos si hace falta.

Ethan y yo intercambiamos una mirada.

—Lo pensaremos —dije, sonriendo con toda la diplomacia que pude reunir a las ocho y media de la mañana.

—¡Oh, venga, parejita! —exclamó Agnes, llevándose las manos a la cintura—. No podéis quedaros aquí encerrados y perderos *la magia de la Navidad*. Es el taller de casitas de jengibre, por el amor de Dios. ¿Sabéis cuántas relaciones han empezado ahí con un beso robado entre glaseado y gominolas?

—¿Sabes cuántas caries han salido de ahí también? —murmuró Ethan.

—¿Qué has dicho, cielo?

—Que suena delicioso —respondió él, cambiando el tono en un segundo, con su mejor sonrisa de encantador profesional.

Agnes nos señaló con un dedo.

—Tenéis una hora. Y quiero veros en el centro cívico, calentitos y con gorritos decentes. Nada de excusas.

Nos quedamos viéndola alejarse mientras tarareaba un villancico que seguro había compuesto ella misma.

Ethan suspiró.

—¿Tú qué dices? ¿Te apetece?

Miré hacia la ventana.

Nieve cayendo con calma, tejados blancos, un trineo pasando a lo lejos con un par de niños riendo como si la vida fuera un anuncio de chocolate caliente.

Parecía sacado de una postal cursi.

Una parte de mí quería negarme por sistema.

La otra…

estaba empezando a rendirse.

—La verdad es que salir y conocer el pueblo suena más emocionante que quedarnos un día entero encerrados en esta posada sin conexión a internet ni distracciones —dije, levantándome.

Ethan sonrió mientras se ponía de pie también.

—Pensé que eras fan de la desconexión forzada aquí en medio de ninguna parte.

—Y lo soy, pero salir a pasear y hacer algo de turismo en este pueblo que parece sacado de una postal también suena bien.

—Busquemos *Outfitter's Cabin*, entonces.

Subimos a por los abrigos y, en menos de diez minutos, estábamos en la calle.

El frío nos golpeó de lleno en la cara, sin contemplaciones.

Ethan y yo caminábamos en silencio, los dos tiritando como dos turistas idiotas en pleno Polo Norte.

—No siento los dedos de los pies —murmuré, apretando la bufanda de chiste que llevaba en la maleta contra la cara.

—Yo no siento la dignidad —respondió él, que iba a cuello descubierto—. Se me ha congelado por el camino.

Nieve, más nieve, y un grupo de niños lanzándose bolas a lo lejos como si no existiera el riesgo real de amputación por congelación.

Buscamos la calle principal, que se encontraba justo al final de la plaza, cruzando frente al gran árbol de Navidad y girando a la derecha, donde empezaban a alinearse tiendecitas con escaparates llenos de luces y decoración cursi a niveles preocupantes.

Y justo al llegar a la panadería, lo vimos. Outfitter's Cabin escrito en un cartel de madera envejecida.

Las letras estaban pintadas a mano y dos esquís cruzados decoraban la entrada junto a un reno de mimbre con bufanda.

Empujamos la puerta. Una campanita sonó sobre nuestras cabezas con ese *ding* perfecto de película.

El calor nos envolvió al instante. Y el olor a leña, lana nueva y chocolate.

El interior estaba abarrotado de estanterías con jerséis gruesos, gorros de colores, botas de nieve, manoplas, bufandas, chaquetas acolchadas… Todo perfectamente ordenado, pero con ese aire acogedor de tienda de pueblo donde el tiempo va más lento.

Y justo en medio de la tienda, una mujer apareció tras el mostrador con una sonrisa que daba miedo de lo amplia que era.

Trenzas rubias. Mejillas sonrosadas. Gafas con la montura roja. Jersey con pingüinos.

Si la Navidad tuviera forma humana… sería ella.

—¡Buenos días! —saludó—. ¿Parejita congelada en busca de salvación?

—Más o menos —respondí, quitándome los guantes con los dedos entumecidos—. ¿Usted es Molly? Agnes nos dijo que preguntáramos por usted.

—¡Claro que sí! —respondió encantada—. Sois del vuelo que aterrizó de emergencia ayer y necesitáis ropa de abrigo, ¿verdad?

Ethan y yo asentimos al mismo tiempo.

—Pues habéis llegado al sitio perfecto —dijo, saliendo de detrás del mostrador como si viniera a rescatarnos personalmente de una avalancha—. Dejadme adivinar… ¿sin botas, sin térmicos y sin gorros? —Volvimos a asentir—. Estupendo, seguidme. Tengo de todo, y con un veinte por ciento de descuento por ser víctimas del aterrizaje forzoso navideño —añadió con una sonrisa que daba miedo de lo entusiasta que era.

Nos condujo al fondo de la tienda, entre percheros rebosantes de prendas gruesas y estanterías con más lana de la que había visto en mi vida.
Y entonces empezó a llenarnos los brazos como si fuéramos dos muñecos de nieve necesitados de una intervención urgente.

—Mallas térmicas, abrigo de plumas, bufandas dobles, pantalones, jerséis, gorros con forro polar, guantes impermeables… Y esto —dijo, lanzándole a Ethan una chaqueta negra que parecía diseñada para sobrevivir a una expedición al Everest—. Ideal para CEOs malhumorados atrapados en pueblos mágicos.

—Perfecto —respondió él, seco, con el abrigo sobre el brazo como si le acabaran de asignar un castigo.

—Y esto para ti, cielo —me dijo, dándome unas mallas, pantalones, jerséis, vestido térmico y un abrigo rojo vino que olía a suavizante y milagro—. Vas a parecer salida de un catálogo de invierno. El vestidor está ahí —nos señaló con una mano decorada con anillos navideños—. Solo hay uno, así que tendréis que turnaros. O… ya sabéis, podéis compartirlo. No seríais los primeros.

Nos giramos los dos a la vez.

Y nuestros ojos se encontraron.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Yo carraspeé.

—Por turnos está bien.

Molly sonrió como si acabara de ver a sus personajes favoritos liándosela en su sitcom mental.

—Como queráis, tortolitos. Yo esperaré en el mostrador, terminando de etiquetar unos jerséis con renos bailarines.

Nos guiñó un ojo y se alejó tarareando un villancico. Ethan y yo nos quedamos plantados frente al vestidor como dos adolescentes en una situación que ninguno había pedido.

—Pasa tú primero —dije, abrazando la pila de ropa como si fuera un escudo antibombas.

—¿Seguro? —preguntó él, mirándome como si pensara que iba a cambiar de opinión.

Asentí y Ethan entró.

La cortina se cerró… más o menos, porque no encajaba bien. Había un hueco en el lateral. Minúsculo. Pero ahí estaba.

Yo no quería mirar. De verdad. Pero mis ojos eran unos traidores sin principios.

Y durante un segundo, uno maldito y eterno, lo vi. Su silueta. Desnuda, en bóxers. Alta, fuerte, perfecta.

El cuerpo que solo había imaginado con demasiada vergüenza en noches muy concretas.

Tragué saliva.

Mi cara ardía como si estuviera a dos centímetros de la chimenea. Me obligué a mirar otro punto. Cualquier punto. Un perchero. Unos calcetines. Un maldito gorro con pompones.

Lo que fuera.

Pero su imagen seguía ahí, grabada a fuego.

Y justo entonces, la cortina se abrió y Ethan salió. Estaba perfectamente preparado para una tormenta de nieve… y para protagonizar la portada de un catálogo de ropa de montaña sexy.

Parka negra ajustada. Pantalones térmicos que le marcaban demasiado las piernas. Jersey blanco. Guantes. Bufanda. Gorro gris.

Parecía el tipo de hombre que va al Polo Norte, construye un iglú, salva a un husky… y luego te calienta las manos con las suyas.

—¿Estás bien? —preguntó, frunciendo un poco el ceño—. Estás roja.

—¿Yo? —me aclaré la garganta, evitando sus ojos—. Sí. Solo… hace calor aquí dentro.

Él ladeó la cabeza, sospechando.

Pero no insistió.

—Te toca —dijo, apartándose para dejarme pasar.

Entré rápido, como si me persiguiera una avalancha emocional.

Y lo primero que hice fue tirar de la cortina hasta el final. La encajé bien. Cero huecos. Cero ángulos. Cero posibilidades.

Respiré hondo, dejé la ropa sobre la banqueta y repasé las opciones que Molly me había dado.

Bufandas, jerséis de cuello vuelto, pantalones, mallas… y luego estaba el vestido térmico.

Color negro, ajustado, suave por fuera y con forro de pelito por dentro. Se abrochaba por detrás con una cremallera larga.

Se veía cómodo, calentito… y bastante más decente que los pantalones térmicos que me harían sentir como una salchicha envasada.

Me puse las mallas primero. Luego el vestido.

Hasta ahí, todo bien.

Pero cuando intenté subir la cremallera… *zas*.

Se atascó a medio camino.

Ni subía, ni bajaba.

—Genial —murmuré, apretando los dientes mientras intentaba alcanzarla con una mano doblada en ángulo imposible.

Salté. Me giré. Empujé el codo hacia atrás.

Nada.

La cremallera estaba en modo sabotaje.

Di otro saltito, forcejeando con la tela, cuando de pronto, perdí el equilibrio y… caí hacia atrás.

Literalmente rodé fuera del vestidor.

Y terminé con las manos apoyadas en el pecho de Ethan.

—¿Estás bien? —preguntó, sorprendido—. ¿Necesitas ayuda?

Joder.

Tragué saliva.

—Sí —dije, bajito, con la mirada clavada en el suelo—. La cremallera… no sube. Y no llego.

Él asintió en silencio. Me giró con cuidado, sin decir nada más. Y de pronto… sus manos estaban en mi espalda.

Sus dedos buscaron la cremallera, con movimientos lentos. Precisos. Casi cuidadosos. Tiró suavemente hacia arriba… y la maldita cosa empezó a ceder.

Pero entonces, al tirar un poco más, sus nudillos rozaron mi piel. Justo ahí, entre la tela y el cuello. Frío al principio. Y luego… calor.

Un escalofrío me recorrió la espalda entera. De esos que no puedes disimular.

Él lo notó. Lo sé. Porque sus dedos se quedaron quietos un segundo. Solo un segundo. Luego siguió, subiendo la cremallera hasta el final.

Cuando terminó, no se apartó de inmediato.

Yo tampoco me moví.

—Listo —su aliento me rozó la nuca.

Cerré los ojos un segundo. Solo uno. Solo para obligarme a no girarme. A no hacer algo estúpido.

Porque si me daba la vuelta y lo tenía tan cerca… sería capaz de cualquier cosa.

—Gracias —dije, sin fiarme de mi propia voz.

Él no respondió.

Solo respiró hondo.

Y después, se apartó despacio.

Lo suficiente para que yo pudiera volver a pensar con claridad.

Aunque el temblor en las piernas me duró bastante más que el roce de sus dedos.

10

Kayla

NO ME DEJES EMBORRACHARME



Llegamos a tiempo al centro cívico para el taller de casitas de jengibre. En un inicio, Ethan no parecía muy entusiasmado con la idea de decorar con glaseado y caramelos un edificio de galleta. Pero, milagrosamente, no protestó. Ni una vez.

No mentiré, tampoco. La nuestra era de lejos la casa de jengibre peor decorada de todo el centro cívico.

Parecía que había sobrevivido a un terremoto.

Con glaseado chorreando por las paredes, tejado torcido, y un árbol de caramelos que parecía querer caerse de un momento al otro.

—¿Esto era una casa… o una escena del crimen? —preguntó la monitora del taller, una señora bajita con moño y gafas en la punta de la nariz, mientras observaba nuestra «obra» con cara de querer pedir perdón a la repostería mundial.

—Es una interpretación postmoderna del colapso social navideño —dijo Ethan muy serio, limpiándose glaseado de la manga.

—Y también un homenaje a las casas que sufren filtraciones por falta de mantenimiento —añadí, intentando sonar convincente mientras recolocaba el árbol de caramelos que acababa de derrumbarse otra vez.

La señora nos miró con una mezcla de lástima y confusión, y siguió adelante, como si le pagaran por no opinar.

—Bueno —dijo Ethan, mirándome por encima del tejado torcido —, al menos nadie puede acusarnos de haber copiado a los demás.

—Eso seguro. Los demás tienen casas que parecen sacadas de Pinterest. Nosotros… del after de una fiesta con alcohol barato.

—Lo importante es participar —añadió él, lanzándose una gominola a la boca.

—Claro. Y también lo importante es que no muera nadie intoxicado si intentan comerse esto.

Nos reímos los dos, como idiotas, mientras la niña de la mesa de al lado nos lanzaba una mirada condescendiente desde su casa perfecta con jardincito de coco rallado.

—Esa mocosa nos odia —susurré.

—Tiene ocho años y complejo de arquitecta frustrada. Me da miedo.

Después de terminar el taller nos dirigimos al parque del molino para el concurso de muñecos de nieve.

Error.

Grave error.

Lo que parecía una actividad navideña inocente resultó ser una competición nivel olímpico. Las familias llegaban con palas, moldes, gorros de lana personalizados y hasta ojos de cristal para los

muñecos. Un señor tenía un trineo lleno de accesorios. Otro traía una bufanda tejida con luces. Luces. Para un puto muñeco de nieve.

—¿Esto es normal? —preguntó Ethan mientras mirábamos el despliegue de medios como dos turistas que se habían colado en un evento privado.

—Definitivamente no —respondí, abrazándome los brazos. Llevábamos una pala vieja que nos había prestado Klaus y cero ideas.

Nos pusimos manos a la obra. Bueno, manos a la nieve. A falta de plan, hicimos una bola, luego otra, y otra encima.

Nuestro muñeco parecía más una albóndiga triste que otra cosa. No teníamos brazos, así que le pusimos dos ramitas torcidas que encontramos bajo un arbusto. Los ojos fueron dos arándanos secos que saqué del fondo de mi bolsio.

Y la bufanda… bueno. Usé la mía. La que traje para Chicago y que ahí no servía para nada.

—Parece que lleva una corbata mal puesta después de una noche de borrachera —comentó Ethan, de pie a mi lado, con las manos en los bolsillos.

—Creo que nos está pidiendo que acabemos con su sufrimiento —respondí, agachándome para intentar que el muñeco se mantuviera derecho. La bola superior se tambaleaba como si hubiera tomado vino.

—Creo que debemos aceptar la realidad —añadió Ethan, con su voz más seria—. Las manualidades no son lo nuestro. Ni las casas de jengibre. Ni los muñecos de nieve.

—Ni competir con menores de doce años —dije, dándole el último toque a la bufanda torcida.

Levanté la vista y ahí estaba. Otra vez. La niña del coco rallado. De pie junto a su nuevo muñeco de nieve, con chaleco de pana, pipa de mentira y una expresión de sabio navideño.

Nos observaba desde la distancia como quien mira un accidente de tráfico con mezcla de horror y compasión.

Sus brazos cruzados. Ceja levantada. Boca fruncida.

—Nos está mirando como si fuésemos un caso clínico —susurré sin mover los labios.

—Nos está mirando como si quisiera hacernos una transferencia de talento por caridad —añadió Ethan, sin apartar la vista.

La niña se giró hacia su muñeco, le acarició el gorro con ternura y luego volvió a mirarnos.

Condescendencia nivel experto.

—Vale, ya está. ¿Por qué me afecta tanto el juicio silencioso de una niña de ocho años con más estilo que yo?

—Porque es aterradora. Y porque su muñeco tiene más carisma que algunos políticos —dijo Ethan, ya resignado.

Nos alejamos de la escena con el poco orgullo que nos quedaba, tras recibir la puntuación más baja de todo el concurso. Literalmente. Un cuatro sobre diez. Y juraría que fue por lástima.

Nos alejamos de la escena con el poco orgullo que nos quedaba y decidimos almorzar algo rápido en la cafetería de la avenida. Un sitio pequeñito, con paredes de madera, olor a pan recién hecho y un menú escrito con tiza en una pizarra colgada torcidamente.

Pedimos sopa, pan de centeno y chocolate caliente.

Nos quedamos allí un rato, en silencio, mirando por el cristal cómo seguía nevando fuera. La plaza se iba llenando poco a poco de más gente, más luces, más decoración. La banda empezó a ensayar

villancicos, y los altavoces de los puestos lanzaban canciones que conocía de memoria pero que, por alguna razón, sonaban distintas en ese lugar.

Al terminar, paseamos sin rumbo por el mercado navideño. Las luces colgaban de casa en casa, cruzando las calles como guirnaldas de estrellas. Los faroles estaban envueltos en ramas de pino con lazos rojos, y cada tienda tenía un escaparate que parecía una postal.

La panadería olía a canela. La librería tenía libros envueltos para regalo con etiquetas que decían *«Para leer con manta y vino caliente».* Y en un rincón de la plaza, un grupo de niños cantaba villancicos frente a un belén viviente donde incluso el burro parecía feliz de estar allí.

—Todo esto es ilegalmente bonito —dije, con la bufanda subida hasta la nariz y las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

Ethan asintió, observando la escena como si aún esperara que alguien saliera de entre las luces gritando que todo era una cámara oculta.

—Es como si alguien hubiera escrito «navidad perfecta» en una lista de deseos y el universo se hubiese pasado de literal.

Seguimos caminando despacio, pasando entre puestos de adornos hechos a mano, velas con nombres ridículos como «Susurro de reno» o «Magia de muérdago», y coronas de ramitas secas con mensajes.

Al final del paseo, cuando el cielo ya estaba negro y las luces parecían más brillantes que nunca, volvimos a la posada. Agnes nos esperaba con una bandeja de galletas y una energía peligrosa.

—¡Ni se os ocurra meteros ya en la habitación! —dijo, como si supiera exactamente lo que pensábamos hacer—. Esta noche es la gran fogata. ¡Hay que ir!

—¿Y si estamos cansados? —preguntó Ethan.

—¡Cansados estarán los elfos del taller de juguetes, no vosotros! —replicó Agnes, alzando la bandeja como si fuera un arma—. Esta noche es una de las más especiales de todo el festival. Hay música, hay deseos… ¡y hay pastel de manzana gratis!

Así que después de cenar no nos quedó más remedio que asistir a la gran fogata.

Y menos mal.

Porque en cuanto llegamos, supe que Agnes no exageraba.

La plaza estaba completamente iluminada por el fuego. No por faroles ni luces eléctricas, sino por esa llama viva que crepitaba en el centro, rodeada de bancos cubiertos con mantas gruesas, cojines rojos y gente abrazada a sus tazas como si fueran tesoros.

Nos sentamos en uno de los bancos más alejados, justo bajo una guirnalda de luces que colgaba entre dos abetos. Agnes apareció en menos de dos minutos con dos copas de vino caliente humeante y una porción generosa de pastel de manzana para cada uno.

—Disfrutad, tortolitos —dijo con una sonrisa cargada de segundas intenciones—. El vino lleva canela… y un poco de magia.

No sabíamos si hablaba en serio o si era su forma de ponerle misterio a todo, pero el vino sabía a abrazo, y el pastel estaba tan bueno que me costaba pensar en otra cosa.

Frente a la hoguera, un grupo de músicos con jerséis de renos tocaba villancicos suaves, de esos que no empalagan, que suenan como fondo perfecto de una noche que no debería terminar nunca.

A nuestro alrededor, las voces se apagaban poco a poco. La gente cantaba bajito, o simplemente se limitaba a mirar el fuego,

como si todos supieran que ese momento valía la pena recordarlo despacio.

Me acerqué un poco más a Ethan. No dije nada. Él tampoco. Solo estábamos allí, con los cuerpos tocándose bajo la manta, el vino caliente entre las manos y el fuego reflejándose en sus ojos.

—¿Os apetece algo más fuerte? —preguntó un hombre bajito con bigote espeso, levantando dos vasitos diminutos—. Es Frostbite casero. Solo apto para los valientes.

—Oh dios, no, gracias —dije enseguida, levantando una mano con el vino caliente—. Ya estoy bien con esto.

—Vamos, un sorbo —insistió él—. Es tradición durante la Gran Fogata. No puedes decir que has estado en Mapple Hollows si no te ha ardido la garganta por dentro.

Miré a Ethan. Él no dijo nada, pero la sonrisa se le escapó por la comisura de los labios. El muy cabrón se estaba divirtiendo.

Suspiré.

—Vale —cedí, cogiendo el vasito. El hombre se alejó y me quedé a solas con Ethan y el líquido azul translúcido—. Pase lo que pase, tienes que prometerme que no me dejarás emborracharme.

—¿Y eso?

—Porque cuando me emborracho hago cosas estúpidas —murmuré, sin mirarle.

—¿Qué tipo de cosas estúpidas?

Me giré hacia el fuego.

No respondí.

Solo respiré hondo… y di un sorbo al Frostbite.

11

Ethan

MAÑANA TODO SERÁ DISTINTO



Cuando Kayla me dijo que cuando se emborrachaba hacía cosas estúpidas, pensé que exageraba.

Spoiler: no exageraba. Ni un poco.

Todo empezó con ese puto sorbo de *frostbite*. Uno. Solo uno.

La vi beberlo con esa expresión de «esto va a matarme» y, durante cinco segundos, pensé que no le haría efecto. Que haría una mueca, se abrigaría más y volvería a su vino con canela como si nada.

Pero no.

A los diez minutos, Kayla se había terminado su *frostbite,* estaba con las mejillas coloradas, la sonrisa floja y una risa que no había oído en los siete años que llevaba trabajando conmigo. Una risa abierta. De esas que no le importan una mierda quién esté mirando.

—Ethan —susurró, inclinándose hacia mí mientras seguíamos sentados en el banco, cubiertos con la manta—. ¿Tú sabes que

tengo un talento oculto?

—¿Sí? ¿Cuál?

—Imito animales.

—¿Qué?

—Imito animales. Pero solo los que hacen ruidos feos.

—Kayla…

—¿Quieres que te haga un pato deprimido?

—No.

—Demasiado tarde.

Y sí. Lo hizo. Ahí, bajo la luz de la hoguera, rodeados de vecinos adorables y espíritu navideño, me soltó una imitación bastante preocupante de un pato con crisis existencial.

Yo me reí. No pude evitarlo.

Pero eso solo la animó más.

Se levantó de golpe, con las mejillas encendidas.

—¡Voy a hacer la vaca ansiosa! —dijo, como si fuera un número de circo muy esperado.

—Kayla, no.

Demasiado tarde.

Se colocó en medio de la plaza, justo al lado de la hoguera, se despeinó a propósito y puso los brazos a los lados como si fueran patas.

—*Muuuu... muu... muuuuuhh...* —empezó a gemir con tono tembloroso, mirando a su alrededor como si la estuvieran persiguiendo cinco veterinarios y un trauma infantil.

Una señora escupió un poco de su vino caliente. Dos adolescentes rieron por lo bajo. Y yo, en estado de shock, solo pude mirarla mientras hacía una interpretación dramática de una vaca en plena crisis de ansiedad.

—Kayla, basta ya —dije, levantándome del banco—. En serio.

Ella me miró. Se quedó quieta un segundo. Luego, sin decir nada, se giró y salió corriendo.

—Kayla… ¡Joder!

Fui detrás de ella, esquivando gente. La vi doblar la esquina de la plaza y desaparecer entre dos puestos de adornos.

—Kayla, ¡para!

Cuando la alcancé, ya estaba subiendo con torpeza a un trineo de decoración plantado en medio de un parterre nevado, entre luces colgantes y renos de fibra de vidrio. No había nadie más cerca. Solo ella. Y yo. Y el desastre.

Se sentó en el asiento delantero, medio hundida en la mantita que alguien había dejado allí.

—¡Este trineo es mío ahora! ¡Me llamo Kayla Claus y vengo a repartir amor, galletas y decisiones cuestionables! —gritó, levantando los brazos como si estuviera liderando una rebelión de elfos alcoholizados.

Me paré frente a ella, sin aliento, con las botas hundiéndose en la nieve y la incredulidad clavada en la cara.

—Kayla… —empecé.

—Shhh —dijo, llevándose un dedo a los labios—. No puedes pararme, Ethan. Estoy en una misión navideña.

—Estás borracha.

—Estoy libre.

—Estás sentada en un trineo que no se mueve.

—¡En mi imaginación sí se mueve! ¡Estoy sobrevolando Manhattan ahora mismo! ¡Mira! —Se inclinó hacia un lado, hizo un gesto de girar el volante imaginario y murmuró—: Cuidado, Central Park a la vista.

Me apoyé en el borde del trineo, sin saber si reír, subir con ella o buscar una cámara oculta.

—Tú dijiste que hacías cosas estúpidas cuando bebías. No pensé que te referías a apropiarte de vehículos navideños en propiedades públicas. Así que, venga, baja.

Kayla frunció los labios en una mueca exagerada, como si estuviera negociando algo muy serio.

—¿Y si me niego? ¿Vas a arrestarme, Prescott?

—Si sigues ahí arriba, igual viene Klaus con su bastón de pastor y te exorciza.

—Ugh, qué dramático —dijo, cruzando los brazos—. Me gusta este trineo. Tiene buena energía.

—Kayla...

Hizo un puchero más, el típico que habría funcionado con cualquiera menos conmigo. O eso quería creer.

Finalmente, rodó los ojos, se levantó del asiento como si acabaran de expulsarla de su reino y bajó del trineo con un saltito torpe que casi termina con ella en el suelo.

—¡Estoy bien! —anunció, enderezándose como si nada.

Suspiré, aliviado.

Pero el alivio duró exactamente tres segundos.

Porque entonces Kayla se giró, vio una barra de hierro entre dos postes, parte de la estructura decorativa de la plaza, con luces colgando y, seguramente, cero intención de ser utilizada para lo que estaba a punto de hacer, y sus ojos se iluminaron como si acabara de descubrir oro.

—¿Sabías que estuve dando clases de pole dance durante un mes? —preguntó, tocando la barra con una mano como si fuera un tesoro ancestral.

—No, y sinceramente, preferiría no saberlo.

—¿Quieres verlo? —dijo, ignorándome por completo.

—Kayla, no.

Demasiado tarde.

Se colgó de la barra con una mano, se impulsó con la otra y empezó a girar… o a intentarlo. Lo que hizo fue una especie de giro lento y poco coordinado, con una pierna en el aire y la otra enganchada a la estructura como si estuviera haciendo yoga borracha en una atracción de feria.

—¿Ves? Aún me acuerdo del movimiento sensual con caída controlada —dijo, bajando la voz, con una mirada que intentaba ser seductora pero que gritaba «me voy a romper la crisma».

—Kayla. Te vas a matar.

—Shhh. Déjame brillar.

Y justo cuando su centro de gravedad decidió rebelarse, resbaló hacia atrás con un «¡uy!». demasiado alegre para la situación.

No lo pensé.

Me lancé, la agarré al vuelo y la cargué sobre mi hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Ethan! ¡Suéltame!

—Estás a medio segundo de hacerte una brecha en la cabeza. Ya está bien.

Desde su posición, colgada boca abajo y con la cara pegada a mi espalda, soltó una risa floja.

—Bueno, al menos las vistas son buenas desde aquí.

—¿Qué?

—Tu culo, Prescott. Tienes un culo *muy* decente.

—Kayla...

—Y eso que llevas tres capas de ropa. Pero se intuye, ¿eh?

—Dios, no voy a dejarte beber nunca más.

—No me cargues como un saco si no quieres que lo diga —murmuró, dejando caer su mano sobre mi espalda con descaro.

Y ahí seguí yo, caminando por la nieve, con Kayla borracha a cuestas, confesando lo que sobria nunca diría.

***

Una vez en la habitación de la posada, la solté con cuidado sobre la cama.

Se había dormido. Supongo que con el traqueteo de la marcha, el calor y el alcohol corriendo por sus venas, fue inevitable.

Se giró apenas, con un murmullo contra la almohada, y una sonrisa tonta aún pegada a la cara.

Me agaché despacio, le quité primero las botas, una a una. Después me arrodillé junto a ella y deslicé los guantes de sus

manos, frías todavía.

Con cuidado, le solté el nudo de la bufanda y se la quité despacio, desenredándola de su cuello. Luego le quité el gorro, revelando su pelo alborotado, con electricidad estática y copos derretidos.

Ella seguía con los ojos cerrados, respirando lento.

Llevaba aún el abrigo puesto, así que me incliné para desabrocharle los botones. Cuando terminé, intenté levantárselo un poco para quitárselo sin despertarla, pero justo en ese momento…

Su mano se cerró sobre mi muñeca.

—¿Qué haces…? —murmuró, con la voz ronca del sueño y el alcohol.

—Solo intento que duermas cómoda.

Sus ojos se abrieron, todavía pesados, y me miró con algo que no supe si era consciencia plena… o puro instinto.

Entonces, sin aviso, me agarró del abrigo, tiró de mí y me atrajo hacia ella.

—Kayla… —empecé, pero ya tenía mi cara a centímetros de la suya. Su aliento cálido. Su mirada desenfocada. Sus labios a nada.

—Valeria me dijo que debería dejarme llevar durante este viaje —susurró, con esa voz lenta que solo tienen los que están a medio camino entre el sueño y la verdad—. ¿Crees que debería hacerle caso?

Tragué saliva.

—¿Dejarte llevar?

Ella asintió, muy despacio, sin apartar los ojos de los míos.

—Sí. Contigo. Ya sabes... en la cama.

Mi cuerpo se tensó entero. Como si sus palabras hubieran activado algo que llevaba demasiado tiempo conteniéndose.

—Kayla…

—Solo digo que... si esto fuera una película navideña de las buenas, ahora vendría el beso —añadió, ladeando un poco la cabeza —. Y luego, ya sabes... desnudarse con torpeza y echar uno de esos polvos que los protagonistas fingen no recordar a la mañana siguiente.

—No estás pensando con claridad —dije, aunque mi voz ya no sonaba tan firme como debería.

—¿Quién dice que no? —susurró, con la voz baja, firme.

—Estás borracha. El alcohol es quien habla por ti.

Ella ladeó una sonrisa lenta, peligrosa.

—¿Seguro? Si metieras tu mano dentro de mis bragas ahora mismo, comprobarías lo cachonda que estoy.

Mi cuerpo entero se tensó.

Y me levanté de la cama con brusquedad. Sin pensarlo. Sin suavidad. Sin ningún maldito margen para dejarme llevar.

Porque no pensaba empalmarme con Kayla borracha. Eso estaba mal. Era inadecuado. Y, sobre todo, no era lo que ella merecía.

No merecía un polvo en mitad de una nevada, con la conciencia medio apagada y el juicio nublado por licor casero.

Así que me fui hacia el baño.

Abrí el grifo, me mojé la cara. Me quedé quieto un momento, con el agua goteando por el mentón y las manos apretadas contra el mármol.

Cinco minutos.

Cinco jodidos minutos intentando volver a ser el hombre respetable que entró con ella en esa habitación.

Cuando salí, la encontré dormida.

Boca abajo, abrazada a la almohada. Aún llevaba el abrigo puesto. Decidí dejárselo, no fuera a despertarse y volver a tentarme.

Me quedé un segundo observándola.

Los labios entreabiertos. El pelo desordenado. La cara serena por fin, como si todo el caos se hubiera rendido por un rato.

Y joder, qué difícil era no tocarla.

No acariciarle el rostro.

No apartarle un mechón.

No besarle la nuca.

Con ese pensamiento, me quité la ropa, me puse el pijama y me metí en la cama por el lado contrario.

A sabiendas de que mañana… todo se vería distinto.

12

Kayla

COSAS QUE (PROBABLEMENTE) HICE BORRACHA



Desperté con un terrible dolor de cabeza y con la boca más seca que el puto desierto de Arizona.

Tardé unos segundos en saber dónde estaba. La madera en el techo. Las luces parpadeantes sobre la cama. El maldito olor a canela… el Ático Estrellas de Merry Pines.

La cabeza me palpitaba como si alguien estuviera tocando los timbales ahí dentro. Cerré los ojos y los volví a abrir y entonces me di cuenta de que estaba sola en la cama.

Miré alrededor. Ethan no estaba en ningún sitio. La puerta del baño estaba abierta así que descartaba que se encontrara ahí.

Me incorporé despacio, como si mi cabeza fuera de cristal a punto de estallar. Alcancé el móvil sobre la mesilla.

Las ocho.

En punto.

Vale, puede que eso no fuera tarde para el resto del planeta, pero yo llevaba años despertándome antes de las ocho. Sin excepción. Ni con fiebre. Ni con jet lag. Ni con resaca.

Y hablando de resaca…

Me pasé una mano por la frente. Tenía la boca tan seca que sentía la lengua como papel de lija, y el estómago... bueno, no sabía si tenía hambre, náuseas o una nueva religión basada en no volver a beber en mi vida.

Y entonces intenté hacer memoria.

Solo recordaba el primer trago.

El maldito Frostbite.

Después de eso… nada.

Silencio.

Negro.

Vacío.

Como si alguien hubiera apagado mi cerebro con un interruptor.

Me levanté, tropezando un poco con la alfombra, y fui directa al baño.

Miré mi reflejo.

Perfecto.

Pelo revuelto, cara hinchada y ojos que pedían una resurrección milagrosa. Me eché agua fría en la cara, intentando borrar la sensación de haber hecho algo que no debía.

Porque lo peor no era no recordar.

Lo peor era conocerme.

Sabía que cuando me emborrachaba, lo que venía después solía ser un desfile de decisiones cuestionables, impulsos absurdos y una dosis generosa de vergüenza ajena.

Como aquella vez en la universidad, cuando me subí a una mesa del comedor y le declaré mi amor al profesor de literatura comparada delante de toda la facultad.

O la noche en la que Valeria y yo terminamos en una comisaría por intentar liberar un pato de un estanque porque «tenía la mirada triste».

Suspiré, dejándome caer sobre la tapa del WC como si fuera un trono de arrepentimiento.

¿Y si había hecho algo con Ethan?

¿Y si le dije algo?

¿Y si… joder… le metí mano?

Me tapé la cara con ambas manos.

Me moriría si fuera esto último. Literalmente. Explosión espontánea de vergüenza.

Cadáver encontrado en un baño rural de un pueblo navideño, causa oficial: sobredosis de humillación.

Me duché, me vestí rápido, sin pensar demasiado en lo que me ponía, y recogí el pelo en un moño desordenado que gritaba «no estoy para mierdas».

Bajé las escaleras despacio, con las piernas todavía algo temblorosas. El calor de la chimenea en recepción me recibió primero. Luego, su voz.

Ethan.

Estaba de pie detrás del mostrador, sujetando el teléfono fijo con el cable enredado entre los dedos, como si llevara horas ahí.

No me vio al principio.

O sí, pero no lo demostró.

—Sí, entendido. Si hay novedades, avisadme. Gracias —dijo, con ese tono suyo tan neutro que no sabías si estaba cerrando un trato millonario o pidiendo una pizza.

Colgó despacio.

Se giró.

Y entonces me vio.

O mejor dicho, me miró.

Una mirada rápida, directa.

Ni cálida.

Ni fría.

Solo… medidora.

Como si estuviera escaneando mis intenciones, mi estado mental, o si seguía borracha.

—Los Merry han conseguido arreglar la línea fija —dijo sin rodeos—. He conseguido hablar con Chicago. Ayer tuvieron que anular la conferencia. No fuimos los únicos que no pudieron llegar. Parece que varios ponentes se quedaron atrapados en otros aeropuertos.

Su voz era tranquila, pero algo había cambiado. Un matiz. Una pausa más larga de lo normal entre las frases.

—¿Y… estaban muy cabreados?

—Frustrados. Pero lo entendieron —respondió, apoyándose en el borde del mostrador—. Han reprogramado la conferencia para después de Navidad.

Asentí, sin saber muy bien qué decir.

—¿Entonces ya hay línea fija? ¿Se sabe cuándo recuperarán también internet?

Negó con la cabeza, cruzándose de brazos.

—Dicen que depende de la tormenta. Que los técnicos no pueden subir hasta que las carreteras estén limpias. —Hizo una pausa—. Así que por ahora, seguimos atrapados en modo analógico.

Intenté sonreír. No me salió.

Porque cada vez que Ethan me miraba así, con ese algo entre la cautela y la sospecha, una parte de mí se encogía.

Sabía que había hecho *algo*.

Algo lo bastante raro o incómodo como para que él no fuera el mismo conmigo.

Abrí la boca para decir cualquier cosa, lo que fuera, pero no me dio tiempo.

—¡Buenos días, corazones! —canturreó Agnes, apareciendo detrás del arco que conectaba recepción con el comedor, con su delantal navideño lleno de migas y una sonrisa que parecía un filtro de Instagram navideño activado a la fuerza—. El desayuno ya está servido. Tortitas, bacon, bollitos recién horneados… y zumo de arándanos. Después de lo de anoche, jovencita, —añadió mirándome—, te vendrá bien un desayuno bien completo.

Me quedé congelada.

—¿L-lo de anoche? —pregunté, con voz demasiado aguda.

Agnes sonrió aún más, pero se marchó sin decir una palabra. Yo me quedé ahí, con el corazón acelerado y la palabra «jovencita» retumbando en la cabeza como si acabara de ser llamada a dirección por conducta indecente.

—Vamos —dijo Ethan, apoyando brevemente las manos en el borde del mostrador antes de alejarse con calma, como si no acabara de haber una tensión rara flotando en el aire entre los dos.

Di un paso, pero me frené en seco.

—Ve tú —dije, fingiendo una sonrisa natural—. Me he olvidado de hacer una cosa.

Él me miró, ladeando un poco la cabeza.

—¿Una cosa?

—Sí… nada importante. Baja tú, en serio. Ahora te alcanzo.

Me giré sin esperar respuesta y subí las escaleras a toda velocidad, con las botas golpeando la madera y la garganta seca otra vez. Entré en la habitación, cogí el abrigo, el gorro y los guantes sin pensar, como si el cuerpo se moviera solo.

Si la sospecha de que algo había hecho la noche anterior borracha ya me estaba matando, el comentario de Agnes acababa de clavarme el puñal.

Necesitaba hablar por el móvil.

Podía usar el teléfono fijo de recepción, sí.

Pero no quería que Ethan ni nadie, escuchara esa conversación.

La vergüenza necesita privacidad.

Salí de la habitación, bajé por el pasillo, crucé la posada sin hacer ruido y me deslicé por la puerta trasera que daba al cobertizo.

Justo como Ethan había dicho.

Escalerita de madera. Angosta, vieja, cubierta de una capa fina de hielo.

Perfecto.

Subí peldaño a peldaño, con el móvil en el bolsillo y el corazón dándome golpes en el pecho.

Al llegar al tejado, me rodeó un viento helado que me cortó la cara. Pero no importaba.

Saqué el móvil. Busqué cobertura. Una raya. Dos.

Moví el brazo.

Tres.

Vamos, vamos…

Toqué el nombre de Valeria.

Y recé para que cogiera rápido.

Valeria respondió al segundo tono.

—¿Kayla? ¡Oh, Dios, por fin tengo noticias tuyas! Me tenías muy preocupada. Ethan le contó a Blake que os habéis quedado atrapados en un pueblo minúsculo. ¿Cómo estás?

Me apoyé en el tejado con la mano libre, intentando que no me temblara la voz.

—He estado mejor. Estoy viva, no he perdido extremidades por congelación y me han dado de desayunar bollitos de canela que saben a gloria. Pero eso no es lo importante.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien de verdad? ¿Ha pasado algo?

—Anoche me emborraché.

Valeria se quedó callada un segundo.

—¿Mucho?

—Suficiente como para no recordar nada después del primer Frostbite.

—Mierda…

—Exacto. Me he despertado con la boca más seca que el desierto, un dolor de cabeza criminal… y con la sensación de que anoche hice algo. Algo gordo. Ethan me ha mirado esta mañana como si hubiera bailado desnuda encima de la mesa. O peor.

—¿Te ha dicho algo?

—Nada. Pero hay *algo*. En su voz. En su forma de mirarme. Está raro.

Ella suspiró.

—¿Cómo se te ocurrió probar el Frostbite? Ya sabes que no tienes aguante. Aún recuerdo aquella noche que te tomaste media margarita y acabaste llorando porque pensabas que el ficus de tu piso estaba enfadado contigo.

Cerré los ojos, avergonzada.

—Solo iba a ser un sorbo. Pero antes de eso bebí unos tragos de vino caliente con canela y, no sé, supongo que la suma fue una bomba de relojería.

—¿Y de verdad no recuerdas nada? ¿No tienes ni un mísero flash?

Negué, aunque ella no podía verme.

—Nada, Val. Ni una imagen. Solo… la sensación de haber hecho el ridículo a lo grande.

—Joder, Kayla… Conociéndote, a saber qué hiciste ayer. Tienes que preguntarle a Ethan y asumir las consecuencias.

—¿Y si me propasé? Valeria, la última vez que me emborraché con un tío le ofrecí sexo oral en medio de un karaoke, mientras cantaba la canción de Titanic. El pobre pasó tanta vergüenza que se marchó de allí antes de que terminara la canción.

—Bueno… es que elegir una balada de Celine Dion para ese tipo de propuesta tampoco ayudó. Aunque piensa que pudo haber sido peor. Podríais haber tenido sexo… y no acordarte.

Me congelé. Literalmente. El aire frío me dio de lleno en la cara, pero no fue eso lo que me dejó sin aliento.

Fue esa idea.

Esa posibilidad.

Esa frase maldita que se clavó como una aguja entre las costillas.

¿Y si eso había pasado?

¿Y si anoche me había acostado con Ethan?

¿Y si me desnudé, me lancé, le besé, le toqué, le dejé hacer… y no me acordaba de nada?

—Ay Dios, Valeria… ¿y si lo hice? ¿Y si por eso me miraba raro?

—Digo yo que lo sabrías. Llevabas la ropa puesta al despertar, ¿no?

Me quedé en silencio un segundo. Asentí sin vacilar.

—Sí… sí, llevaba el abrigo. Y las mallas, el vestido… Todo.

—Pues chica, no creo que hubieras echado un polvo vestida como un muñeco Michelin.

Pero no sabía si eso me convencía mucho.

Porque una parte de mí seguía dándole vueltas.

¿Y si no llegamos a *follar*… pero pasaron cosas?

¿Besos? ¿Manos? ¿Propuestas vergonzosas dichas en voz alta?

—En todo caso, Kay —dijo Valeria con ese tono de hermana mayor que solo sacaba cuando me veía al borde del colapso—, habla con él. Y pregúntale qué hiciste.

Asentí despacio, como si estuviera firmando mi sentencia.

—Tienes razón. No puedo seguir montándome la película sin saber el guion real. Gracias por la claridad mental.

—Para eso estoy. Y, por cierto… —añadió, bajando el tono—. Más te vale salir de ese pueblo a tiempo para mi boda. No pienso casarme sin dama de honor.

—No creo que este temporal nos tenga secuestrados tanto tiempo —dije, aunque ni yo me lo creía del todo—. Pero tranquila, estaré allí. Aunque tenga que salir esquiando.

—Bien. Porque una boda sin ti y sin Ethan no sería lo mismo. No pienso caminar hacia el altar sin mi dama de honor… ni dejar que Blake lo haga sin su hermano al lado.

Le prometí que estaría.

Que haría lo que hiciera falta para llegar.

Y luego colgué.

Guardé el móvil en el bolsillo del abrigo, con los dedos helados y el corazón todavía más frío.

Empecé a bajar del tejado con cuidado, peldaño a peldaño, mientras la nieve seguía cayendo con esa calma traicionera que parecía burlarse de todo.

Yo solo podía pensar en una cosa: en la conversación incómoda, inevitable y posiblemente catastrófica que me esperaba con Ethan.

13

Ethan

CÓMO NO TIRARTE A TU SECRETARIA EN UNA POSADA RURAL



Ya me había terminado las tortitas y un par de bollos de canela cuando Kayla apareció. Lo hizo con el abrigo puesto, la bufanda, el gorro y copos de nieve cayendo sobre su pelo.

—¿Dónde has estado? ¿Has salido fuera?

—Necesitaba hacer una llamada.

Fruncí el ceño. Se quitó el abrigo sin mirarme. Se sacudió la bufanda como si necesitara soltar algo más que la nieve, y procedió a hacer lo mismo con el gorro y los guantes.

—¿Y no podías usar el teléfono de recepción?

—Prefería un poco de intimidad —dijo, sin levantar la vista.

Vale.

Ese tono. Cortante. Seco. Como si me estuviera ocultando algo… Me apoyé en el respaldo de la silla, analizando su expresión. Estaba rara. Rara nivel «he matado a alguien y lo he enterrado en la nieve del jardín, pero finjamos que todo va bien.»

¿Era por lo de ayer? ¿Se acordaba de lo que hizo y se avergonzaba por ello?

—¿Qué pasa?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo resaca —dijo sirviéndose una taza hasta arriba del todo.

Ajá.

—Vale… —no quise insistir, si no quería hablar de ello no sería yo quien sacara el tema.

Porque… bueno, no había pasado bien la noche. Digamos que sus insinuaciones habían sido demasiado explícitas y mi mente, por muy disciplinada que fuera con los negocios, no tenía el mismo autocontrol con ella.

Había dormido a saltos, con una erección que parecía querer perforar el colchón.

Y por la mañana, verla con cara de niña buena, con ese moño torcido y el jersey de lana que se le pegaba al pecho...

Maldición.

Me aclaré la garganta y aparté la mirada.

Ella bebió un sorbo de café como si le fuera la vida en ello.

Cogí otro bollo de canela de la cesta y entonces ella habló.

—No recuerdo nada sobre anoche.

La miré arqueando una ceja.

—¿Nada de nada?

Negó con la cabeza.

—Te lo dije. Te dije que no dejaras que me emborrachara, porque cuando lo hago me convierto en una versión empeorada de mí misma. Más bocazas. Más impulsiva. Así que, por favor, cuéntame qué hice. Porque normalmente esos vacíos mentales suelen ir acompañados de… cosas que preferiría no haber hecho.

Parpadeé, aguantándome la risa, porque dijo aquello con una preocupación tan real que parecía que estuviera hablando de haber atropellado a alguien, no de haberse pasado con el Frostbite.

—No mataste a nadie, si es lo que te preocupa.

—¿Pero hice el ridículo?

—Depende de tu definición de ridículo —respondí, cruzándome de brazos—. Si consideras ridículo imitar una vaca ansiosa en medio de la plaza y subirte a un trineo decorativo… entonces sí, bastante.

Kayla cerró los ojos y se llevó una mano a la frente.

—Mierda. ¿Algo más?

—Te colgaste de una barra de luces para hacer pole dance. Casi te partes una ceja. Tuve que sacarte de allí en plan saco de patatas.

—Oh Dios.

—Sí, oh, Dios —repetí, dándole un mordisco al bollo como si no acabara de soltar la frase más surrealista del día—. Aunque tengo que admitir que fue un espectáculo digno de ver.

—¿Y qué más?

La miré unos instantes. Estaba ansiosa, preocupada…

¿Hasta qué punto era necesario contarle lo que pasó después?

Decidí dejarlo pasar. Era obvio que no lo recordaba, y que probablemente ni siquiera lo pensaba de verdad cuando lo dijo. Estaba borracha. Cansada. Fuera de sí.

—Después… —dije, dejando la taza en la mesa—. Te metí en la cama. Te quité los guantes, el gorro, la bufanda. Te tapé bien. Y te quedaste dormida. Fin de la historia.

Ella me miró con incredulidad.

—¿En serio? ¿Eso fue todo?

Asentí.

—Te quedaste dormida mientras te llevaba a la posada, así que no te dio tiempo a hacer ni decir nada. Solo roncaste un poco.

—No ronco —dijo ella, frunciendo el ceño.

—Un poquito sí —repliqué, dándole otro trago al café—. Nivel adorable, pero sonoro.

Kayla me miró con los ojos entrecerrados, sospechando.

Y yo mantuve la cara más neutra que pude.

Por mucho que sus palabras aún me quemaran, no podía decirle que me agarró del abrigo, me tumbó sobre ella y me susurró cosas que llevaba tiempo flotando en mi cabeza.

Cosas que no decía cuando estaba sobria.

Cosas que, de haber sido otras las circunstancias, habrían acabado con los dos sudando bajo las mantas y rompiendo la maldita cama de la posada.

Ella no pareció muy convencida, pero cogió una tortita y empezó a comer en silencio.

Desayunamos sin hablar mucho más.

Al acabar, subimos a la habitación.

Ella rebuscó en la cómoda y sacó el folleto ese que Agnes nos dio el primer día, el del festival navideño ese que parecía una mezcla entre parque temático y lavado de cerebro colectivo.

Lo desplegó sobre la cama y señaló una de las actividades.

—Esta mañana, en la cafetería Sweet Mapple, hay un taller para preparar las galletas de canela de la gran ceremonia del muérdago, que por lo visto es mañana por la noche. Parece que es como el evento estrella del pueblo. Lo repiten en cada página del folleto como si fuera la Super Bowl de la Navidad.

Se aclaró la voz y leyó en voz alta con entonación teatral:

—«Taller comunitario de galletas del deseo. Participa con tu pareja en la elaboración tradicional de las galletas que se entregarán durante la gran ceremonia del muérdago. Cada una llevará un mensaje escrito a mano.»

Me senté a su lado, echando un vistazo por encima de su hombro.

—¿Qué es esto, galletas de la suerte versión cursi?

—Es eso o pasar la mañana en la posada —respondió, sin levantar la mirada del folleto.

Ella lo dijo como si fuera una elección simple. Pero claro, ella no sabía que después de lo de anoche, quedarme encerrado con ella en una habitación pequeña, con una sola cama y cero distracciones, era el plan más peligroso del mundo.

Galletas, harina, gente, actividades absurdas…

Versus: Ella. Yo. Y silencio.

Y esa maldita frase suya que todavía tenía grabada en el oído.

Si metes la mano en mis bragas…

Respiré hondo.

—Vale —dije, levantándome—. Vamos a hornear galletas del destino antes de que haga alguna estupidez.

Ella me miró sin entender del todo, con las cejas ligeramente fruncidas. Pero no discutió.

Cogió su abrigo, se lo puso sin prisa, y salió al pasillo con ese andar suyo que no debería ser legal en pantalones ajustados.

Yo fui detrás.

Y mientras la seguía escaleras abajo, con la bufanda colgándole a la espalda, solo pude pensar en una cosa: que aún faltaban días. Días atrapados aquí. Días compartiendo habitación. Cama. Silencios. Y cada vez menos excusas.

14

Kayla

UN AMOR QUE SEA HOGAR



Entramos en la cafetería Sweet Mapple justo cuando la mujer del delantal de cuadros, Kate, empezaba a repartir los ingredientes en unas bandejas metálicas colocadas sobre las mesas.

La cafetería olía a canela, mantequilla y gloria. Con mesas de madera clara, luces cálidas colgando del techo y una pizarra enorme detrás de la barra con frases cursis del tipo «El amor se hornea a fuego lento».

Ya habíamos estado allí el día anterior, cuando paramos a almorzar después de fracasar con el muñeco de nieve. Recuerdo que el chocolate caliente estaba tan espeso que podías comerlo con cuchara, y que Ethan pidió café negro doble… como su humor.

Ahora el sitio estaba más lleno, con parejas y familias repartidas en grupos, todos rodeando montones de harina, cuencos de azúcar moreno, cucharones de madera y frascos con etiquetas manuscritas: jengibre, clavo, nuez moscada, canela.

Y en el centro de cada mesa, un tarrito de cristal con pequeños pergaminos enrollados.

Los mensajes.

Los malditos deseos.

Kate nos vio entrar y nos saludó con una sonrisa tan amplia que daba miedo.

—¡Parejita! ¡Vuestro sitio está aquí! —nos señaló una mesa cerca del ventanal.

Caminamos hasta allí. Ethan suspiró bajito.

Y entonces la vimos. Sentada al otro lado de la mesa, perfectamente erguida, con una diadema roja de renos brillantes y las manos cruzadas sobre el regazo: la niña.

La misma que el día anterior nos juzgó con los ojos por nuestro muñeco de nieve deforme.

La niña de la casa de jengibre perfecta.

La futura dictadora de cualquier comité escolar.

Nos miró.

Y alzó una ceja.

Como si pensara: ¿Estos dos otra vez?

—Hola —saludé, intentando sonar amable.

No respondió. Solo nos escaneó de arriba abajo y volvió la vista al bol con harina.

—Creo que no le gustamos —murmuré por lo bajo mientras me sentaba.

—¿Después del atentado que cometimos con nuestra casa de jengibre te sorprende? —susurró Ethan, inclinándose hacia mí sin quitarle ojo a la niña—. Debe vernos como una amenaza para la repostería mundial.

Contuve la risa. La niña nos miró un segundo. Solo uno. Luego volvió a mirar su bol con una seriedad que daba miedo.

—Nos va a juzgar en silencio durante toda la actividad, ¿verdad?

—Eso si no decide envenenarnos con canela.

—Perfecto. Estoy deseando hacer galletas con una chef psicópata en miniatura.

Ethan cogió el cuenco con harina, se lo puso delante y me miró de reojo.

—Vamos, manos a la masa, secretaria.

Metí las manos en el bol y empecé a mezclar la harina con la mantequilla. Noté la textura fría entre los dedos, el olor dulzón que empezaba a desprenderse… y algo más.

Algo que no tenía que ver con la masa.

Sino con Ethan.

Aunque parecía actuar con normalidad, había algo de fondo que me hacía preguntarme si realmente me había contado todo lo que pasó anoche.

Había una tensión en su cuerpo que no sabía disimular del todo. Un silencio entre frase y frase. Miradas que evitaba demasiado rápido.

Lo conocía.

Llevaba años trabajando a su lado. Sabía cuándo estaba a punto de cerrar un trato, cuándo iba a explotar en una reunión, y cuándo estaba conteniéndose por algo que no quería soltar.

Y ahora mismo… estaba en esa última categoría.

Apreté la masa con los dedos, intentando no mirar directamente, pero sabiendo que, si lo hacía, lo vería.

Esa expresión suya cuando está lleno de algo que no sabe cómo sacar.

Estaba a punto de decir algo cuando una vocecita al otro lado de la mesa me cortó en seco.

—Eh, tú. Te falta mantequilla.

Levanté la vista.

La niña.

Nos estaba mirando con el ceño fruncido y los brazos cruzados, como si llevara años supervisando obradores profesionales y estuviera decepcionada.

—¿Perdona? —pregunté, confundida.

—A tu masa —repitió con una claridad inquietante—. Le falta mantequilla. Está demasiado seca. Si la horneas así, sabrán a cartón.

Ethan se atragantó con su propia risa.

Yo me quedé quieta, mirándola con cara de «¿cómo has absorbido tanta maldad en tan pocos años de vida?».

—Gracias por el consejo —dije, con una sonrisa falsa mientras le echaba un poco más de mantequilla a la mezcla.

—De nada —respondió ella, y volvió a su galleta perfecta como si acabara de salvarnos la reputación repostera.

—Por cierto —añadí, levantando un poco la voz—, puedes llamarme Kayla en lugar de «tú».

—Pues vale —dijo, sin apartar la vista de su masa.

—¿Y tú cómo te llamas?

Levantó los ojos un segundo, como si decidiera si yo era digna de esa información.

Luego respondió, seca:

—Rachel.

—Encantada, Rachel —dije, intentando sonar cordial.

Asintió con la cabeza, nada más, y volvió a centrarse en su masa con la concentración de quien se toma la repostería como una competición olímpica.

Yo incorporé aún más mantequilla a la mía hasta que la textura cambió por completo.

Más suave. Más moldeable.

Menos cartón, más galleta.

—Mejor —murmuré, satisfecha, mientras pasaba los dedos por los bordes de la masa para recoger los restos.

—Ahora huele a algo que no da pena —añadió Ethan, inclinándose para olerla—. Bien hecho, secretaria.

—Gracias, jefe —respondí con sorna.

Él sonrió. Pero otra vez, solo con la boca.

Porque los ojos seguían tensos.

Como si aún estuviera peleándose por dentro con algo que no pensaba soltar.

Y entonces me volvió a recorrer esa sensación.

Esa incómoda certeza de que había algo que no me había contado.

Algo que había pasado anoche y que él había elegido guardar para sí. Pero ¿el qué?

Me pasé las manos por el delantal, intentando sacudirme los pensamientos. Literalmente. Como si pudiera quitarme la duda igual que quitaba harina de los dedos.

Entonces, la voz de Kate nos sacó a todos del silencio mental y repostero.

—¡Atención, reposteros! —canturreó, caminando entre las mesas con su delantal lleno de restos de glaseado—. Es hora de escribir los deseos que irán dentro de vuestras galletas mágicas.

Todos alzamos la vista.

Rachel soltó un pequeño suspiro, como si ya hubiera esperado demasiado.

—Tenéis estos papelitos especiales —continuó Kate, señalando los pergaminos enrollados dentro de los tarros de cristal—. Son resistentes al calor, así que no se funden cuando las galletas se hornean. Y son 100% confidenciales, claro. Anónimos. Solo el destino sabrá a quién le tocará vuestro mensaje.

—Qué presión —murmuré, más para mí que para nadie.

Kate dejó un pequeño pergamino frente a cada uno.

Uno para Ethan.

Uno para mí.

Y otro para la pequeña jueza silenciosa sentada frente a nosotros.

Me quedé mirando el mío.

El papel era suave. Ligero.

Tenía que escribir algo.

Algo que alguien leería mañana, en mitad de una ceremonia navideña absurda en un pueblo perdido entre montañas. Algo que

hablase de amor…

Y me dejé llevar por ese sentimiento que siempre me acompañaba aunque lo ignorase, ese que anhelaba desde lo más profundo de mi ser:

> Que el amor que encuentres sea el hogar que te acompañe aunque todo lo demás cambie.

Apenas había terminado de escribir la frase, con la tinta aún fresca sobre el pergamino, cuando la puerta de la cafetería se abrió de golpe.

Un golpe seco.

Frío.

Que arrastró con él una ráfaga de aire helado, copos de nieve y un murmullo inmediato que recorrió el local como una corriente invisible.

Todos levantamos la cabeza.

Un hombre con gorro de lana, chaqueta gruesa y la cara pálida se acercó directo a Kate, que acababa de dejar otra bandeja sobre una de las mesas del fondo.

—Kate —dijo, sin aliento—. ¿Te has enterado?

Ella lo miró, confundida.

—¿De qué?

—En las montañas —respondió él, bajando un poco la voz pero lo bastante alto para que lo escucharan las mesas más cercanas—. Un avión. Dicen que se ha estrellado. No muy lejos de aquí.

El silencio fue inmediato.

Como si alguien hubiera bajado el volumen de todo el sitio de golpe.

Incluso Rachel dejó de amasar.

Ethan se giró hacia ellos.

Y yo… sentí un nudo helado apretarme el pecho.

—¿Qué avión? —preguntó Kate, sin moverse—. ¿De dónde?

—No lo saben aún. Solo han dicho que hay restos en la ladera sur. Equipos de rescate ya han salido, pero el acceso está complicado por la nieve.

—Pero si los vuelos habían sido cancelados por el temporal, ¿a quién se le ocurre volar hoy? —soltó ella, con una mezcla de incredulidad y miedo en la voz.

El hombre negó con la cabeza, todavía sin aliento.

No pude escuchar más.

Las voces empezaron a desdibujarse.

Las risas, el murmullo, incluso el sonido de la cuchara chocando contra un bol… todo se volvió lejano. Irreal.

Me faltaba el aire.

Sentí que el pecho se me cerraba como si alguien me apretara con fuerza desde dentro.

Y entonces todo empezó a girar.

Las luces cálidas. Las mesas. Los tarros con especias. Las caras borrosas.

Todo.

Me agarré al borde de la mesa como si eso fuera a detenerlo.

Pero no.

El vértigo me arrastró igual.

Ni siquiera la voz de Ethan consiguió retenerme en pie. Simplemente… me desvanecí.

15

Kayla

LA ÚLTIMA LLAMADA



15 años antes

Alguna vez has querido cambiar alguna decisión que tomaste en tu vida?

Yo sí.

Muchas.

Pero hay una que, si pudiera, cambiaría sin dudarlo.

Porque ese fue el momento en el que mi historia se partió en dos.

Tenía quince años y mis padres habían hecho una escapada a Napa Valley para celebrar su veinte aniversario de bodas.

Yo estaba con mi abuela. Y quería que regresaran ya.

Adoraba a mi abuela, en serio. Pero más de cinco días bajo su techo era como vivir en una mezcla entre convento y cuartel militar.

No se podía cenar viendo la tele. No se podía andar descalza por casa porque «te entra el frío por los pies y se te sube al cerebro». No se podía poner música después de las siete, ni aunque fuera bajita, porque «a esas horas la casa ya necesita silencio». No se podía ducharse más de ocho minutos exactos, que ella cronometraba desde el pasillo.

Así que aquella noche, cuando me llamaron, no me aguanté.

—¿Y no podéis adelantar el vuelo unos días? Estoy aburrida —me quejé, tirada en la cama, con el móvil pegado a la oreja y mi abuela gritando desde el pasillo que ya era hora de apagar las luces.

Mi madre se rio. Con esa risa suya suave y alegre que tanto la caracterizaba.

—Kayla, cielo, el viernes estamos allí. Solo un poco más. ¿Vale?

—Mamá, en serio. Esto es como estar en prisión. Me hace limpiar los platos ¡a mano! Y me obliga a ver programas de recetas.

—A ver si así aprendes a cocinar algo más que pasta con tomate —saltó mi padre desde el fondo.

Su voz sonaba lejana, con ese eco típico de habitación de hotel. Se oía una tele bajita, risas, el tintineo de una copa… y la felicidad.

—Muy gracioso —bufé, aunque se me escapó una sonrisa.

—Venga, no seas *drama queen* —añadió mi madre, con ese tono dulce que usaba siempre que intentaba bajarme los humos sin que me diera cuenta—. En tres días ya estamos volando de vuelta.

—Pues ojalá fueran uno. O cero. Esto es como estar castigada sin haber hecho nada.

—Yo qué tú me portaba bien —dijo mi padre—. Si nos llegamos a enterar de que le das guerra a tu abuela, te dejamos una semana más.

—No sois graciosos.

—Un poquito sí —respondió mi madre, riéndose bajito.

—Un poquito mucho —añadió él.

Se escuchó otro brindis. Una carcajada. Y luego ese silencio tierno que solo hacen las parejas que se siguen queriendo después de muchos años.

—Bueno, apaga ya ese móvil. A dormir —dijo ella—. Y sueña con algo bonito.

—Pizza gigante con pepperoni —dije sin pensar.

—Lo dicho. Bonito.

—Buenas noches —murmuré.

—Te queremos, Kay —dijo ella.

—Sí, sí…

Y colgué.

No dije «yo también».

No les pedí que tuvieran cuidado. Ni que me mandaran una foto. Ni nada.

Porque tenía quince años. Y cuando tienes quince… crees que los padres no se rompen. Crees que siempre hay otra llamada.

Pero no. A veces, no la hay.

Cuantas veces me he preguntado qué hubiera pasado si no les hubiera pedido regresar…

Ojalá poder tirar atrás en el tiempo para decirles que disfrutaran. Para pedirles que no subieran a un avión hasta el viernes.

Pero… por desgracia la vida no tiene un botón de retroceder. Es lineal.

Al día siguiente estaba en clase de literatura cuando llamaron a la puerta. La directora le susurró algo a mi profesora, que me miró y asintió.

—Kayla, recoge tus cosas —dijo.

En dirección me estaba esperando mi abuela. De pie, con el bolso colgando del brazo y los ojos anegados en lágrimas. No hablaba. Solo negaba con la cabeza, como si no pudiera creérselo.

Me abrazó tan fuerte que me dolió. Y entonces me lo contó. Que papá y mamá habían querido darme una sorpresa. Regresar antes. Adelantar el vuelo.

Porque me echaban de menos. Porque les hacía gracia mi berrinche. Porque querían aparecer en la puerta y verme la cara.

Pero el avión… no llegó. Se estrelló a las afueras de Newark, a menos de quince minutos del aeropuerto. Fallo en el motor. Eso dijeron en las noticias.

Desde entonces, subirme en un avión hacía que se me encogiera el estómago. Y cada vez que escuchaba una noticia sobre un accidente aéreo, volvía a revivirlo todo.

No importaba cuántos años pasaran.

Ni cuántas pastillas tomara.

Ni cuántas veces me repitiera que volar era más seguro que cruzar la calle

Porque en mi cabeza, los aviones caen.

Y los que amas… aquellos que son hogar… a veces no vuelven.

16

Kayla

HERIDAS Y OTRAS VERDADES



Cuando abrí los ojos de nuevo, ya no estaba en la cafetería, sino en la posada, tumbada en la cama, y lo primero que vi fue el rostro de Ethan mirándome, preocupado.

—¿Kayla? —dijo en voz baja—. ¿Puedes oírme?

Asentí despacio. Me costaba enfocar. La cabeza me latía y sentía las mejillas húmedas, aunque no sabía si era sudor, lágrimas o ambas cosas.

—¿Qué… qué ha pasado?

—Te desmayaste en la cafetería, después de escuchar la noticia del avión.

Parpadeé. La memoria volvió como un bofetón.

La puerta. El frío. La palabra «estrellado».

Y todo el cuerpo otra vez en alerta.

—¿Hay muchas víctimas?

Ethan negó enseguida, sin dudar.

—No... Era una avioneta pequeña, de carga. Iba sola. El piloto está vivo. No hay heridos graves. Ha tenido suerte, dentro de lo que cabe.

Y entonces me pasó.

El alivio me golpeó tan fuerte que se me propagó por el pecho como una sacudida. Como si algo dentro de mí se aflojara de golpe. Y empecé a llorar. Sin control

Solo lágrimas cayendo a lo bestia, sin pausa. Como si llevaran horas esperando el permiso para salir.

—Lo siento —susurré, tapándome la cara con las manos—. Joder, lo siento. No puedo evitarlo.

Sentí el colchón hundirse a mi lado. Su mano rozándome el brazo.

—No tienes que disculparte. Aunque sí que me gustaría entenderte. ¿Por qué te ha afectado tanto?

Tragué saliva. Me limpié las lágrimas con la palma. Y pensé en esquivar la pregunta. Como hacía siempre. Sin embargo… sabía que tarde o temprano tendría que confesarle la verdad. Mejor soltarlo ya.

—Mis padres murieron en un accidente de avión. Quizás lo recuerdes. Pasó hace quince años y salió en las noticias. Era un vuelo que venía de California, y se estrelló a las afueras de Newark. —Me quedé callada un segundo para controlar el temblor de mi voz —. El piloto perdió el control a quince minutos del aterrizaje. Dicen que fue fallo en el motor. Que no hubo nada que hacer. Murieron todos.

Tragué saliva. Ethan no dijo nada, pero pude leer en él la conmoción.

—Y lo peor... —Respiré hondo— es que volvieron antes de sus vacaciones por mi culpa.

—¿Por tu culpa? —dijo, frunciendo el ceño.

Asentí despacio.

—Les llamé la noche anterior. Me quejé. Les dije que me moría del aburrimiento con mi abuela. Que si podían volver antes. Y ellos... ellos cambiaron el vuelo. Me querían dar una sorpresa. —Bajé la mirada. No podía sostenerle los ojos—. Así que cada vez que un avión cae, es como si los perdiera otra vez. Y cuando escuché eso hoy… fue como volver al momento en el que mi vida se desmoronó.

Ethan no dijo nada de inmediato, pero sentí su mano sobre la mía y luego su mirada de comprensión y algo más.

Algo que no era lástima. Era rabia. Tristeza. Respeto.

—Joder, Kayla… —murmuró al fin, en voz baja—. Lo siento. De verdad. No tenía ni idea.

—No me gusta contarlo, la gente suele no saber qué hacer con eso —dije, bajito—. Se ponen incómodos. Te tienen lástima. Y yo no quiero eso. No quiero ser la pobre Kayla que perdió a sus padres de forma traumática. No quiero que me miren como si estuviera rota. Por eso no conservo amigos de aquella época.

Ethan me sostuvo la mirada con intensidad.

—Yo no te tengo lástima —dijo al fin, con voz baja pero firme—. Te tengo admiración.

Parpadeé.

—¿Admiración?

—Sí. Porque hay que tenerlos bien puestos para vivir con ese dolor a cuestas y seguir adelante. Y tú lo haces. Cada puto día. Con tu sarcasmo, con tus listas, con tus cafés dobles y tus tacones

imposibles. Lo haces. Y yo... no sé cómo. —Él se inclinó un poco hacia delante, sin soltarme la mano—. No estás rota, Kayla. Lo que tienes es una herida. Y las heridas no te hacen débil. Te hacen humana.

Nos quedamos mirándonos. Y por primera vez en mi vida me sentí entendida.

Y justo entonces… llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dijo Ethan, soltándome la mano para abrir la puerta.

Agnes apareció con su sonrisa de siempre y una bandeja entre las manos.

Llevaba un delantal con renos bailando y unos pendientes en forma de bastones de caramelo que tintineaban al andar.

—Interrumpo solo un segundo —dijo en voz baja—. Os he traído una infusión. Manzanilla con miel y jengibre. Calienta el cuerpo… y a veces también el alma.

Entró con cuidado y la dejó sobre la mesilla, sin invadir demasiado.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —me preguntó, ladeando un poco la cabeza.

—Mejor. Gracias —respondí, aún con la voz algo rota.

—Nos diste un buen susto —añadió—. Kate no deja de llamar preguntando por ti. Me ha dicho que te diga que no te preocupes por tu galleta. Rachel se encargó de terminarla por ti.

—¿Rachel…? —pregunté, confundida.

—La niña con diadema de renos —aclaró Ethan, con una sonrisa cansada—. La que nos juzga en silencio desde que llegamos.

Agnes asintió, encantada.

—Una joya de criatura. Dice que la tuya no tenía remedio, pero que ha hecho lo posible por salvarla. Literalmente usó esas palabras.

Solté una carcajada bajita.

—Genial. Mi reputación repostera destrozada por una menor.

Agnes sonrió, pero luego bajó un poco la voz, como si no quisiera que la pared entera la escuchara.

—Tiene un genio peculiar, lo sé. Pero la pobre no ha pasado un buen año. Perdió a sus padres en primavera. Un accidente de tráfico. Desde entonces vive con sus abuelos.

Sentí que algo se me tensaba dentro.

Agnes siguió, como si supiera exactamente el tipo de nudo que acababa de apretarme en el pecho.

—No habla mucho. Pero se le da bien amasar, y aún mejor juzgar. Creo que es su forma de mantenerse en pie. Controlar lo que puede.

Sus palabras me removieron.

Agnes se quedó un segundo más. Como si quisiera asegurarse de que estábamos bien. Luego se giró y salió sin decir nada más.

Ethan cogió la taza de la mesilla y me la tendió.

—Toma. Antes de que se enfríe.

La acepté con las dos manos. incorporándome un poco. El calor me reconfortó más de lo que esperaba.

—Me sabe mal por Rachel —dije al cabo de unos segundos—. Hemos estado bromeando a su costa sin saber qué historia se escondía detrás.

—¿Es eso compasión, Kayla? —preguntó, alzando una ceja—. Porque hace nada dijiste que no te gustaba que te la tuvieran.

—Y no me gusta —respondí, sin mirarlo—. Pero es distinto cuando eres tú la que mira.

Él asintió en silencio.

Yo me llevé la taza a los labios, bebí un sorbo y dejé que el calor me bajara por el cuerpo, lento.

Reconfortante.

Como si el jengibre me estuviera arreglando por dentro.

Pensé en Rachel. Seguro que había sufrido tanto como yo. La diferencia era que, en su caso, sacaba la mala leche en voz alta. Yo me la tragué.

No me volví una niña borde. Solo… me cerré en banda.

Dejé de ver a mis amigos.

De reír como antes.

Me atrincheré en mí misma.

Bebí el último sorbo de la infusión y le tendí la taza a Ethan que la regresó a la mesilla.

—Gracias —murmuré.

Intenté ponerme en pie. Necesitaba ir al baño. Quizás darme una ducha caliente. Recuperar lo que fuera que se me había quedado colgando entre el pecho y el estómago.

Pero en cuanto me levanté, un vértigo me sacudió como una ola.

Todo giró. Otra vez.

—Kayla —escuché, justo antes de tambalearme hacia delante.

No llegué a caer.

Ethan me agarró al vuelo. Y en cuestión de segundos… acabamos los dos sobre la cama.

Yo abajo. Él encima. Y entonces… el recuerdo.

Como un chispazo en mitad del pecho.

Brutal.

Inevitable.

—Valeria me dijo que debería dejarme llevar durante este viaje —le susurré, medio dormida, medio ida—. ¿Crees que debería hacerle caso?

—¿Dejarte llevar? —me preguntó, tragando saliva.

Asentí, despacio.

—Sí. Contigo. Ya sabes... en la cama.

—Kayla…

—Solo digo que... si esto fuera una película navideña de las buenas, ahora vendría el beso —le dije, ladeando la cabeza—. Y luego, ya sabes... desnudarse con torpeza y echar uno de esos polvos que los protagonistas fingen no recordar a la mañana siguiente.

Él me miró raro. Incómodo. Tenso.

—No estás pensando con claridad —me dijo.

—¿Quién dice que no? —le susurré, bajito, segura. O creyéndomelo, al menos.

—Estás borracha, Kayla. El alcohol es quien habla por ti.

Y entonces solté la bomba.

—¿Seguro? Si metieras tu mano dentro de mis bragas ahora mismo, comprobarías lo cachonda que estoy.

—Kayla, ¿estás bien?

La voz de Ethan me devolvió a la realidad. Una donde su cuerpo seguía encima del mío. Una donde yo acababa de revivir, con lujo de detalles, lo más vergonzoso que había dicho en años.

Sus ojos me atravesaban con fuerza.

Y entonces supe que él también lo recordaba.

No había duda.

Estaba ahí, flotando entre los dos.

—Así que me mentiste esta mañana —dije, en un susurro.

—¿Qué?

Me incorporé un poco, con el corazón aún golpeándome en la garganta.

—Si hice algo más anoche…

—¿A qué te refieres? —dijo, aunque su mirada lo delataba.

—Recuerdo lo que te dije. Lo recuerdo perfectamente.

—¿Qué me dijiste? —preguntó él, despacio.

Silencio.

Solo el sonido del fuego crepitando en la chimenea.

Y nuestros respiraciones mezclándose, cortas, tensas.

—Anoche te pregunté si debía dejarme llevar, y me diste largas porque iba borracha. Lo entiendo, y te lo agradezco. Pero ahora

estoy sobria. Y tengo curiosidad... Si no hubiera llevado una copa de más, ¿cuál habría sido tu respuesta?

—Kayla… —dijo él, bajando la voz, pero sin moverse de encima.

—Solo quiero una respuesta honesta —susurré.

Su mirada bajó a mi boca.

Y volvió a subir a mis ojos.

—Puede que no estés borracha, pero sí convaleciente.

—Solo estoy un poco mareada —repliqué, sin apartar los ojos de los suyos.

—Lo que sea, no creo que sea el momento de tener esta conversación. Si de verdad quieres una respuesta honesta, pregúntame cuando no estés borracha ni al borde del desmayo.

Y sin darme tiempo a contestar, se levantó.

Se apartó de mí, se pasó una mano por el pelo, como si intentara recolocar algo que se le estaba desmoronando por dentro, y cruzó la habitación en dos zancadas.

Cogió el abrigo, abrió la puerta de la habitación y la cerró tras de sí.

Me quedé tumbada, sin moverme.

Mirando al techo.

Escuchando el silencio.

Sintiendo el hueco caliente que había dejado su cuerpo junto al mío.

Y ahí, en medio de esa habitación cursi con luces y olor a canela, tuve la maldita certeza: la línea que llevábamos años sin cruzar ya no era invisible.

Era real.

Era palpable.

Y acabábamos de rozarla con los dedos.

17

Ethan

DEJAR DE ESCAPAR



Necesitaba aire.

Me puse el abrigo, y salí al exterior de la posada como si la nieve pudiera enfriar lo que acababa de pasar.

El frío me golpeó de frente, cortándome la cara, pero no me importó. Lo prefería al calor sofocante de la habitación. Al calor de su cuerpo debajo del mío. A esa puta mirada. A esa puta pregunta.

«Si no hubiera llevado una copa de más, ¿cuál habría sido tu respuesta?»

Joder.

Caminé despacio, con la nieve crujiendo bajo mis botas y el corazón aún latiéndome demasiado rápido. Me froté la cara con ambas manos, como si eso sirviera para quitarme de encima lo que acababa de sentir.

Nunca había querido cruzar la línea. Pero ahora la línea estaba ahí. A nuestros pies. Con luces de neón y una puta señal de

«crúzala, cobarde».

Habían sido demasiadas emociones juntas.

Primero, escucharla hablar de sus padres. De lo que pasó. De cómo llevaba quince años arrastrando esa culpa. Esa herida.

Esa niña que pidió que volvieran y que luego tuvo que enterrarlos. Y que desde entonces no podía subirse a un avión sin pensar que iba a morir.

Solo recordarlo me dolía.

Y luego… lo otro.

Su pregunta.

Su forma de mirarme. Directa. Serena. Pidiéndome una verdad que llevaba años callándome.

Nunca había querido cruzar la línea. Porque si lo hacía… podía perderla. Y perder a Kayla no era una opción.

Seguí caminando. Necesitaba despejarme. Doblé la esquina de la posada y vi el cobertizo. Y allí, como en un anuncio de Coca Cola vintage me encontré a Klaus. Cortando leña.

—Eh, muchacho —dijo al verme—, acércate.

Tenía el hacha clavada en un tronco, las mangas remangadas y los mofletes rojos de tanto frío. Parecía feliz. Demasiado feliz para estar partiendo madera a bajo cero.

Me acerqué sin decir nada. Metí las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Cómo está tu esposa? —preguntó Klaus, sin mirarme—. Agnes me dijo que se desmayó en la cafetería de Kate.

—Ya está mejor. Fue el susto. La noticia del accidente la removió demasiado.

Klaus asintió despacio

—Por suerte no hubo víctimas. Uno no debe intentar ganarle el pulso a la naturaleza, porque siempre gana.

Clavó el hacha otra vez, con precisión milimétrica, y luego se giró hacia mí, escaneándome de arriba abajo con esa mirada suya de pastor jubilado que lo ve todo aunque no lo parezca.

—Pareces nervioso —dijo, sin rodeos—. ¿Te apetece cortar leña?

Fruncí el ceño.

—¿Cómo dice?

—Es buena terapia —añadió, señalando con la cabeza el montón de troncos apilados a su izquierda—. Sudas. Descargas. Piensas menos. A veces hasta funciona mejor que hablar.

Lo miré. Luego al hacha. Luego al tronco. Y joder, por un segundo… sonó tentador. Mucho.

—No sé si es buena idea darme un arma en este estado —murmuré.

Klaus soltó una risa ronca, cogió el hacha y me la tendió por el mango.

—Venga, pruébalo. A mí me ayuda siempre que discuto con Agnes.

Lo miré, sorprendido.

—¿¿Ustedes discuten??

—Muchacho, claro que discutimos —respondió, como si acabara de preguntarle si los renos cagaban—. Llevamos cuarenta y tres Navidades juntos. Si no discutiéramos, sería preocupante.

—No sé… me cuesta imaginarla levantando la voz —admití, cogiendo el hacha.

Klaus sonrió, ladeando la cabeza.

—No necesita levantarla. Agnes discute con miradas, con silencios largos y con bizcochos que no hace cuando está enfadada. Eso da más miedo que cualquier grito.

Me reí, sin querer.

—Parece letal.

—Lo es.

Sonreí, levantando el hacha y colocándome frente al tronco. Inspiré hondo. Y entonces bajé los brazos con fuerza.

El golpe fue limpio. Seco. La madera se partió en dos como si llevara años esperando justo ese momento.

—Debe ser… joder, debe ser maravilloso llevar tantos años con la misma persona. Mis padres también siguen juntos. Y aún se miran como si se acabaran de conocer. Pero a mí… me cuesta visualizar que eso pueda pasarme. No lo veo. No sé si tengo eso dentro.

Klaus me estudió un segundo.

—¿No confías en el matrimonio con tu esposa?

Mierda. Había olvidado que aquí éramos marido y mujer.

—No es eso —solté rápido, intentando sonar casual—. Simplemente… lo nuestro es más reciente, y bueno, no empezó de forma… convencional.

Klaus ladeó la cabeza, curioso.

—¿Qué quiere decir?

Suspiré, sin dejar de mirar el siguiente tronco.

—Ella trabajaba para mí.

—Ah —dijo, como si acabara de encajar las piezas—. ¿Y desde cuándo eso es un problema? Quiero decir, cuando hay amor, el contexto no es importante. Agnes también trabajaba para mí antes de que diéramos el paso para estar juntos.

—¿En serio? —pregunté, sorprendido, justo antes de soltar otro hachazo. El tronco crujió, pero no se partió.

—En serio —asintió, agachándose para recoger astillas—. Abrí esta posada poco después de que mi abuela me dejara la casa como herencia. Era vieja, estaba hecha polvo, pero tenía alma. Y Agnes… fue la cocinera que contraté para ayudarme a levantarla.

Me apoyé en el hacha, mirándole.

—¿Y cómo ocurrió?

—Un día, sin más, me di cuenta de que cada vez que entraba en la cocina y ella estaba tarareando una canción absurda mientras horneaba, el mundo me parecía un sitio un poco menos jodido. Así que, sin pensarlo mucho, le pedí salir. ¿Y qué te respondió? Que ya era hora de que lo hiciera. Que llevaba esperando por mí desde la primera vez que le dije que sus galletas eran las más deliciosas de Mapple Hollow.

—¿Y no tuvo miedo de perderla si las cosas salían mal? —pregunté, sin pensar. Porque la duda me escocía desde hacía días.

Klaus asintió con una media sonrisa.

—Oh, por supuesto. Me cagué vivo, muchacho. Pero una parte de mí sabía que las cosas no iban a salir mal.

—¿Y cómo lo sabía?

—Porque era ella —dijo, como si fuera lo más obvio del mundo —. Ya sabes, esa ella de la que no huyes aunque todo se complique. La que te hace sentir que, pase lo que pase, estás exactamente donde tienes que estar.

Bajé la mirada al tronco que tenía delante. Lo partí con un golpe limpio.

—No ha sido fácil, por supuesto. Cuando descubrimos que no podíamos tener hijos… pasamos por un bache. Uno de esos que te hacen replanteártelo todo. Agnes se vino abajo. Se culpaba. Y yo… no supe cómo ayudarla al principio. Me sentía inútil. Vacío. Como si algo se hubiera roto sin posibilidad de arreglo.

—¿Y cómo salieron de eso? —pregunté, más bajo.

Klaus clavó la mirada en el horizonte un segundo. Luego sonrió, despacio.

—Un día, sin más, nos dimos cuenta de que seguíamos eligiéndonos, incluso en medio del caos. Y si podíamos seguir haciéndolo… entonces no nos faltaba nada.

Asentí despacio. El pecho me pesaba.

Porque al final Klaus tenía razón.

Todo se reducía a eso.

A elegir a alguien que te eligiera a ti a pesar de las circunstancias. A pesar del miedo. A pesar del pasado.

Y supe que… había llegado el momento de dejar de escapar.

18

Kayla

EL MOMENTO DE DEJARME LLEVAR



Ya me encontraba bien. Recuperada.

Me había comido una barrita energética que llevaba en el bolso, me había puesto en pie, caminado por la habitación y comprobado que el vértigo había desaparecido.

Nada de mareos. Nada de visión nublada.

Solo un leve dolor de cabeza que ya era más psicológico que físico.

Me notaba lúcida. Centrada. Entera. Y, sobre todo, decidida.

Lo había estado pensando bien desde que me quedé sola en la habitación.

Puede que, después de todo, hubiera llegado el momento de dejarme llevar. Habían sido días intensos en Mapple Hollow, y todo mi cuerpo gritaba que lo deseaba.

Diablos, llevaba años deseándolo en silencio. Quizás Valeria tenía razón al decir que debía dejarme llevar. Un poco de sexo no le hacía mal a nadie.

Podíamos follar, pasarlo bien y luego volver a lo de siempre. Podía ser un desliz. Un paréntesis. Nada que amenazara lo único que me daba estabilidad: mi trabajo.

No pensaba perderlo.

Pero... eso no significaba que no pudiera darme un capricho.

Estaba pensando en eso, caminando por la habitación de un lado a otro, cuando la puerta se abrió.

Ethan entró cubierto de nieve, el pelo húmedo, las mejillas coloradas por el frío y la respiración agitada. Su jersey estaba pegado al cuerpo, marcándole los músculos del pecho y los brazos, y unas gotas de sudor le caían por el cuello.

Me quedé quieta. Literalmente congelada.

Joder.

—¿Has estado corriendo? —pregunté, intentando sonar neutral.

Él me miró mientras se quitaba el abrigo.

—No. Cortando leña —respondió, como si no fuera la cosa más sexy que podía haber dicho en ese momento.

Me mordí el labio.

¿Perdona? ¿*Cortando leña*?

¿Y yo me había perdido eso?

¿Desde cuándo Ethan era un leñador sexy salido de un catálogo de invierno con abdominales de regalo?

—¿Estás mejor? —añadió, dejando el abrigo sobre la silla, sin darse cuenta de lo que estaba provocando.

Asentí.

—Sí. Mucho mejor.

Él asintió también, y se pasó una mano por la nuca, visiblemente incómodo.

—Voy a darme una ducha —dijo, señalando el baño con un leve gesto—. No sabía que se podía sudar tanto cortando leña, pero aquí estamos.

Y sin decir nada más, cruzó la habitación y se metió en el baño. La puerta se cerró. Y yo me quedé ahí. Mirándola.

En silencio.

Con el corazón en la garganta y las piernas medio flojas.

No lo pensé demasiado.

Solo… lo hice.

Caminé hasta la puerta y la abrí. Ethan se estaba quitando el jersey y debajo… joder. Sus abdominales estaban al descubierto. Marcados. Tensos. Perfectos. Con una fina línea de vello que desaparecía por debajo del pantalón.

Levantó la vista, sorprendido y nuestros ojos se encontraron.

—¿Qué… haces? —preguntó, con la voz baja, tensa. Como si supiera la respuesta pero no se atreviera a creerla.

Me apoyé en el marco de la puerta, sin apartar la mirada.

—Antes me dijiste que te repitiera la pregunta cuando no estuviera borracha ni al borde del desmayo. Pues fíjate, ahora mismo no estoy ni en una situación ni en la otra.

—Kayla… —dijo él, mi nombre le salió como un aviso. O una súplica.

Pero no me detuve.

—Así que dime, Ethan —di un paso dentro, despacio—. ¿Crees que debería dejarme llevar?

Sus ojos bajaron a mis labios. Luego a mis piernas. Y después volvieron a los míos. Oscuros. Ardientes.

—¿Estás segura de que quieres una respuesta sincera? —preguntó, con la voz ronca, tensa.

—Nunca he estado más segura de algo en toda mi vida.

Y entonces dio un paso hacia mí. Luego otro. Y en cuanto estuvo lo bastante cerca, me agarró de la cintura, me empujó contra la pared del baño y me besó.

19

Kayla

UN PARÉNTESIS CON SABOR A PIEL



Su lengua se abrió paso dentro de mi boca con un hambre feroz, mientras su mano me agarraba de la nuca y me mantenía pegada a él como si soltarme no fuera una opción.

Gemí contra su boca, sin poder evitarlo, mientras mis dedos se aferraban a su cintura y lo empujaban más contra mí. Sentía su piel caliente bajo las yemas. Sus abdominales tensos. Su respiración acelerada.

Me levantó del suelo con facilidad, como si no pesara nada, y me sentó en el borde del lavabo sin dejar de besarme.

El frío de la cerámica contrastó con el calor de su cuerpo entre mis piernas.

Estaba duro.

Empalmado.

Y rozándome justo donde más lo necesitaba.

—Dime si quieres que pare —murmuró contra mi cuello, con la voz tan rota que me hizo temblar.

—Ni se te ocurra.

Entonces la cosa se volvió seria.

Frenética.

Explosiva.

Ethan Prescott, mi jefe, me estaba devorando como si llevara años esperando esto.

Su lengua dentro de mi boca era puro fuego. Urgente. Desesperada. Como si intentara memorizarme desde dentro.

Su mano bajó por mi espalda, firme, y me pegó más a él, mientras sus caderas se encajaban entre mis piernas y me arrancaban un gemido que ni intenté contener.

—Mierda, Kayla —murmuró contra mis labios—. No sabes las veces que he soñado con esto.

—Pues deja de soñar —susurré, tirando de él—. Y fóllame de una vez.

—Antes hay algo que debo hacer —dijo él, mirándome con los ojos encendidos y la respiración agitada.

Antes de que pudiera decir nada, se arrodilló frente a mí.

Mi corazón se disparó.

—¿Ethan…?

No respondió. Solo me sostuvo la mirada mientras sus manos firmes se deslizaban por mis caderas, bajándome lentamente los pantalones térmicos y las bragas.

Me abrió las piernas con calma, con una seguridad que me dejó sin aliento, y se colocó justo donde más lo deseaba.

—Llevas demasiados días provocándome —murmuró, con la voz grave, ronca—. No sabes lo mucho que he esperado para hacerte esto.

Y entonces me agarró por las caderas y hundió la lengua entre mis pliegues hasta alcanzar mi clítoris.

Solté un gemido ahogado.

Tuve que agarrarme con ambas manos al borde del lavabo para no perder la estabilidad. Las piernas me temblaban. El aire se me escapó de golpe.

Su lengua se movía con una mezcla de hambre y precisión que me volvió loca en cuestión de segundos.

Cerré los ojos, echando la cabeza hacia atrás, jadeando sin pudor.

—Ethan… joder…

Entonces succionó mi clítoris aumentando aún más la sensación de placer que me rompió por dentro. Su lengua y su boca se coordinaban para hacerme perder la cabeza, como si conociera cada rincón de mi cuerpo, como si llevara años ensayando exactamente cómo hacerme llegar ahí.

Me aferré con más fuerza al borde del lavabo, con los dedos tensos, los muslos temblando, mientras una oleada de calor me recorría entera desde el centro.

No podía pensar.

No podía hablar.

Solo podía gemir su nombre entre dientes y dejarme llevar por esa boca suya que me tenía al borde del colapso.

Y cuando deslizó los dedos entre mis piernas y me penetró mientras seguía con la boca sobre mí, supe que no había vuelta atrás.

Todo mi cuerpo se tensó.

El placer subió en espiral, imparable, rompiéndome desde dentro.

Sentí cómo el orgasmo me atravesaba de golpe, haciéndome arquear la espalda y gemir su nombre con la voz entrecortada.

Me corrí temblando, con las piernas alrededor de sus hombros y las manos aferradas al borde del lavabo como si pudiera anclarme a algo mientras el mundo se me deshacía bajo los pies.

Y él no paró hasta que no me quedó ni un suspiro.

Después, se incorporó despacio, todavía con el pecho agitado, y me besó sin darme tiempo a recuperar el aliento.

Su boca sabía a él, pero también a mí. A mezcla. A todo.

Y joder, no recuerdo haber probado algo tan adictivo.

—Ahora es tu turno —susurré contra sus labios, aún sin aliento.

Él soltó una risa baja.

—Estoy empapado en sudor —dijo, con la voz ronca—. Mejor en la ducha.

Se giró, abrió el grifo, y el agua caliente empezó a caer con fuerza. El vapor llenó el baño al instante.

Se terminó de desnudar con calma, dejándome ver cada centímetro de su cuerpo sin prisa. Su torso perfecto, su culo torneado, sus piernas fuertes... y su miembro, ancho, empalmado, perfecto.

Se metió bajo el agua.

Yo lo seguí sin pensarlo, quitándome la ropa que me quedaba.

Entré en la ducha, dejando que el calor me envolviera, y me pegué a él de nuevo.

Su piel mojada, su cuerpo ardiendo, sus manos recorriéndome con hambre.

Nos besamos como si no existiera nada más.

Y cuando el agua se llevó la última gota de sudor de su cuerpo, me arrodillé frente a él, dispuesta a devolverle todo lo que acababa de darme.

Le miré desde abajo, con el agua resbalando entre nosotras, y su expresión lo dijo todo.

Deseo. Impaciencia. Pura adoración.

Sonreí.

—Mi turno —susurré.

Y entonces me incliné hacia delante, decidida a hacerle perder el control. Igual que él había hecho conmigo.

Abrí la boca, acogiendo su polla en mi interior. Mis labios se cerraron alrededor del tronco y la tragué hasta el fondo, hasta sentir que me llenaba entera.

Ethan jadeó, apoyándose contra los azulejos con una mano, con los ojos clavados en los míos y la respiración acelerada.

—Kayla… —murmuró, con la voz rasgada.

Sonreí, sin apartar la mirada, disfrutando de cada segundo.

De cada reacción.

De cada maldito temblor en sus músculos.

Su cadera se movió, apenas un poco, como si estuviera conteniéndose. Pero no hacía falta que se contuviera. No quería dulzura. Quería que se descontrolara.

Me agarró del pelo, sin apretar demasiado, guiándome, perdiéndose en el ritmo que marcaba con sus caderas.

Cada vez que lo sentía latir dentro de mi boca, se me encendía todo el cuerpo. Quería más. Más de él.

Le miré desde abajo, dejándome llevar, jugando con mi lengua, haciendo justo lo que sabía que lo volvería loco.

Lo agarré con las dos manos por la base, firme, segura, y seguí moviéndome, despacio al principio, provocándole. Mi lengua jugaba con la punta mientras mis labios bajaban y subían, creando un ritmo que lo dejaba sin aire.

—Joder, Kayla… —gruñó, con la cabeza echada hacia atrás.

No me detuve. Lo quería así. Desesperado. A punto de perder el control.

Apreté un poco más con las manos, deslizándolas arriba y abajo mientras mi boca seguía marcando el ritmo. Le sentía palpitando contra mi lengua, tan duro, tan caliente, que me hacía mojarme de nuevo solo de pensar en lo que vendría después.

Su respiración se volvió errática. Sus gemidos más graves. Sus caderas se movían sin que él pudiera evitarlo.

—No pares… no pares… —murmuró con la voz temblando.

Y no lo hice.

Le miré a los ojos mientras aceleraba el ritmo, con las manos y con la boca, cada vez más rápido, más intenso, más húmedo.

Hasta que lo noté tensarse de golpe.

Un gruñido profundo le escapó del pecho y sus dedos se clavaron en mi pelo cuando se corrió con fuerza, explotando dentro de mi boca, mientras sus músculos se contraían y su cuerpo temblaba entero.

Lo tragué todo sin apartar la mirada.

Y cuando terminé, me limpié los labios con la lengua, despacio, saboreándolo.

—Ahora estamos en paz —susurré, alzándome para besarle.

Él me agarró de la cintura, todavía sin aliento, y me atrajo contra su pecho.

—Ni de coña, Kayla —dijo con una sonrisa torcida—. Acabo de empezar.

El agua de la ducha caía sobre nuestras cabezas, caliente, envolviéndonos como si el mundo fuera solo eso: su cuerpo contra el mío, su boca enredada en la mía, sus manos firmes recorriéndome sin prisa.

Me empujó suavemente contra la pared, sus labios bajaron por mi cuello, su polla volvió a endurecerse contra mi vientre.

—Ethan… —susurré, con la voz entrecortada.

—Shh —dijo él, rozando mi clavícula con la lengua—. Aún no he terminado contigo.

Estaba a punto de volver a meterme los dedos entre las piernas cuando una serie de golpes secos en la puerta de la habitación nos congeló.

—¿Kayla? ¿Ethan? He preparado almuerzo. Pensé que os iría bien comer algo calentito.

Agnes.

Los dos nos quedamos en silencio, el agua de la ducha todavía caía sobre nuestras cabezas, caliente, envolviéndonos en ese pequeño mundo donde solo existíamos nosotros dos.

Ethan se tensó contra mí, con su cuerpo todavía pegado al mío, su polla apoyada contra mi abdomen, dura y lista para seguir.

—Mierda —murmuró entre dientes, bajando la frente hasta apoyarla en mi hombro.

—Voy a tener que salir —susurré, con una sonrisa torcida.

—No —gruñó, sujetándome por la cintura—. No ahora.

—Va a volver a llamar —dije, intentando no reír—. Ya sabes que es muy insistente. Si no respondemos capaz es de entrar para comprobar que estamos bien.

—Pues que entre, que grabe, y que lo convierta en contenido para adultos. No me importa.

Me separé despacio, obligándome a controlar el temblor en las piernas.

—Podemos seguir después.

Ethan gruñó bajito, con la mandíbula apretada y las manos aún en mis caderas.

—Más te vale cumplir esa promesa, Kayla.

Sonreí mientras me soltaba con esfuerzo, notando cómo su cuerpo todavía latía contra el mío. Salí de la ducha, el vapor me envolvía como una cortina densa, y me até la toalla con manos temblorosas. El corazón seguía a mil. Las piernas, blandas. Y entre ellas, una presión palpitante que no se iba a ir fácilmente.

Caminé hasta la puerta y la abrí.

Agnes estaba justo al otro lado.

—¡Ah, querida! No quería molestar, solo asegurarme de que estabais bien. He dejado el almuerzo servido en la sala del piano, junto a la chimenea. —Me guiñó un ojo, como si supiera exactamente de dónde venía y qué estaba pasando al otro lado del vapor.

—Gracias, Agnes —murmuré, apretando la toalla—. Ahora bajamos.

Ella asintió, encantada, y se alejó por el pasillo tarareando un villancico.

Cerré la puerta despacio.

Y me quedé apoyada contra ella un segundo.

Respirando hondo.

Intentando ordenar algo dentro del caos que tenía en la cabeza.

Pero lo único que podía pensar era en Ethan, empalmado bajo el agua, con la mirada clavada en mí como si no le importara el mundo, solo yo.

20

Ethan

COMPETENCIA SEXUAL SOBRE HIELO



Dejar un polvo pendiente para ir a almorzar no era lo mío.

Definitivamente.

Me quedé en la ducha un par de minutos más, intentando calmarme, con la polla dura como una roca y el cuerpo en tensión como si acabara de salir de una pelea. Pero no era rabia lo que me recorría. Era deseo. Del jodido y del bueno. De ese que te quema por dentro y te deja sin aire.

Apoyé la frente en los azulejos, maldiciendo en silencio.

Kayla.

Joder, Kayla.

Me aclaré, cerré el grifo, salí de la ducha y me sequé rápido, sin perder tiempo. Me vestí como pude, ropa limpia, pero ajustada de más para la situación en la que estaba, y salí del baño justo cuando ella se terminaba de peinar frente al espejo.

Llevaba un jersey ancho y vaqueros.

Nada provocador.

Y aún así…

Mi polla volvió a tensarse, traicionera, recordándome que ese cuerpo seguía pendiente. Y que no pensaba olvidarlo.

Ella me miró por el espejo y alzó una ceja, divertida.

—¿Listo para almorzar como si nada hubiera pasado?

Me acerqué despacio, por detrás, le rodeé la cintura con las manos y le susurré al oído:

—No pienso portarme bien.

Kayla se mordió el labio, su respiración se aceleró un poco… y luego se apartó, caminando hacia la puerta.

—No me hace falta que te portes bien —dijo sin girarse, con ese tono suyo que era mitad reto, mitad promesa—. Me hace falta que termines lo que has empezado. Después. Te espero abajo.

Y salió, dejándome solo en la habitación, con la polla aún medio empalmada y el cerebro funcionando a medio gas.

Me pasé una mano por el pelo, respiré hondo y murmuré para mí:

—Joder… voy a morir hoy.

Pero al menos, pensaba morirme con una sonrisa en la cara.

***

Almorzamos lo que Agnes nos preparó entre miradas cómplices: sopa de calabaza, pan casero y un estofado que sabía a gloria.

Era obvio que ambos estábamos pensando en lo mismo: terminar de comer para seguir con lo que habíamos dejado a medias, pero Agnes no pareció dispuesta a cooperar.

—Después de este almuerzo tan reconfortante, seguro que os apetece acercaros al lago que está a las afueras del pueblo —dijo mientras retiraba los platos con su eterna sonrisa—. Hoy lo inauguran para la temporada de patinaje. Hay chocolate caliente, música en directo y fuegos artificiales al anochecer. ¡Una maravilla!

Kayla y yo nos miramos. Y supe en ese instante que ella estaba recordando lo mismo que yo: aquella tarde, dos años atrás, cuando nos encontramos en la Quinta Avenida y fuimos juntos a patinar a la pista del Rockefeller, junto a Valeria y Blake.

Pasamos una tarde divertidísima, compitiendo como críos, porque ella había sido patinadora artística y yo, jugador de hockey sobre hielo.

Creo que aquella noche, por primera vez de verdad, me pregunté qué pasaría si cruzábamos la línea.

Aquel día sobre el hielo fue distinto a todo.

Ella se reía con la cabeza echada hacia atrás, los mofletes rojos por el frío, las piernas firmes deslizándose con una soltura que me tenía hipnotizado. Yo patinaba a su lado intentando seguirle el ritmo, aunque me distrajera más su culo que mantener el equilibrio.

Nos picamos. Nos empujamos. Nos retamos como si el hielo fuera nuestro campo de batalla. Pero también hubo un momento, uno muy jodido, en el que todo se detuvo.

El ruido. La gente. Las luces. Todo.

Solo estábamos ella y yo, girando en medio de Manhattan como si no existiera nada más.

—¿Nos animamos? —preguntó, con una sonrisa suave.

Asentí.

Porque sí, me moría de ganas de desnudarla.

Pero por ver a Kayla patinar otra vez… valía la pena esperar.

***

Sonaba *Have Yourself a Merry Little Christmas* en versión jazz instrumental cuando llegamos al lago de Silver Pines, donde ya había varias parejas deslizándose entre luces colgantes y humo de chocolate caliente.

El hielo brillaba bajo el cielo gris, rodeado de abetos nevados, y el aire olía a leña, azúcar y nostalgia.

Kayla se detuvo al borde de la pista, con las manos en los bolsillos del abrigo y esa media sonrisa que me jodía el equilibrio más que cualquier patada.

—¿Lista para perder otra vez? —le dije, rozándole el hombro.

Ella me miró de reojo, desafiante.

—¿Otra vez? La última vez te gané tres carreras, un slalom y tu dignidad.

—Mentira. Conservé la dignidad. Lo que perdí fue la concentración, culpa de tus piernas en mallas térmicas.

—Excusas —replicó, acercándose a la caseta donde alquilaban los patines—. Lo que pasa es que no soportas que patine mejor que

tú.

La seguí, sin dejar de mirarle el culo con ese vaivén suyo que ni el abrigo grueso podía disimular.

—No soporto perder en general. Pero contigo... —me encogí de hombros— me dejo ganar con gusto.

Ella soltó una risa baja mientras entregaba sus botas al chico de la caseta. Se sentó en un banco de madera, se quitó los guantes y empezó a atarse los patines con una concentración que me hizo tragar saliva. Las manos firmes, ágiles, seguras. Como si cada gesto fuera una especie de ritual íntimo que solo yo tenía permitido mirar.

Me agaché a su lado, cogí mis patines y la imité.

—Si vamos a competir otra vez, deberíamos poner premios que hagan de esto algo mucho más interesante.

—¿Premios? —preguntó sin levantar la vista, mientras apretaba los cordones con fuerza.

—Por ejemplo… orgasmos.

Kayla se giró despacio hacia mí, alzando una ceja.

—¿Quieres jugarte orgasmos en la pista de hielo?

Asentí, muy serio.

—Quiero volver a verte de rodillas, nena.

Ella se rio, ese tipo de risa que se te mete bajo la piel.

—Oh, cielo… el que se va a pasar la noche de rodillas vas a ser tú, porque pienso ganar todas las rondas.

Me guiñó un ojo y salió disparada hacia el hielo, con esa soltura suya que no debería estar permitida.

Patinaba como si el mundo no pesara.

Como si todo lo malo se resbalara detrás de ella.

Y yo… seguía ahí, a medio ponerme los patines, empalmado, y preguntándome si estaba preparado para lo que venía.

Minutos después ya le seguía por la pista mientras poníamos las normas.

—Quien dé antes tres vueltas completas a la pista, gana —dijo ella, sin perder el ritmo.

—¿Así de simple? —pregunté, esquivando a un niño que casi se me cruza con un reno inflable atado a la espalda.

—¿Tienes miedo de perder?

—Tengo miedo de empalmarme más si sigues moviendo el culo así.

Ella se echó a reír y aceleró el paso.

—Pues venga, tres vueltas. Nada de empujones, nada de trampas… y nada de excusas.

—El que pierde —añadí, acercándome por su lado— se queda debajo esta noche. Sin rechistar.

—¿Y si hay empate?

—Nos turnamos.

Kayla se mordió el labio, divertida.

—Vale. A la de tres.

—Una…

—Dos…

—Tres.

Y salimos disparados.

Iba ganando la primera vuelta cuando una abuelita se interpuso en mi camino. Literalmente.

Frené en seco, giré sobre un pie y casi me trago a un niño con patines de dinosaurio.

—Perdón, cielo —dijo la señora con una sonrisa dulce mientras seguía a paso de tortuga por el centro de la pista—. ¡Qué rapidez, qué energía! Me dais envidia los jóvenes.

—Encantadora —murmuré entre dientes mientras la esquivaba con dignidad cero.

Cuando volví a recuperar el ritmo, Kayla ya me había sacado media vuelta de ventaja.

Su melena volaba detrás del gorro, los brazos estirados, las piernas fuertes y ese culo… ese maldito culo ganándome sin piedad.

Intenté alcanzarla pero ya tenía demasiado ventaja, y terminó completando las tres vueltas mucho antes que yo. Me esperó en el sitio de meta con una sonrisa torcida.

—Dime, ¿quieres que lo grabe para que te quede claro quién manda esta noche? —preguntó, sin un gramo de humildad.

Llegué hasta ella sin frenar del todo y la rodeé por la cintura, pegándola contra mí.

—¿Tú? ¿Mandar? Lo único que vas a mandar esta noche es un grito al cielo cuando te tenga corriéndote con mi boca.

Ella soltó una carcajada baja, de esas que me hacían perder el juicio.

—Te encanta hablar sucio, ¿verdad?

—Solo cuando me provocan —respondí, sin apartar la mirada de sus labios.

—Pues prepárate, Prescott —dijo, girando sobre los patines con una agilidad insultante—. Porque me quedan muchas provocaciones.

—Demuéstralo. Una ronda más.

—Hecho.

Nos pusimos en posición y marcamos el punto de salida con una mirada. Y salimos.

Competimos cinco rondas en total, y en todas ellas, la ganadora fue Kayla.

No sé si porque realmente era más rápida, o si porque, en el fondo, me gustaba dejarla ganar.

Porque la idea de perder con ella no se sentía como una derrota.

Era casi… excitante.

Verla sonreír cada vez que cruzaba la meta antes que yo, con los mofletes encendidos y ese brillo en los ojos que decía te tengo, era mejor que cualquier trofeo.

El cielo ya estaba oscureciendo cuando terminamos la quinta ronda. Ambos estábamos cansados y levemente empapados por la nieve fina que empezaba a caer.

—¿Te apetece que nos tomemos un chocolate caliente antes de continuar? —pregunté, acercándome con las manos metidas en los bolsillos y la respiración aún agitada.

—¿Continuar? —replicó, alzando una ceja—. A este paso me deberás orgasmos hasta la jubilación.

Solté una carcajada, rendido.

—Prometo empezar a saldar la deuda esta misma noche.

—Perfecto —dijo, dándose la vuelta y caminando hacia el puesto de bebidas con ese vaivén que me tenía torturado desde la primera vuelta—. Porque pienso cobrármelos todos. Uno por uno.

Fuimos hasta la caseta donde repartían chocolate caliente. Las luces cálidas colgaban del tejado como si fueran estrellas, y el vapor de las tazas subía al aire helado mezclándose con el aroma a canela y cacao.

Cogimos dos vasos y nos sentamos en uno de los bancos de madera cubiertos con mantas. Las luces del lago se reflejaban en el hielo, y de fondo sonaba Let It Snow en versión acústica. Todo era tan navideño que casi dolía.

Kayla sopló su taza antes de dar el primer sorbo.

—No deja de nevar… —dijo, mirando al cielo—. Y falta solo una semana para la boda de Valeria y Blake. A este paso no llegaremos a tiempo.

—En una semana el tiempo habrá mejorado —respondí, apoyando un brazo sobre el respaldo del banco, detrás de ella—. Y si no, le pedimos prestado su quad a Klaus y llegamos en modo expedición polar.

Kayla rio, bajando la vista a la taza humeante entre sus manos.

—Me sabe fatal estar aquí atrapada. Prometí ayudar a Valeria cuando regresara de la conferencia con los últimos preparativos —dijo, removiendo el chocolate con la cucharilla de madera, sin levantar la vista.

—Valeria te conoce. Sabe que si no estás allí es porque literalmente no puedes —respondí—. Y créeme, si pudiera empujar las nubes para despejar el cielo y sacarte de aquí, lo haría.

Ella sonrió un poco, pero seguía con el ceño fruncido.

—Es su boda, Ethan. Y es Valeria. Siempre está para mí. Siempre. Solo quería estar a la altura.

—Y lo estarás —dije, rozándole la rodilla con los dedos, despacio —. En cuanto abran las carreteras, volamos.

Bajó la mirada, apretando la taza entre las manos como si necesitara anclarse a algo.

—Cuando murió mi abuela y me quedé sola en el mundo… —tragó saliva— Valeria se encargó de que no me hundiera. Se convirtió en mi familia. Es… literalmente la única persona en la que confío de verdad. La única que siento que de verdad está. Bueno, ella y Bigotes, claro… si es que no ha decidido declararse en huelga por abandono después de tanto tiempo fuera de casa.

Me incliné un poco hacia ella, sin pensar demasiado.

—Eh… eso no es cierto. Ellos no son los únicos. —Ella alzó los ojos, despacio—. También me tienes a mí, Kayla. Siempre me has tenido. Puede que no haya sabido demostrarlo bien —seguí—, pero he estado ahí. Siempre. Y voy a seguir estándolo.

Y en ese segundo, entre vapor de chocolate, nieve cayendo y el frío colándose por cada esquina, ella no respondió. Solo me miró.

Y compartimos una mirada larga. Una mirada… que se hizo eterna.

De esas que lo dicen todo sin abrir la boca.

De esas que sabes que no se te van a olvidar. Nunca.

—Vale, creo que es el momento de seguir —dijo al fin, carraspeando y rompiendo la tensión—. ¿Vamos a por el sexto orgasmo en juego?

Se levantó con un movimiento ágil, sacudiéndose la nieve del abrigo, y volvió hacia la pista con paso decidido, como si acabara de pasar página.

O como si no quisiera admitir que esa página ya había cambiado algo.

La seguí sin decir nada, dejándole unos pasos de ventaja.

Y mientras la nieve seguía cayendo y el cielo se apagaba sobre nosotros, pensé que sí, que probablemente seguiría perdiendo todas las rondas…

Pero cada vez que ella se giraba para buscarme… yo ya me sentía el puto ganador.

21

Kayla

DEUDAS, GEMIDOS Y PROMESAS SIN TREGUA



Llegamos a la posada con el tiempo justo para una ducha rápida y bajar a cenar. Aquella noche Agnes había preparado pastel de pollo con salsa de romero, puré cremoso y panecillos recién horneados que olían como si hubieran salido del cielo. Ethan y yo comimos en silencio, más por cansancio que por falta de ganas.

Después de lo que había pasado esa tarde en el lago entre carreras sobre hielo, chocolate caliente y confesiones que casi fueron algo más, había una especie de calma rara entre nosotros. Como si ambos estuviéramos conteniendo el aliento esperando la próxima explosión.

Cuando regresamos a la habitación, nada más cerrar la puerta, la calma tensa se convirtió en electricidad pura.

Ethan dejó las llaves sobre la cómoda sin decir nada. Yo me quedé de pie junto a la cama, esperando.

Él se giró despacio. Y nos miramos.

Se acercó, con los ojos fijos en los míos y las manos en los bolsillos.

—Bueno, supongo que ahora nadie podrá interrumpirnos, ¿verdad?

—Oh, yo no estaría tan segura. Quién sabe si Agnes aparece para anunciar una partida de bingo navideño en el salón... o el inicio oficial del concurso de villancicos coreografiados.

Ethan soltó una risa ronca.

—Te diría que es imposible, pero en este pueblo no se puede descartar absolutamente nada.

—Exacto. A estas alturas, si entra un reno por la ventana con un ukelele, ni me inmuto.

Él se detuvo frente a mí, alargó la mano y me apartó un mechón de pelo, haciéndome estremecer.

—En todo caso, pase lo que pase, no pienso dejar que nada ni nadie detenga lo que estoy a punto de hacer.

Tragué saliva.

—Espero que te refieras a empezar a pagar por todos esos orgasmos que me debes.

Él sonrió de lado. Una de esas sonrisas lentas, arrogantes, peligrosas.

—Por supuesto, aunque no te quejes si mañana te levantas sin voz de tanto gritar.

Sin más dilación, sin esperar, con brusquedad, chocó su boca con la mía.

Su lengua entró directa, reclamando, exigiendo, sin pedir permiso.

Me agarró por la cintura y me empujó hacia la cama, sin dejar de besarme, sin darme tregua. Tropezamos con la maleta, con la alfombra, con todo. Nos daba igual.

Me tumbó de espaldas, se colocó encima, y sus manos empezaron a recorrerme como si tuviera prisa por deshacerme entera.

—Quítatelo todo.

Lo hice. Sin pensarlo. Sin vergüenza.

Y él me miró como si acabara de desvelarle un puto milagro.

—Eres jodidamente perfecta —murmuró.

Se quitó la camiseta de un tirón, luego los pantalones y la ropa interior, y al segundo ya estaba sobre mí otra vez, su piel caliente contra la mía, sus labios bajando por mi cuello, su mano deslizándose entre mis muslos.

Tiró de mis piernas hasta dejarme al borde de la cama, y él se puso de rodillas frente a mí, en el suelo.

Me abrió las piernas con ambas manos, lento, con esa mirada suya fija en la mía que hacía que se me olvidara respirar.

Luego bajó la vista.

Y sonrió.

—Dios… —susurró, como si estuviera a punto de rezarme.

Y entonces me lamió.

Una pasada larga, firme, directa, desde abajo hasta mi clítoris, que me arqueó la espalda al instante.

Gemí, agarrándome a las sábanas, a su pelo, a lo que fuera. Me dio igual.

—Ethan…

Ethan sonrió contra mi sexo y volvió a lamer justo donde más lo necesitaba. Luego presionó suavemente con los labios, succionando mi clítoris con esa maldita precisión que me rompía en mil pedazos.

—Joder… joder… —susurré, temblando.

Mis muslos se cerraron contra su cabeza por puro instinto, y él los sujetó con fuerza, sin parar, como si disfrutara del poder que tenía sobre mí. Y lo tenía. Lo sabía. Porque cuando gruñó contra mi centro, el sonido vibró entre mis piernas y me llevó directo al precipicio.

Mis caderas empezaron a moverse por su cuenta. Gemí. Supliqué.

Y entonces metió dos dedos dentro de mí, despacio, como si ya supiera exactamente dónde tocar, dónde apretar, cómo volverme loca.

—Mírame —dijo, alzando la vista sin dejar de moverse.

Lo hice.

Y ahí, entre jadeos, con la cara enterrada entre mis piernas, Ethan Prescott me miró como si fuera suya.

Y yo me corrí.

—Uno —murmuró él, relamiéndose con una sonrisa torcida—. Y aún me quedan muchos orgasmos por devolverte.

Me temblaban las piernas.

El corazón me latía en la garganta. Y lo peor era que todavía quería más. Mucho más.

Ethan se puso en pie, con su polla dura y palpitando al aire, y me miró como si estuviera decidiendo en qué posición iba a penetrarme primero.

—Espero que no tengas pensado dormir esta noche, Kayla —dijo, avanzando hacia mí—. Porque voy a follarte hasta que olvides cómo se camina.

Me mordí el labio, sin apartar la vista de él. Estaba empapada. Temblando. Desesperada.

—Pues muévete, Prescott —dije, con la voz ronca—. Menos hablar y más actuar.

Eso fue todo lo que necesitó.

Se inclinó sobre mí, agarrándome por la cintura, y me giró con fuerza hasta dejarme de espaldas a él, con las rodillas sobre el colchón y las manos apoyadas al borde de la cama. Me arqueó la espalda con una sola mano en la parte baja de la espalda.

Todo apuntaba a que iba a embestirme, pero se detuvo en el último segundo.

—Mierda —gruñó de golpe

Me giré un poco, aún jadeando, sin entender.

—¿Qué pasa? —pregunté, sin aliento, con el cuerpo ardiendo y tembloroso.

—El condón —gruñó él, apretando la mandíbula—. Dame un segundo.

Se apartó de mí a regañadientes, se acercó a su maleta, la abrió con brusquedad y empezó a revolverla sin disimulo.

Yo me quedé donde estaba. De rodillas sobre la cama, empapada, jadeando. Viéndolo moverse como un depredador frustrado que estaba a punto de recuperar a su presa.

—Vamos… vamos… —murmuró, hasta que finalmente alzó la mano—. Aquí estás, jodido milagro.

Rasgó el envoltorio con los dientes, y se lo puso con movimientos rápidos, expertos, mientras me miraba con esa cara de «ahora no hay nada que me detenga».

Volvió a mí en dos zancadas. Me agarró por las caderas y me recolocó como si el parón no hubiera existido. Me arqueó la espalda otra vez, una mano firme sobre mi piel, y se acomodó detrás de mí, con la punta de su polla rozándome justo donde la necesitaba.

—¿Lista? —murmuró, su voz ronca, cargada de tensión.

—Estoy tan lista que si no me follas ya, juro que me doy la vuelta y me lo hago yo sola.

Y eso bastó.

Porque en cuanto las palabras salieron de mi boca, él me embistió.

Firme. Hondo. Imparable.

Gemí alto, arqueándome con fuerza, sintiendo cómo me llenaba por completo, cómo su cuerpo chocaba contra el mío con una urgencia salvaje.

Era todo lo que había imaginado. Y más.

Crudo. Brutal. Perfecto.

Sus manos me sujetaban con fuerza, marcándome.

Su respiración era un gruñido en mi nuca.

Y cada vez que empujaba, me arrancaba un gemido nuevo.

—Estás tan jodidamente apretada…

—Y tú… tan dentro… —jadeé—. No pares. No pares.

Él gruñó, clavando los dedos en mis caderas mientras aceleraba el ritmo. Las embestidas se volvieron más duras, más profundas,

más salvajes.

Sentía cómo su polla me rozaba justo ahí, una y otra vez, y el placer me subía en espiral, sin pausa.

Me corrí primero. Temblando. Gritando. Entera.

Y él me siguió segundos después.

Con un gemido ronco, profundo, que me hizo estremecerme otra vez, se empujó hasta el fondo y se dejó ir.

Sus dedos apretaron mi piel, su cuerpo se tensó contra el mío, y por un momento, todo se detuvo.

Solo quedaban nuestros jadeos mezclándose en el silencio de la habitación.

Me giré apenas, con las piernas aun temblando, y lo sentí sonreír contra mi espalda.

—Dos —murmuró, su voz aún cargada de deseo.

Creí que iba a apartarse. A dejarme descansar.

Pero no.

Bajó por mi cuerpo con la boca. Lento. Provocador. Implacable.

—Vamos a por el tercero —susurró entre mis muslos, justo antes de volver a lamerme.

Y ahí supe que la noche no había hecho más que empezar.

22

Kayla

LA GRAN CEREMONIA DEL MUÉRDAGO



Nos pasamos la mañana siguiente en la cama, después de una noche donde Ethan cumplió su promesa y saldó su deuda de orgasmos.

Incluso se tomó la molestia de bajar en pijama, y con pinta de no haber dormido ni una hora, para ir a buscar el desayuno y traerlo a la habitación.

Según él, para que no tuviéramos que interrumpir nuestro maratón de sexo. Según yo, para presumirme medio desnudo mientras le ponía mermelada a las tostadas.

¿Qué puedo decir?

Fue la experiencia más alucinante de mi vida.

Nunca había disfrutado tanto con un hombre.

Y no hablo solo de lo físico, que también, porque joder… la forma en que me comía como si fuera su plato favorito y el mundo

se fuera a acabar, eso no lo hace cualquiera.

Pero había algo más. Algo en cómo me miraba después.

En cómo me recogía el pelo, me besaba la frente, o me preguntaba si quería más… incluso cuando ya estaba temblando.

La cosa es que, a media tarde, no nos quedó otra que abandonar nuestro nidito de amor. Era la celebración de la gran ceremonia del muérdago, y sabíamos que Agnes no nos perdonaría el no ir.

Literalmente vino a llamarnos tres veces a la puerta. Y en la tercera, amenazó con entrar ella misma a traernos unos jerséis a juego «para la ocasión».

Ethan gruñó. Yo me reí. Y al final, nos vestimos como dos adolescentes pillados intentando escaquearse de una comida familiar.

Salimos de la posada y nos dirigimos a la plaza central mientras una fina cortina de nieve caía sobre nosotros, suave, constante, de esas que no molestan pero lo cubren todo.

El aire olía a leña y azúcar tostado.

Las luces estaban encendidas ya, colgadas entre los faroles, parpadeando con ese ritmo lento que parecía marcar el compás de todo el pueblo.

La decoración de la plaza estaba a otro nivel.

En el centro habían montado un arco enorme cubierto de muérdago natural, decorado con lazos blancos y pequeños cascabeles que tintineaban con el viento. A sus pies, una tarima de madera con mantas y cojines rojos, donde intuía que las parejas se turnaban para… besarse.

Había muchísima gente alrededor.

Parejas cogidas de la mano, familias enteras envueltas en abrigos gruesos, niños subidos a hombros y hasta una señora con un termo de vino caliente que parecía tomarse aquello como si fuera un ritual sagrado. Todos esperaban en silencio, mirando hacia la tarima como si el destino mismo estuviera a punto de pronunciarse.

Y ahí estaba ella.

Agnes.

De pie junto a un atril con micrófono, enfundada en su abrigo rojo, con un broche de reno en el pecho y una sonrisa que se podía ver desde la otra punta del pueblo.

—Queridos vecinos y visitantes —dijo, con esa voz suya dulce pero potente—, como cada año, ha llegado el momento de nuestra tradición más especial: la ceremonia del muérdago. Sabemos que el muérdago es un símbolo. De suerte. De unión. De comienzos. Pero aquí, en Mapple Hollows, significa algo más. Significa elección. Cada pareja que cruce este arco lo hace con una promesa. No es solo un beso. Es un deseo. Un compromiso con el otro. Una forma de decir *«te elijo, aquí, ahora».* —Algunas mujeres suspiraron. Un par de tíos se removieron incómodos. Ethan rodó los ojos muy disimuladamente —. La mayoría ya sabéis cómo funciona esto —siguió Agnes, entusiasmada—. Después del beso bajo el muérdago, la pareja deberá elegir una de las galletas de canela que son tradición en este pueblo, y leer el deseo que contiene en voz alta, aquí, en el atril. Y ahora, no quiero haceros esperar más —concluyó Agnes, levantando una mano—. Empecemos. Por favor, parejas, haced cola frente al arco. El destino tiene prisa esta noche.

El murmullo de la gente se intensificó. Varias parejas comenzaron a acercarse, una tras otra, cogidas de la mano, con caras nerviosas o ilusionadas. Una señora mayor ya tenía el pintalabios reaplicado y el móvil preparado para el selfie post-beso.

Yo me giré hacia Ethan.

Él ya me estaba mirando.

—Supongo que como marido y mujer no podemos escapar de esta cursi tradición.

—Si lo intentáramos, Agnes nos perseguiría por el pueblo con una bandeja de galletas como arma.

Ethan sonrió, pero no era una sonrisa burlona.

Era de esas medio torcidas, suaves, que se le escapaban cuando quería disimular que algo sí le importaba.

Y me miró de esa forma.

La que me hacía olvidar que esto empezó como una mentira.

—Vamos, señora Prescott —dijo, ofreciéndome la mano—. Vamos a besarnos delante de media Mapple Hollows como buenos esposos falsos.

Le cogí la mano y nos pusimos en la cola. Él entrelazó sus dedos con los míos. La nieve caía despacio, con una cadencia suave que parecía cronometrada. Todo tenía un aire irreal.

Como si alguien hubiera escrito la escena perfecta.

Delante de nosotros, las parejas se iban acercando al arco una a una.

Se besaban. Se reían. Algunas lo hacían rápido, con vergüenza. Otras, con intensidad. Como si se lo tomaran demasiado en serio.

Entonces la vi. A Rachel.

De pie junto a la cesta con las galletas del deseo.

Con su abrigo azul marino, la diadema de renos mal colocada y una expresión de fastidio en la cara como si estuviera cumpliendo condena, no participando en una ceremonia mágica.

Me mordí el labio.

Había algo en ella que… joder, sí. Me recordaba a mí.

A esa versión adolescente mía que se cerró el corazón con cremallera cuando la vida se lo rompió sin avisar.

La misma que se había prometido no volver a necesitar a nadie.

Ni creer.

Ni ilusionarse.

La misma que ahora estaba aquí, de la mano de un hombre que me miraba como si no quisiera soltarme.

—Es nuestro turno —susurró Ethan.

Alcé la vista.

El arco de muérdago nos esperaba.

Los cascabeles tintinearon con el viento.

Y el mundo pareció detenerse.

Nos colocamos en el centro de la tarima.

Y todo quedó en silencio. Solo existía él. Sus ojos. Los míos. Ese momento…

Ethan se acercó.

Y me besó.

No fue un beso largo. Ni desesperado. Ni perfecto en el sentido clásico.

Pero fue sincero. Tan sincero que me dolió.

Me besó como si le molestara el tiempo perdido. Como si se arrepintiera de no haberlo hecho antes. Como si, en ese segundo, no hubiera otra cosa que importara.

Cuando nos separamos, ninguno de los dos dijo nada.

Yo solo sentí el vértigo en el estómago. Miedo. Miedo a lo que estaba creciendo entre nosotros cuando, en teoría, aquello no era más que una farsa. Sexo esporádico entre jefe y secretaria atrapados en una nevada absurda. Nada más.

—Ahora, a por vuestro deseo —dijo Agnes desde un lado del escenario, con una sonrisa de «os estoy viendo por dentro, hijos míos».

Nos acercamos a Rachel, que seguía con cara de «detesto esta tradición pero aquí estamos».

Nos señaló una cesta decorada con una cinta roja donde reposaban las galletas de canela.

—Elige tú —le dije a Ethan, sin mirarlo directamente.

Él metió la mano, tanteó unos segundos y sacó una galleta. Nos dirigimos hacia el atril. Solo se oía el viento y el leve repicar de los cascabeles del arco.

Ethan rompió la galleta y sacó el pergamino de su interior. Lo leyó en voz alta:

—«Que el amor que encuentres sea el hogar que te acompañe aunque todo lo demás cambie.»

Mi cuerpo se congeló.

Lo reconocí al instante. Era el deseo que había escrito yo. Ahora, ese deseo parecía haber vuelto a mí.

Ethan me miró, yo lo miré, la gente aplaudió, Rachel rodó los ojos, como si el romanticismo le diera urticaria... y en ese momento supe que estaba jodida. Porque la forma en la que me latía el corazón al mirarlo no era para nada falsa ni temporal.

Estaba patéticamente enamorada de Ethan Prescott.

Mi jefe.

Y lo peor…

No creía que eso se me fuera a pasar al volver a Nueva York.

Al contrario.

23

Kayla

EL PRINCIPIO DEL FINAL



Cuando llegamos a la habitación algo entre nosotros había cambiado, era distinto. No sabría decir por qué, solo sé que no había tensión. Ni urgencia. Ni necesidad de arrancarnos la ropa en cuanto se cerró la puerta.

Solo silencio.

Cómodo.

Intenso.

Y eso, curiosamente, me asustó más que cualquiera de las veces que me había corrido con su boca.

—En este pueblo están todos locos. Nunca había visto tantas parejas besándose por simple tradición —dijo él, dejando su abrigo sobre la silla.

—¿Deberíamos implementarlo en Nueva York? —bromeé, intentando rebajar la tensión del momento—. ¿Te imaginas? Gente haciendo cola para besarse debajo de un arco en Central Park, con galletas de canela y todo.

Me reí, más por inercia que por gracia. Pero él me miró con esos ojos suyos que me escaneaban sin pedir permiso.

—¿Estás bien? Llevas rara toda la tarde.

—Solo estoy destemplada. No me acabo de acostumbrar a tanto frío.

Ethan entrecerró los ojos. No me creyó. Lo sabía, pero no insistió.

—Supongo que entonces puedo ayudarte con eso.

—¿Cómo?

—A entrar en calor.

Se acercó despacio. Muy despacio. Como si me estuviera dando tiempo para echarme atrás.

No lo hice.

Me abrazó sin decir nada. Firme. Caliente. Con esa forma suya de sostenerme que no era ni suave ni brusca. Solo certera.

Hundió el rostro en el hueco de mi cuello y aspiró.

—Hueles delicioso —murmuró, con la voz tan baja que me vibró en la piel.

—Es el champú de la posada.

Ethan negó con la cabeza y sonrió contra mi piel.

—No, no es el champú. Eres tú.

Cerré los ojos.

Porque en ese momento, con su cuerpo pegado al mío, con sus brazos rodeándome y ese calor envolvente que nada tenía que ver con mantas ni calefacciones, el mundo entero dejó de existir.

Incluso el miedo.

Ese que se me había pegado a la piel durante la ceremonia.

Levanté el rostro. Él me imitó.

Y busqué sus labios con los míos.

Fue un beso lento.

Sin prisa.

Le besé como si no tuviéramos que correr a ningún sitio. Como si el reloj se hubiera quedado sin pilas. Como si besarme fuera su única urgencia.

Deslicé las manos por su nuca, acariciando la piel caliente, y me apreté más contra él. Quería memorizar ese momento. Grabarlo. Guardarlo en algún rincón del alma para cuando todo esto terminase. Porque sabía que lo haría. Más pronto que tarde.

Poco a poco, el beso subió de intensidad.

De suave pasó a hambriento.

Abrimos la boca y nuestras lenguas se entrelazaron. Él me sujetó por la cintura y me pegó a su cuerpo.

Mis dedos bajaron por su espalda, recorriendo cada músculo, cada línea.

Su mano me agarró del muslo y tiró de él hacia arriba, haciendo que me colgara de su cadera sin dejar de besarme.

Mi corazón se volvió loco.

Y antes de poder procesarlo, ya estábamos en la cama.

Desnudos.

Él sobre mí.

Yo jadeando, con la piel en llamas, mientras sus besos se volvían más intensos. Más ardientes. Más desesperados.

Su lengua bajó por mi cuello, mi clavícula, mis pechos.

Se detuvo en cada parte de mí como si tuviera tiempo de sobra para adorarla.

Y cuando me lamió el pecho izquierdo y succionó, se me escapó un gemido que no tenía filtro.

—Ethan… —susurré, con la voz rota.

Él alzó la vista, con los ojos encendidos, y me agarró las muñecas por encima de la cabeza.

—No te muevas.

No lo hice.

Me rendí. Entera. Sin condiciones.

Siguió lamiendo mis pechos.

Primero uno.

Después el otro.

Jugando con su lengua, con sus dientes, con esa maldita precisión que me volvía loca.

Yo jadeaba, con las piernas tensas, el cuerpo arqueado, los pezones duros y la entrepierna empapada.

Y entonces decidió seguir bajando. Lento. Provocador. Como si supiera exactamente el efecto que tenía en mí.

Se colocó entre mis piernas, sujetándome por las caderas, y me miró un segundo antes de hacer nada.

Solo eso.

Una mirada.

Y fue suficiente para que el pulso se me descontrolara.

—Quiero sentir cómo te vienes en mi boca otra vez —murmuró —. Eres adictiva.

Y sin esperar, se inclinó y me lamió de golpe. Directo al clítoris. Con hambre. Con entrega.

Gemí.

Fuerte.

Con las piernas temblando, el cuerpo arqueado, y los dedos agarrando las sábanas como si me fuera la vida en ello.

Su lengua se movía firme, rítmica, implacable.

Y cuando empezó a succionar, con los labios cerrados justo donde más lo necesitaba, solté un gemido ahogado y me incorporé de golpe.

—Ethan… joder, para.

Él levantó la vista, los labios húmedos, la respiración agitada.

—¿Para?

—Fóllame ya. No quiero esperar.

Vi cómo se le tensaban los músculos. Cómo su mandíbula se apretaba. Cómo sus ojos se volvían puro fuego.

Y obedeció.

Subió por mi cuerpo, sin apartar la mirada de la mía, se inclinó sobre la mesilla, cogió un condón, lo rasgó con los dientes y se lo puso con una rapidez casi desesperada.

Su respiración ya era un jadeo.

La mía, un temblor constante.

Se colocó entre mis piernas, se frotó despacio contra mí, empapando la punta de su polla en mi humedad, haciéndome gemir solo con eso.

—Estás tan mojada que podría meterme de una —murmuró.

—Pues hazlo —susurré, sin reconocer mi propia voz—. Métetela ya, Ethan.

Y entonces lo hizo.

De una sola embestida. Firme. Hondo. Perfecto.

Me arqueé con un grito ahogado mientras su cuerpo se fundía con el mío.

No hubo dudas, ni titubeos, ni pausas. Solo él.

Empujando dentro de mí con fuerza.

Agarrándome por las caderas como si se estuviera anclando a mí.

Moviéndose con un ritmo salvaje, preciso, lleno de urgencia.

Nuestros cuerpos chocaban una y otra vez, el sonido húmedo de cada embestida llenando la habitación como si no hubiera espacio para nada más.

Ni la nieve.

Ni la posada.

Ni el puto mundo.

Solo eso.

Él follándome con todo.

Yo rindiéndome sin resistencia.

—Joder, Kayla… —gruñó contra mi cuello—. Eres mía.

—Sí —jadeé—. Tuya. Fóllame más fuerte.

Y me lo dio. Más duro. Más profundo. Hasta que me sentí al borde del abismo.

Mis piernas temblaban. El orgasmo me quemaba desde dentro.

Y cuando se inclinó sobre mí y me mordió suavemente el hombro, me corrí. Fuerte. Violentamente.

Con los músculos tensos, la garganta rota de tanto gemido y el corazón saliéndoseme del pecho.

Pero él no paró. Aguantó. Hasta que, con un gruñido bajo, se empujó hasta el fondo y se corrió dentro del condón con los ojos cerrados y los dedos clavados en mis caderas.

Nos quedamos así.

Respirando como si acabáramos de correr una maratón. Sudados. Temblando. Pegados.

Y fue ahí, con su frente apoyada en la mía y su cuerpo aún dentro del mío, cuando lo supe.

Iba a doler. Mucho.

Cuando todo esto terminara.

Cuando volviéramos a Nueva York.

Cuando dejara de tocarme.

Cuando volviera a ser «mi jefe».

El síndrome de abstinencia iba a ser una puta pesadilla.

Y lo peor… es que ya había empezado a notarlo. Aunque él todavía no se hubiera ido.

24

Ethan

VOLVER A LA REALIDAD



Cuando desperté aquella mañana, noté algo distinto. Por primera vez desde que aterrizamos en Mapple Hollow, no me recibió el cielo gris y la nieve, sino un sol suave, dorado, que se filtraba entre las cortinas con una timidez casi absurda.

Me tomó unos segundos entender qué pasaba. Abrí los ojos despacio, con la cabeza todavía medio dormida y el cuerpo exhausto después de lo de anoche.

Kayla dormía a mi lado, desnuda, envuelta en la sábana, con una pierna colgando fuera del colchón y el pelo enredado sobre la almohada como si el sexo y el sueño se hubieran puesto de acuerdo para destrozarla.

Estaba preciosa. Jodidamente preciosa.

Me moví con cuidado, sin despertarla, me puse en pie y me dirigí a la ventana. Corrí la cortina con dos dedos.

Y ahí estaba.

El sol.

Brillante, casi descarado. El cielo despejado. Azul. Inmenso.

Por primera vez desde que aterrizamos en esta cárcel navideña, la nieve había dejado de caer.

—¿Eso que se ve a través de la ventana es sol? —preguntó la voz de Kayla adormilada desde la cama.

Me giré despacio. Seguía con los ojos entrecerrados, el pelo despeinado, la voz ronca y una marca roja en la mejilla de tanto apretar la cara contra la almohada. Dios, incluso así me costaba respirar.

—Aparentemente sí —dije, volviendo a mirar al exterior—. O una alucinación colectiva. Igual Agnes nos drogó anoche con su comida deliciosa para inducirnos visiones de esperanza.

—No lo descartes —murmuró, girándose boca arriba con un quejido suave—. Pero si es real… ¿crees que eso significa que el temporal ha pasado?

—No lo sé… —dije, no muy feliz por la noticia.

Aunque debería estarlo, ¿no?

Llevábamos días atrapados en este pueblo diminuto. ¿No era eso lo que quería desde el principio? ¿Volver a la realidad?

Pero ahí estaba yo, con una punzada en el estómago y cara de funeral, mirando el cielo despejado como si fuera una mala noticia.

Y como si el mundo quisiera rematarnos con una señal clara, nuestros móviles empezaron a sonar al mismo tiempo. En una sinfonía de vibraciones, tonos y notificaciones que me sonaron a sentencia.

Me había olvidado por completo de la existencia del mío.

Rebusqué en la mesilla y lo encontré boca abajo con la pantalla iluminándose a ráfagas. Lleno de llamadas perdidas, mensajes sin leer, correos acumulados… y un nudo en el pecho que no sabía cómo explicar.

—Creo que el mundo real nos acaba de recordar su existencia —dijo Kayla con un suspiro.

Bajamos a desayunar tras una ducha rápida, con cara de «nos han arrancado de la burbuja a patadas».

Agnes nos recibió con su sonrisa de siempre. Radiante. Inquietante.

—¡Buenas noticias, parejita! —canturreó, dejando una bandeja de bollos sobre la mesa—. Las carreteras ya están abiertas. ¡A las doce saldrá el primer autobús hacia el aeropuerto!

Intercambiamos una mirada por encima del café y supimos que se había terminado. *Game Over.* El descanso obligado había llegado a su fin.

Kayla fue la primera en reaccionar.

—Qué bien —dijo con una sonrisa forzada—. Ya iba tocando volver a la civilización, ¿no?

—Me alegro de que al menos el temporal haya aguantado hasta la gran ceremonia del muérdago, para que hayáis podido vivir nuestra tradición navideña más emblemática —dijo Agnes, con esa ternura inquietante que le salía sola—. Habéis sido una pareja encantadora. Mapple Hollow os echará de menos.

Después de almorzar, subimos a la habitación para hacer las maletas.

Ninguno de los dos dijo nada.

Estábamos en modo automático. Doblábamos ropa, cerrábamos cremalleras y evitábamos mirarnos demasiado. Como si hablarlo

fuera a estropearlo aún más.

Como si ponerle palabras lo hiciera real.

Yo quería decir algo. Cualquier cosa. Pero no dije nada. Aún estaba procesándolo todo.

Entonces, Kayla, con la maleta cerrada y las manos en los bolsillos del abrigo, rompió el silencio.

—¿Te parece si damos una vuelta por el pueblo antes de que venga el autobús a recogernos?

Tardé un segundo en responder. Uno largo.

—Sí —dije al fin, asintiendo—. Buena idea.

Salimos sin prisa.

Las calles de Mapple Hollow seguían decoradas como si fuera la víspera de Navidad, aunque el sol lo hiciera parecer primavera. Las luces colgaban igual. Las casitas seguían sacadas de una postal. Todo seguía en su sitio, excepto nosotros.

Caminamos sin rumbo fijo, sin tocarnos, sin hablar mucho. Solo con ese silencio raro de cuando sabes que estás cerrando algo.

Pasamos por la librería, la panadería, el lago congelado… y justo al doblar la esquina de la plaza, vimos a Rachel.

Estaba participando en un concurso de manualidades navideñas.

Había una mesa larga cubierta con cartulinas, purpurina, pompones y tubos de pegamento medio secos. A su alrededor, varios niños entusiasmados hacían lo que parecían renos con rollos de papel higiénico.

Rachel, en cambio, tenía delante un trozo de cartón, unas tijeras y cara de querer prenderle fuego a todo.

Llevaba su diadema de renos torcidos y la mirada de quien ha perdido la fe en la humanidad.

Kayla se detuvo a mi lado, la observó unos segundos en silencio y dijo:

—Dame un momento.

No esperó respuesta.

Caminó hacia ella.

Yo me quedé donde estaba, con las manos en los bolsillos, observando desde lejos.

Rachel alzó la vista cuando la vio acercarse, con esa expresión suya de «no tengo tiempo para emociones ajenas». Pero Kayla no se dejó intimidar.

Se agachó a su altura. Le dijo algo en voz baja.

No lo oí.

Solo vi cómo Rachel se quedó inmóvil, con los ojos clavados en algún punto entre la mesa y el cartón mal cortado. Cómo la barbilla se le tensaba. Cómo tragaba saliva como si de repente algo le pesara.

Y cómo, después de unos segundos, los ojos se le aguaron. No lloró, pero estuvo cerca.

Kayla la abrazó sin decir nada más.

Y Rachel… se dejó abrazar.

Así, sin resistencia.

Cuando Kayla volvió conmigo, no dije nada al principio. Solo la miré.

—¿Qué le has dicho? —pregunté al fin.

Ella se encogió de hombros, con una tristeza tranquila en los ojos.

—Que aunque ahora todo parezca oscuro y triste… un día todo pasará. Que encontrará la forma de ser feliz. Que conocerá personas que serán hogar. Y que aunque ahora no lo crea… la vida le tiene preparado algo bueno.

Se me encogió algo por dentro.

No sé si fue el corazón o la cordura. Solo sé que, en ese momento, mientras la miraba, no podía dejar de pensar en lo increíble que era. Siempre lo había sabido, pero nunca lo había visto tan claro como ahora.

***

El autobús pasó a buscarnos a las 12.00 en punto. Fue raro despedirnos de Klaus y Agnes, que nos abrazaron como si de verdad creyesen que éramos su pareja favorita del año. Klaus nos deseó «mucho amor, paciencia y galletas», y Agnes, entre lágrimas contenidas y olor a canela, nos metió una bolsa con «provisiones para el alma» que incluía chocolate caliente en termo, galletas caseras… y dos posavasos bordados a mano con nuestras iniciales.

No supimos qué decir.

Solo sonreímos.

Asentimos.

Y nos subimos al autobús sin mirar atrás.

El trayecto hasta el aeropuerto regional de Mapple County fue tranquilo.

La nieve ya no era una amenaza, solo un recuerdo cubriendo los bordes de la carretera. Kayla miraba por la ventana. Yo la miraba a ella. Y nadie dijo nada durante todo el viaje.

Cuando llegamos, el aeropuerto estaba igual de pequeño, igual de anticuado, igual de atrapado en los años 80.

Y allí estaba él.

El mismo tipo del mostrador que nos había atendido el día del aterrizaje forzoso. El de la sonrisa inquietante, el jersey de copos de nieve y la mirada de «sé algo que tú no».

—¡Señor Prescott! ¡Señorita Morris! —saludó con el mismo entusiasmo perturbador de la otra vez—. Qué alegría verles de nuevo. ¿Preparados para volver al mundo real?

—Sí… claro —respondí, algo cortado.

—¿Les ha gustado Mapple Hollow? Seguro que sí. Es fácil rendirse a los encantos de este lugar cuando uno viene con el corazón... disponible —añadió con una sonrisita que no supe si era de cortesía o de bruja de cuento encubierta.

Nos preguntó si aún queríamos ir a Chicago, le dijimos que no, que queríamos regresar a Nueva York. Tecleó algo con parsimonia y luego extendió dos billetes impresos.

—Aquí tienen. Dos asientos juntos. Ventanilla y pasillo. El vuelo hacia Nueva York sale en cuarenta y cinco minutos. Ya pueden dirigirse a la sala de embarque.

Nos los entregó con una sonrisa, y nosotros nos dimos la vuelta convencidos de que nunca más volveríamos a verlo, al igual que a aquel aeropuerto y a ese pueblecito perdido en ninguna parte.

Mapple Hollow quedaría como un paréntesis raro.

Un sitio que había sido hogar por accidente.

Un error de coordenadas que se convirtió en pausa.

Y en algo más.

Cuando faltaba poco para embarcar, vi a Kayla sacar un pastillero del bolso.

Cogió una pastilla, se la metió en la boca con gesto automático y, segundos después, se la sacó, escupiéndola en una servilleta.

—¿Va todo bien?

—Sí, es solo que… creo que esta vez quiero probar a volar sin medicarme. Sin trucos baratos. Creo que ha llegado el momento de superar ciertas cosas.

Asentí despacio.

—¿Estás segura?

—No —respondió con una sonrisa pequeña—. Pero voy a intentarlo igual.

La miré con cariño. Con orgullo. Con admiración.

Y con esa sensación de que, joder, no tenía ni idea de qué iba a pasar entre nosotros después… pero sabía que ella era valiente. Más que nadie que hubiera conocido nunca.

Cuando subimos al avión y empezó el despegue, la vi tensarse.

El rugido de los motores. La vibración. Ese momento exacto en el que el avión se despega del suelo y no hay vuelta atrás.

Y entonces, sin pensarlo, le cogí la mano. Firme. Cálida. Sin palabras.

Ella no la soltó. No dijimos nada durante todo el ascenso.

Solo cuando el avión se estabilizó en el aire y sonó ese ding suave, ese que marca que ya puedes desabrocharte el cinturón, y

ella suspiró de alivio, solté su mano y pensé que, a partir de ahora, quería estar a su lado cada vez que cogiera un avión.

Para poder sostenerla siempre que sintiera miedo.

Y recordarle que ya no estaba sola.

***

Nueva York nos recibió con nieve, con un manto blanco que lo cubría todo de silencio y frío.

Bajamos del avión sin hablar mucho.

El vuelo había ido bien. Kayla se puso algo nerviosa al aterrizar, se le tensaron los dedos y su respiración cambió justo cuando las ruedas tocaron pista… pero no dijo nada.

Solo buscó mi mano.

Y yo ya la tenía extendida hacia ella.

Caminamos por el pasillo del aeropuerto, rodeados de gente con prisas, anuncios por megafonía, maletas rodando y bebés llorando.

La vuelta a la realidad.

Buscamos nuestras maletas en la cinta y, una vez fuera, cogimos un taxi para que nos llevase de regreso a casa.

Nos sentamos en el asiento trasero.

Yo a un lado.

Ella al otro.

La ciudad seguía blanca, con los tejados cubiertos de nieve y el cielo gris dibujando siluetas apagadas sobre los rascacielos. Todo se

movía a otro ritmo. Más rápido. Más frío.

Yo quería hablar con ella.

Decirle que no quería irme a mi casa.

Que me dejara quedarme en la suya.

Que, aunque hubiéramos regresado a la ciudad, lo que habíamos vivido, lo que habíamos sentido… seguía vivo.

Pero cuando el taxi se detuvo frente a su edificio y abrí la boca para hablar, ella se me adelantó.

—Gracias por estos días de ensueño, Ethan. Por todo. Pero me gustaría pedirte un favor. Nunca volvamos a mencionar lo que ocurrió entre nosotros. Sé que no lo hablamos de forma directa, pero estoy segura de que ambos estamos de acuerdo en dejar esto atrás. En seguir como siempre. Como si nada hubiera pasado. A fin de cuentas, lo nuestro fue eso… un paréntesis. Algo que pasó fuera del mundo real. En un lugar que no era el nuestro, en un contexto que no va a repetirse.

Y entonces sonrió. Una sonrisa tan triste que me dolió más que cualquier despedida.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —pregunté, bajando la voz.

Ella no tardó en responder.

—No. Pero es lo que necesito.

Y en ese momento supe que no había nada más que pudiera decir. Así que me limité a asentir.

Kayla abrió la puerta del taxi, bajó sin mirar atrás y desapareció dentro de su edificio.

Y yo me quedé allí, con el corazón hecho trizas y la seguridad de que, por mucho que lo intentara, nunca podría olvidarla.

Ni aunque lo quisiera.

Ni aunque lo necesitara.

Ni aunque ella lo pidiera.

25

Ethan

UN PRESCOTT ENAMORADO



—¿Tú qué opinas, Bruce, sobre todo esto? ¿Crees que debería llamarla? ¿Decirle que no pienso olvidar lo que pasó entre nosotros? —pregunté a Bruce, el árbol de Navidad.

Estaba en el salón de mi ático, con un vaso de whisky servido y jodido como nunca. No me podía sacar de la cabeza la sonrisa triste de Kayla antes de desaparecer de mi vista.

Y, como por lo visto había perdido la poca cordura que me quedaba, había decidido empezar a hablarle a Bruce, el árbol navideño que Blake me obligó a adoptar en el mercadillo de Union Square.

—Sí, sé que es mi secretaria y que no es lo más ético del mundo tener sexo con ella, pero, joder, Bruce, no fue solo sexo. Fue más, mucho más. ¿Y si ella siente lo mismo?

No me respondió, obviamente, aunque sus luces parpadeantes parecían decirme: «Pues muévete, capullo».

—No me mires así —le gruñí, pasándome la mano por la cara—. No es tan fácil. —Di un trago al whisky—. ¿Y si la cago? ¿Y si me dice que fue un error, que lo nuestro no puede ser? ¿Y si…?

Justo entonces, llamaron a la puerta. Golpes secos, impacientes. Me giré, frunciendo el ceño. ¿Quién coño venía a estas horas?

Abrí.

Y ahí estaba Blake.

Con el abrigo abierto, despeinado y cara de no haber dormido en días.

Me abrazó con tanta fuerza que un poco más y caigo hacia atrás.

—¿Blake?

—Joder, tío —soltó al fin, sin soltarme del todo—. Me has tenido al borde del puto infarto estos días. Preocupado por ti, sin saber si estabas bien, si te habías congelado en ese pueblo raro o si habías sido adoptado por una familia amish fanática de la Navidad.

—Estoy bien —dije, dándole una palmada en la espalda para que aflojara—. Vivo. Con el cuerpo entero. Y con el cerebro medio funcionando, que ya es mucho.

Blake se apartó, pero no del todo. Me escaneó comprobando que estaba en lo cierto y se dejó caer en el sofá como si le acabaran de confirmar que no tenía que llamar a emergencias.

—Juro que, de no haber llegado a tiempo para la boda, hubiera mandado a un equipo de rescate a por ti y Kayla.

—Exagerado —murmuré, dejándome caer también en el sofá, con el vaso en la mano.

—¿Exagerado? —repitió—. Tío, llevabas días sin responder, atrapado en un pueblo perdido en el culo del mundo. ¿Tú sabes lo

que es eso para un hermano con ligera tendencia al pánico a pocos días de su boda?

Lo miré de reojo.

—No fue tan malo. Sí, los habitantes de Mapple Hollow parecen unos psicópatas de la Navidad, pero lo cierto es que… —suspiré, dejando el vaso sobre la mesa— no sé, Blake. Lo disfruté.

—¿Cómo que lo disfrutaste? —preguntó, mirándome como si acabara de decir que me uní a un coro infantil y vendía galletas puerta a puerta.

—Lo disfruté, tío. De verdad. Fue raro, incómodo al principio… pero luego… —me pasé una mano por la nuca, intentando explicarlo —. —Luego empecé a apreciar el silencio, la calma, las putas luces colgando por todas partes… —me reí, negando con la cabeza.

—Vale, estás empezando a preocuparme, porque parece que hablas en serio —dijo Blake, frunciendo el ceño como si estuviera evaluando si llamar a un exorcista.

—Hablo en serio —repliqué, con una sonrisa torcida—. Me gustó estar allí. Me gustó despertarme sin alarmas, sin correos, sin nada. Solo la nieve, la Navidad y… ella.

—¿Ella? —repitió, inclinándose hacia delante con los codos sobre las rodillas, como si acabara de oler el salseo.

—Kayla —dije, sin rodeos. Sin querer suavizarlo.

Blake se quedó mirándome. Serio. Raro en él.

—¿Pasó algo?

—Pasó todo.

Blake se echó hacia atrás en el sofá, levantó los brazos y sonrió como un imbécil satisfecho.

—¡Ja! ¡Lo sabía! Por supuesto. Un Prescott no puede fingir un romance en Navidad y no acabar enamorándose. Es estadística pura. Primero yo. Ahora tú. Además, tuviste que fingirlo con nada menos que Kayla. Con la que es obvio que hay una tensión sexual no resuelta desde hace años. —Miró a Bruce, el árbol, como si esperara su aprobación—. Colega, ¿verdad que estás de acuerdo conmigo?

Bruce, como si fuera parte del show, parpadeó.

Blake alzó las cejas, encantado de sí mismo.

—¿Ves? Hasta el árbol lo sabía. —Blake se giró hacia mí, con esa expresión suya de «dímelo todo ya o te saco la información a hostias»—. ¿Y ahora qué? ¿Estáis juntos? ¿O cómo ha quedado la cosa?

Me pasé una mano por la cara, exhalando despacio.

—No lo sé —admití—. Cuando volvimos a Nueva York esta tarde, me dejó claro que no quería seguir con… lo que sea que fue aquello entre nosotros. Que todo había pasado en un paréntesis, en un contexto que no era real, y que aquí… todo volvía a ser como antes.

Blake me miró en silencio. Sin sarcasmo. Sin su teatrillo.

—¿Y tú qué quieres hacer?

—Estoy entre respetar su decisión o presionarla un poco para que cambie de opinión. Porque… me gusta, Blake. Me gusta mucho. Me gusta desde hace tanto tiempo que ni recuerdo cuándo empezó. —Me dejé caer contra el respaldo del sofá, con la mirada perdida en el techo—. Y ahora que la he tenido, ahora que sé cómo es despertar con ella, escucharla reír, verla llorar, verla correrse diciendo mi nombre… ¿cómo coño se supone que vuelvo a fingir que no pasa nada?

Blake hizo una mueca.

—Vale… creo que esa ha sido demasiada información. Podías haberte ahorrado la parte final, gracias.

Me reí, sin ganas.

—Pero si quieres que te dé mi opinión —siguió, más serio—, creo que lo que deberías hacer es ser sincero con ella. Explicarle cómo te sientes. Qué esperas. Puede que ella solo esté asustada. Es fácil estarlo cuando el amor llega sin avisar. Acuérdate de mí.

Claro que me acordaba.

Por supuesto que me acordaba de él.

Blake también se asustó cuando se enamoró de Valeria. Se cerró, se rayó, puso distancia. Incluso estuvo a punto de dejarla escapar.

—No sé muy bien cómo demostrarle que para mí no ha sido un simple desliz. Que lo que siento es real. Que quiero un futuro con ella, de verdad.

Blake me miró un segundo, sin rastro de burla esta vez.

—Bueno, pues eso es lo que tienes que trabajar. Busca la forma de demostrarle a Kayla que vas en serio. Que lo que hay entre vosotros no es un simple calentón.

Me quedé en silencio. Procesando.

—¿Y si después de todo sigue rechazándome?

—En ese caso tendrás que aceptar la derrota, amigo. Pero al menos lo harás sabiendo que lo diste todo. Que no te quedaste de brazos cruzados viendo cómo se te escapaba la mejor jodida oportunidad de tu vida.

Asentí despacio. Sin responder.

Ni falta que hacía.

Porque en ese momento lo supe.

Tenía miedo, sí.

Pero no tanto como el miedo a no intentarlo.

Y si iba a perder a Kayla… no sería por cobarde.

Sería con la verdad por delante y el corazón en la mano.

26

Kayla

AMOR



—¿Estás segura de haber tomado la decisión correcta? —preguntó Valeria, haciendo un mohín mientras daba un sorbo al chocolate caliente que acabábamos de comprar en un puestecillo callejero de la Quinta Avenida.

Le había pedido quedar fuera, caminar un rato, airearnos. Necesitaba que el frío me despejara la cabeza.

Adoraba Manhattan en Navidad, con sus luces, su ruido, ese caos festivo que parecía envolverte como un abrigo.

Y, aun así… echaba de menos Mapple Hollow.

Echaba de menos el silencio de las mañanas nevadas, el sonido del fuego en la chimenea, el olor a canela que lo invadía todo.

Y lo echaba de menos… a él.

A Ethan.

Solo había pasado un día desde nuestro regreso y ya sentía que me faltaba algo.

Pero sabía que había tomado la decisión correcta. Porque no podía perder lo único que tenía, mi estabilidad, mi trabajo, por un polvo, por muy maravilloso que fuera.

Suspiré, y le ofrecí una respuesta a mi amiga.

—No es una decisión —dije al fin, encogiéndome de hombros—. Es lo que tiene que ser.

Valeria no dijo nada. Solo caminó a mi lado en silencio, mientras la ciudad seguía su ritmo frenético a nuestro alrededor.

—Sé que no debería decirte esto, que no debería meterme… pero Blake dice que Ethan está colgado por ti.

Me detuve en seco.

—¿Qué?

Valeria también se paró, girándose para mirarme.

—Lo que oyes —dijo, bajando un poco la voz—. Se lo dijo él mismo.

Parpadeé, incrédula.

—Eso no tiene sentido —murmuré—. ¿Por qué le diría a Blake algo que no me ha dicho a mí primero? Cuando le propuse detener todo… lo aceptó sin rechistar.

—Porque te estaba respetando, Kay —respondió ella, como si fuera obvio—. Porque creyó que lo decías en serio. Que no había vuelta atrás.

Bajé la mirada. Sentí que el aire frío me golpeaba con más fuerza de lo normal.

—¿Y si lo dije en serio? ¿Y si de verdad es lo que necesito?

Valeria asintió, despacio.

—Sí, sé que crees que eso es lo que necesitas… pero también pienso que estás equivocada.

Sus palabras me golpearon en un sitio muy hondo. De esos que intentas no tocar nunca.

—¿Y tú qué sabes? —dije, sin poder evitarlo—. Tienes una familia que te quiere, que te apoya en cada paso que das. Estás a punto de casarte con el amor de tu vida. Y yo, en cambio, no tengo nada. Lo único que tengo es mi trabajo, a ti… y a Bigotes. Y Bigotes lleva desde que regresé ayer sin dirigirme la palabra porque probablemente me odia por haberlo abandonado durante días.

Valeria frunció los labios para no reírse, pero no lo consiguió.

—¿Estás diciendo que tu gato te ha hecho la ley del hielo?

—Literal. Me ha mirado como si quisiera denunciarme por negligencia.

Ella soltó una risa suave y negó con la cabeza.

—Kayla… tú tienes mucho más de lo que crees. Tienes un corazón enorme, aunque lo escondas. Tienes una vida que te has construido sola. Y ahora, además, tienes a alguien que te quiere de verdad. La pregunta es: ¿qué sientes tú?

Me mordí el labio sin responder, dando un nuevo sorbo al chocolate caliente. No quería seguir hablando del tema, así que le pregunté por la boda, por los últimos preparativos, por Blake, aunque mi mente estaba atascada en un mismo punto.

Ethan.

La forma en la que me miró antes de bajarme del taxi.

La forma en la que no dijo nada.

Como si esperara que fuera yo quien cambiara de opinión.

Aquella tarde, cuando regresé a casa con el cielo de la noche ya cayendo sobre la ciudad, sentí ese silencio que siempre me recibía cuando abría la puerta. Ese silencio que a veces era un abrazo… y a veces una bofetada.

Dejé el bolso en el suelo y fui directa al mueble donde guardaba los álbumes familiares. Hacía años que no los tocaba. Eran como una caja de dinamita emocional que evitaba a toda costa.

Pero esa noche… necesitaba recordarlos.

Necesitaba recordarme a mí.

Saqué uno de los álbumes, el de tapas azules con estrellas doradas, y me senté en el sofá. El salón estaba oscuro, solo iluminado por las luces del árbol que había dejado encendido esa mañana sin pensar.

Abrí el álbum.

Y ahí estaban.

Papá. Mamá.

Yo.

En fotos felices.

En fotos de otra vida.

Una que se rompió demasiado pronto.

El nudo en la garganta apareció sin avisar.

Las lágrimas también.

—Joder… —susurré, sin fuerza, mientras una gota caía sobre el plástico brillante de la página.

Cogí una de las fotos, la más arrugada de todas. La saqué del bolsillo transparente con cuidado, temblando.

En la imagen, estábamos los tres en un parque de atracciones, yo con un helado enorme y ellos abrazándome por detrás. Mamá reía. Papá guiñaba un ojo. Yo parecía feliz. Feliz de verdad.

Apreté la foto contra el pecho, como si pudiera volver a sentirlos.

Y entonces me encogí sobre mí misma, en el sofá, hecha un ovillo. Pequeña. Frágil. Rota por dentro.

Lloré en silencio.

Sin sollozos dramáticos.

Solo lágrimas cayendo… como si hubieran estado esperando salir desde hacía años.

No sé cuánto tiempo pasó así hasta que escuché un maullido. Mi gato gordo, gruñón, resentido por mi ausencia… se subió al sofá, mirándome con esos ojos enormes como si fuera el puto psiquiatra del barrio.

—¿Qué… qué quieres? —pregunté con la voz rota.

Él volvió a maullar.

Un miau bajito esta vez.

Casi tierno.

Se acercó despacio, olfateando mi mano.

Y después… apoyó la cabeza en mi pierna. Como queriendo decir: aquí estoy. Te perdono por desaparecer.

Sentí un nudo subirme desde el pecho hasta la garganta.

Ese tipo de nudo que no se deshace con palabras.

Pasé los dedos por su pelaje, despacio, como si necesitara anclarme a algo.

Bigotes ronroneó. Fuerte. Constante.

Como si intentara coserme por dentro con cada vibración.

Y ahí, en mitad del salón en penumbra, abrazada a mi gato enfadado pero noble, con la foto de mis padres aún entre los dedos, me rendí del todo.

A la tristeza.

Al miedo.

Y a la verdad.

Porque por mucho que intentara engañarme, lo sabía.

Lo que sentía por Ethan ya no era deseo, ni confusión, ni una herida abierta.

Era amor.

Uno de esos amores que llegan sin permiso.

Que se instalan sin pedir nada.

Y que, cuando te das cuenta, ya lo han cambiado todo.

27

Kayla

UN NOSOTROS EN ESPERA



Era el día de la boda de Valeria y Blake, y tenía el estómago hecho un nudo. Estaba nerviosa porque, después de varios días, iba a volver a ver a Ethan.

No nos habíamos visto desde que bajé de aquel taxi fingiendo que todo estaba bien. Desde que le pedí, con la voz más firme de la que disponía, que no habláramos más de lo que había pasado entre nosotros.

Antes del viaje ya me había pedido esos días libres. Así que no volví a la oficina.

Durante esos días, me refugié en Valeria. En los preparativos. En listas, pruebas de maquillaje, decoraciones navideñas y centros de mesa con más ramas de abeto de las que una boda necesitaba jamás.

La boda se celebraba en una antigua hacienda reformada a las afueras de Manhattan, una de esas fincas de estilo rústico chic, con

vigas de madera, luces cálidas colgando en cascada, y un jardín trasero transformado en un cuento navideño.

Era todo tan perfecto que dolía.

Pero ahora… la tregua había terminado. En cuanto llegara al altar, lo vería, al lado de Blake, ejerciendo su papel de padrino mientras yo ejercía de dama de honor.

En ese momento estábamos en la sala de espera, esa pequeña habitación llena de espejos, flores, olor a laca y nervios contenidos.

Valeria estaba deslumbrante con un vestido blanco de líneas suaves y delicadas, el escote en forma de corazón y un velo ligero que caía como niebla dorada sobre sus hombros, iluminándole el rostro con un brillo sereno y enamorado.

Tan tranquila que me daban ganas de abofetearla con su propio ramo.

Yo, en cambio, sentía las piernas de gelatina.

Me miré en el espejo. Mi vestido era color champán, ajustado en la cintura, con un escote discreto y falda vaporosa que se movía con cada paso; elegante, sencillo… y peligrosamente favorecedor. El moño seguía en su sitio. El maquillaje intacto. Desde fuera parecía que tenía todo bajo control.

Pero por dentro… era un puto caos.

Tenía las manos frías, el corazón acelerado y la sensación de que estaba a punto de hacer el examen final de una asignatura que no había estudiado.

—Valeria —asomó la cabeza una de las organizadoras, una chica bajita con pinganillo y cara de estrés nivel máximo—. Es la hora.

Me giré hacia Valeria. Ella asintió, tranquila, como si se fuera a casar cada domingo por la tarde.

Su madre chilló desde la puerta con una mezcla de emoción e histeria.

—¡Ay, mi niña! ¡Está preciosa! ¡Que alguien grabe esto! ¡Rosario, ¿tienes el móvil?!

—¡Claro que lo tengo, mujer, que no estoy senil! —gritó la abuela Rosario desde una silla, sacando el teléfono al revés y enfocando el techo.

Valeria soltó una carcajada nerviosa y se tapó la cara con el ramo un segundo.

—Voy a llorar —murmuró—. Como alguien me diga que estoy guapa una vez más, voy a parecer una fuente.

—Pues aguanta dos minutos más, que aún te quedan cien halagos por recibir.

Justo entonces, su padre apareció en la puerta. Con traje oscuro, corbata color vino y los ojos brillando.

Valeria se giró hacia él.

—¿Lista? —preguntó él, ofreciéndole el brazo.

Ella asintió con una sonrisa temblorosa.

Su madre soltó otro gritito ahogado, como si se casara su hija y perdiera una guerra al mismo tiempo, y agarró a la abuela del brazo.

—Vamos, Rosario, que ya empieza.

—¡Ya voy, ya voy, no empujes, que me tropiezo con la moqueta!

Ambas salieron corriendo por el pasillo central entre risas y gritos medio contenidos.

Yo tragué saliva.

—Es tu momento —le susurré a Valeria, ajustándole el velo por última vez.

Salimos al exterior, al jardín trasero de la hacienda.

Todo parecía sacado de una postal navideña.

La nieve cubría el césped como una alfombra de azúcar. Las luces cálidas colgaban entre los árboles, enredadas como estrellas caídas, y un camino de farolillos marcaba el pasillo nupcial entre los bancos de madera blanca.

Olía a leña, a invierno, a magia.

Y entonces empezó a sonar *The Christmas Song* en versión instrumental.

Me coloqué la falda con las manos y caminé despacio, manteniendo la vista al frente.

Hasta que lo vi.

A Ethan.

De pie, al lado de Blake, con un traje gris oscuro, corbata granate a juego con las flores, el pelo perfectamente peinado y ese gesto serio que solo conocía quien de verdad le miraba.

El mismo que tenía cuando se concentraba en algo que le importaba más de lo que admitía.

Y cuando nuestros ojos se encontraron, el corazón me dio un salto.

Tragué saliva sin dejar de caminar hacia el altar, mientras todos los asistentes miraban a Valeria con sonrisas, llanto y emoción. Pero yo solo lo miraba a él. A Ethan.

Me obligué a mantener la compostura mientras seguía avanzando, la falda rozando el suelo, el ramo firme entre las manos.

Llegué a mi sitio y me coloqué a un lado del altar, justo frente a él, y evité mirarlo. Tenía que concentrarme en lo importante. En Valeria y Blake.

Cuando el padre de Valeria la entregó a Blake, hubo un silencio precioso. Un suspiro colectivo.

Vi a Blake apretar la mandíbula mientras le temblaban los ojos, como si no pudiera creer que esa mujer, esa fuerza de la naturaleza, estuviera a punto de convertirse en su esposa.

Valeria le dedicó una sonrisa suave. De esas que no necesitan palabras.

Y entonces empezó la ceremonia.

Las palabras del oficiante eran serenas, cálidas, casi musicales.

Los votos no fueron perfectos. Fueron reales.

Con bromas. Con temblores en la voz. Con pausas para respirar hondo.

Cuando Valeria habló de cómo Blake había irrumpido en su vida «como un Grinch empotrable con traje caro», todos se rieron. Incluso su madre. Incluso Blake.

Cuando él le prometió «que haría todo lo posible por darle las mejores Navidades de su vida, incluso si eso significaba aprender a hacer galletas de jengibre sin quemarlas o disfrazarse de reno en pijama», todos volvieron a reír. Incluida Valeria, entre lágrimas.

Y ahí estaban.

Mirándose como si el mundo no importara.

Como si solo se necesitaran el uno al otro para respirar.

Y yo, mientras sostenía el ramo con los dedos tensos, no pude evitar pensar que debía ser bonito sentirse así. Amada. Elegida.

***

El convite se celebró en el gran salón de la hacienda, convertido para la ocasión en un refugio cálido lleno de luces doradas, mesas redondas con centros florales navideños y un olor constante a vino caliente y canela.

Las copas tintineaban, los brindis se sucedían y las risas llenaban el espacio como si nada pudiera salir mal.

Yo estaba sentada en una de las mesas principales, junto a la familia. Ethan también.

Tan cerca… Y, al mismo tiempo, tan jodidamente lejos.

No habíamos hablado en ningún momento. Solo me había dirigido un par de miradas que me habían dejado sin aliento y poco más. Y, aun así, sentía su presencia como si me rozara la espalda.

Como si su silencio gritara más que cualquier discurso.

Cuando llegó el momento del primer baile y Valeria y Blake salieron a la pista, girando despacio mientras se miraban como si acabaran de inventar el amor, decidí que necesitaba un respiro.

No porque no me alegrara por ellos.

Me alegraba. Muchísimo.

Pero verlos ahí, tan entregados, tan jodidamente felices…

Y luego girar la cara y sentir a Ethan tan cerca y tan intocable…

Me estaba matando.

Me levanté con discreción, dejando el ramo sobre la silla, y caminé entre las mesas. Salí por una de las puertas laterales que daban a la terraza cubierta. El aire frío me golpeó la cara como una bofetada.

Y lo agradecí.

Apoyé las manos en la barandilla de madera, cerré los ojos un segundo y respiré hondo.

Solo quería unos minutos de silencio.

Lejos de los focos.

De la música.

De los brindis.

De él.

Pero entonces, escuché pasos detrás de mí.

Y supe, antes de girarme, que era él.

No me equivoqué.

—¿Escapándote de la boda de tu mejor amiga? —dijo Ethan, con esa voz grave que me conocía demasiado bien—. Eso no parece muy protocolario.

Me obligué a no girarme aún.

—Solo necesitaba un respiro —murmuré, con la mirada fija en las luces del jardín.

En ese momento, desde el interior del salón, empezó a sonar I'll Be Home for Christmas. Suave. Melancólica. Perfecta para romperme un poco más por dentro.

Lo sentí acercarse. Despacio. Como si midiera cada paso. Como si temiera que saliera corriendo.

—Es precioso aquí fuera —añadió, apoyándose junto a mí en la barandilla.

Su voz era tranquila. Pero tenía ese matiz que solo le salía cuando estaba nervioso. O cuando algo le importaba de verdad.

Asentí, sin mirarle.

—Sí. Lo es.

—Aunque nada comparado con una posada cursi en el culo del mundo —añadió, con una media sonrisa que no vi, pero noté.

Me obligué a tragarme la risa que me rozó los labios.

—Seguro que Agnes y Klaus estarían encantados con semejante halago —murmuré, por fin mirándole de reojo.

Ethan se encogió de hombros.

—Suena de locos, pero echo de menos ese pueblo. La nieve. La tranquilidad. Las galletas absurdas con deseos dentro. —Hizo una pausa—. A ti.

Sentí un nudo en la garganta crecer.

—Ethan…

—Sé que dijiste que aquello fue solo una pausa, pero para mí no lo fue. Para mí fue real. Tan real que todavía estoy allí. Y llevo días rompiéndome la cabeza para encontrar la mejor forma de convencerte de que lo que tuvimos no fue un paréntesis… pero no la encuentro. Así que voy a aprovechar este momento para decirte la verdad sin filtro.

Levantó la mirada.

Firme. Decidido.

—Estoy enamorado de ti, Kayla. Lo estoy desde antes de tocarte. Desde antes de besarte. Desde el momento en que te vi aparecer por la puerta de mi despacho acompañada de Recursos Humanos y me sonreíste. Y si no te lo dije antes fue porque tenía miedo. A perderte. A perder tu confianza. A hacer algo que pudiera hacerte daño. Pero ahora lo único que me da miedo es quedarme callado.

El silencio entre nosotros era tan denso que casi podía tocarse.

El corazón latía como loco dentro de mi pecho y unas lágrimas me quemaban detrás de los ojos, amenazando con desbordarse.

—¿Y si nos equivocamos? —susurré—. ¿Y si lo que sentimos se esfuma? ¿Y si pierdo lo único que tengo por un quizás?

Él no dudó ni un segundo.

—Eso no va a ocurrir, Kayla. Porque sé que tú y yo somos un nosotros en espera. ¿Recuerdas tu deseo? *Que el amor que encuentres sea el hogar que te acompañe aunque todo lo demás cambie*. Pues aquí estoy —susurró él—. Listo para ser ese hogar. Si tú me dejas.

Y en ese momento, no hubo duda.

Ni miedo.

Ni barreras.

Solo ganas.

Solo certeza.

Solo él.

Me lancé a sus brazos sin pensarlo.

Y cuando me besó, fue como si todo lo roto se cosiera solo.

Ahí, bajo el cielo de invierno, con la música navideña de fondo, su aliento en mi boca y las luces del salón brillando a lo lejos…

Por fin lo supe.

Ethan Prescott era mi hogar.

Aunque todo lo demás cambiara.

Epílogo

Kayla

VOLVER A MAPPLE HOLLOW



Un año después

Estábamos de vuelta en Mapple Hollow.

Faltaba una semana para Navidad y Ethan había insistido en reservar la misma habitación en la posada: el Ático Estrellas.

Cuando llegamos, la nieve caía suave, como si supiera que ese pueblo solo funcionaba bien cubierto de blanco. La fachada de Merry Pines Inn seguía igual que la recordaba. Madera blanca, luces cálidas, y los renos de mimbre en la entrada, uno de ellos un poco torcido, como siempre.

Y entonces, como si el tiempo no hubiera pasado, Agnes apareció en la puerta con un delantal nuevo de bastones de caramelo y esa sonrisa suya que te ablanda el alma y te asusta a la vez.

—¡Pero si son mis tortolitos favoritos! —dijo, llevándose las manos al pecho—. ¡No puedo creer que haya pasado un año desde que vinisteis por primera vez!

Sonreí. Ethan se acercó a dejar la maleta en la entrada.

—Tampoco nosotros —respondió él.

Agnes se nos quedó mirando con los ojos entrecerrados, como si intentara adivinar cosas que no decíamos.

—¿Seguís tan enamorados como entonces? —preguntó, con tono cantarín y una ceja peligrosamente levantada.

Nos miramos de reojo. Yo asentí con una sonrisa. Ethan apretó mi mano con fuerza.

—Más —dijo él, sin apartar la vista de la suya.

Agnes suspiró, emocionada, como si acabara de asistir a una escena de su novela romántica favorita.

—¡Klaus! —gritó de repente hacia el interior—. ¡Ven a ver quién ha llegado!

Desde la cocina se oyó un «¡ya voy!» seguido de ruidos de campanitas, pasos lentos y un golpeteo metálico.

Y, por supuesto, Klaus apareció en la entrada con su eterna chaqueta de borreguito, su gorro rojo y una bufanda con luces parpadeantes.

—¡Mis favoritos! —exclamó al vernos—. Siempre supimos que volveríais —dijo, como si fuera el oráculo del pueblo—. Cuando el destino hace de las suyas en Mapple Hollow… no hay marcha atrás.

Agnes le dio un codazo.

—No empieces con tus profecías, Klaus, que aún no han dejado la maleta —le regañó, aunque se le notaba encantada—. Vamos,

subid. La chimenea ya está encendida y os he dejado unas tazas con vuestros nombres, chocolate y galletas de bienvenida.

—Antes de eso… —interrumpí, con el corazón latiéndome en la garganta—. Hay algo que necesitamos deciros.

Agnes y Klaus nos miraron al mismo tiempo.

—¿Algo malo? —preguntó ella, frunciendo el ceño con preocupación inmediata.

Ethan apretó mi mano.

—No —respondió él—. Solo… algo que puede sonar raro.

Me aclaré la garganta.

—El año pasado… cuando llegamos aquí…

—Sí —interrumpió Agnes—. Lo recuerdo perfectamente. Tormenta. Vuelo desviado. Habitación para recién casados. ¡Ah, qué historia!

—Ya —dije, tragando saliva—. Lo que pasa es que… no estábamos casados.

Silencio.

Agnes parpadeó. Klaus ladeó la cabeza.

—¿Perdón? —dijo ella, muy bajito.

—Lo fingimos —dijo Ethan—. Para poder quedarnos en la posada. Fue improvisado, pero no teníamos otra opción.

—No queríamos mentiros —añadí enseguida—. Fue una locura, lo sabemos. Pero las circunstancias nos empujaron. Lo sentimos mucho.

Agnes nos observó en silencio, cruzando los brazos. Klaus, en cambio, sonreía.

—¿Y ahora venís a confesaros? ¿Los remordimientos no os dejaban dormir? —bromeó él.

—No —dijo Ethan, dando un paso adelante—. Venimos a pediros algo.

Agnes lo miró con los ojos entrecerrados, desconfiando, pero con curiosidad.

—¿El qué?

Ethan me miró. Me sonrió. Y entonces lo dijo:

—Queremos casarnos. Esta vez de verdad. Aquí. En Mapple Hollow.

Agnes abrió los ojos. Klaus también.

—¿Y queréis que…? —empezó él.

—Que tú nos cases —terminé yo.

—Si es posible —añadió Ethan—. Sabemos que eres pastor, y si podéis perdonarnos por lo de la mentira del año pasado… nos encantaría que oficiaras nuestra boda.

Durante un segundo no dijeron nada.

Y luego, Agnes suspiró profundamente, llevándose la mano al pecho.

—¿Queréis decirme que la gran ceremonia del muérdago, mis galletas con deseos y mis tazas personalizadas os han llevado al altar de verdad?

Asentimos los dos.

Ella nos miró como si se estuviera conteniendo para no llorar.

—Entonces no hay nada que perdonar. Solo que celebrar.

Y Klaus, con los ojos brillando y la sonrisa más grande que le había visto, añadió:

—Será un honor casaros. ¿Habéis pensado en alguna fecha?

Ethan me miró. Yo lo miré a él.

Y sin decir nada más, sonreímos al mismo tiempo.

—Por Navidad del año que viene —dijimos los dos a la vez.

Agnes soltó un gritito ahogado mientras se llevaba ambas manos a la boca.

—¡Ay, por favor! ¿Hay algo más especial que casarse en Mapple Hollow por Navidad? —exclamó, con los ojos brillando—. ¡Klaus! —añadió, dándole un codazo—. ¡Ve sacando el libro de bodas! Esto hay que dejarlo apuntado ya mismo.

Nos reímos los cuatro, rodeados de nieve, luces cálidas y olor a galletas recién hechas.

Y entonces entendí que sí.

Este era el lugar donde todo había empezado.

Y donde regresaríamos siempre que necesitáramos recordar qué era lo importante.

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas… todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonríe al leerte.



¡MUCHAS GRACIAS!

SINOPSIS MILLONARIO INSACIABLE

Una noche sin compromiso. Un desconocido irresistible. Y una sorpresa que lo cambia todo.

Soy Olivia Park, tengo veintisiete años y acabo de salir de una relación larga, aburrida y predecible.

Después de meses intentando recomponerme, me di cuenta de una verdad incómoda: en esta ciudad es más fácil pedir un préstamo que conocer a un hombre decente.

Así que me descargué una app de ligues.

Y ahí apareció él.

Guapo, directo, con una voz que sonaba a pecado y una propuesta imposible de rechazar: una sola noche, sin nombres, sin promesas, sin mañana.

Acepté.

Y durante esas horas… me olvidé del mundo.

De todo.

Hasta de mí misma.

Lo que no esperaba era que, días después, al llegar a mi nuevo trabajo, lo vería otra vez.

El hombre con el que tuve la mejor noche de mi vida… es mi nuevo jefe. Y yo, la secretaria que tendrá que fingir profesionalidad cada vez que tome notas mientras recuerdo cómo me hizo temblar.

Porque, aunque juramos que fue solo una noche, el destino o el más cruel de los caprichos decidió encerrarnos en la misma oficina,

día tras día, con la tensión subiendo como una bomba a punto de estallar.

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Romance prohibido entre jefe y secretaria.

✓ Una noche que se convierte en deseo constante.

✓ Un millonario racional incapaz de controlar lo que siente.

✓ Tensión, sarcasmo y química explosiva.

✓ Una historia de amor que demuestra que las reglas están para romperse.

¡YA EN PREVENTA!

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

¡Hola, princesa!

Gracias por llegar hasta aquí.

Por leer hasta la última página.

Por enamorarte, reír, emocionarte y volver a creer en la magia… aunque solo fuera durante unos capítulos.

Hoy terminamos esta historia.

La de Ethan y Kayla.

Dos personas que lo tenían todo… excepto lo que de verdad importaba.

Una secretaria que creía que el amor no era para ella.

Un CEO que pensaba que tenerlo todo bajo control era lo mismo que ser feliz.

Un pueblo en mitad de la nada, una nevada, una mentira improvisada…

Y, de pronto, el comienzo de algo real.

Regálame un CEO por Navidad termina aquí.

Con un «sí, quiero» en el horizonte.

Con galletas, muérdago y la certeza de que hay historias que empiezan cuando menos lo esperas.

Pero quién sabe…

Quizá, el año que viene, por estas fechas, una Rachel adulta y con mucho carácter nos haga regresar a Mapple Hollow.

Quizá tenga su propia historia que contar.

Quizá se cruce con un CEO guapísimo dispuesto a hacer saltar todos sus esquemas.

Mientras tanto, no guardes muy lejos los sentimientos bonitos, que 2026 viene cargadito.

El 16 de enero estará disponible la novela de Adam, Millonario insaciable, el CEO reservado y controlador de la serie Herederos millonarios de Manhattan.

Prepárate para una historia intensa, de esas que te hacen gritarle al libro.

Y poco después…

Empezará una nueva serie llena de millonarios irresistibles, amor con todas sus letras, spicy del bueno y escenas que te harán cerrar el Kindle para respirar hondo.

Gracias por acompañarme un libro más.

Por leer, recomendar, compartir frases, escribir reseñas con el corazón, enviarme mensajes a deshoras y, sobre todo, por creer en el amor.

Aunque no tenga lógica.

Aunque llegue con traje caro.

Aunque empiece con una mentira.

Con todo mi cariño,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram:

https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

https://www.leilayoon.com/

MIS NOVELAS

SERIE MILLONARIOS INSOPORTABLES DE MANHATTAN

-Un acuerdo millonario

-Un contrato millonario

-Un deseo millonario

-Un problema millonario

-Un error millonario

-Un sueño millonario

-Un desafío millonario

-Un sabor millonario

Aquí para leer la serie

SERIE HEREDEROS MILLONARIOS DE MANHATTAN

-Millonario irresistible

-Millonario arrogante

-Millonario encantador

-Millonario provocador

-Millonario insaciable (ya en preventa)

Aquí para leer la serie

SERIE REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD

-Novia del CEO por Navidad

-Atrapada con el CEO por Navidad

Aquí para leer la serie
